Hijos de las sombras

Las crónicas del capitán Riley

1

Es una calurosa noche de julio de 1943 a las afueras de Arlington, Virginia. En la casa de madera de dos plantas y pequeño jardín trasero, con los nombres de Alex M. Riley y Carmen Debagh escritos a mano en el buzón, reina un silencio solo roto por los escasos vehículos que circulan por Military Road y el ocasional ronroneo de una barcaza ascendiendo por el cercano río Potomac, camino de la serrería de Brunswick.

Los grillos cantan o lo que sea que hagan los grillos a esas horas, así que cuando repentinamente cesan en su bullicio es casi como si saltara una alarma de incendios.

Unos segundos después, unos nudillos repiquetean impacientes en la puerta y abro los ojos de golpe.

Durante un momento, en la confusión de la duermevela, dudo si había sido real o si se trata de un sueño.

Al momento el redoble se repite aún con mayor insistencia, y frotándome los ojos me incorporo rezongando con la boca seca.

—¿Pero qué cojones…?

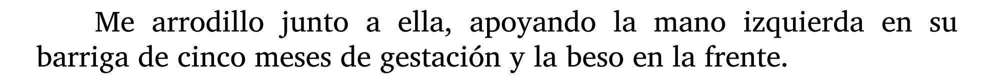
—¿Qué pasa? —pregunta la somnolienta voz de Carmen a mi lado.

—Ni idea —contesto, volviéndome hacia ella en la penumbra de la habitación—. Pero como sea otra vez el vecino borracho equivocándose de casa, lo tiro de cabeza al río.

Hago a un lado la ligera sábana de algodón y me pongo en pie, haciendo crujir el suelo de madera bajo mis pies descalzos. Por un instante pienso en bajar desnudo como estoy, pero, aunque fuese el vecino borracho quien aporreaba la puerta de madrugada, quizá es mejor no presentarme como dios me trajo al mundo.

Así que me pongo los raídos tejanos de trabajo que tengo sobre la silla y me dispongo a bajar a cantarle las cuarenta a quien nos ha despertado a… consulto el reloj de pulsera «Joder. Las tres de la mañana».

—Ten cuidado —dice Carmen, entreabriendo sus ojos negros.



Me arrodillo junto a ella, apoyando la mano izquierda en su barriga de cinco meses de gestación y la beso en la frente.

—Siempre tengo cuidado.

—¿En serio? —resopla, aferrando mi mano y plantándomela ante los ojos. Una mano a la que le falta casi todo el dedo anular.

—Esa vez no cuenta.

—Ya, claro. ¿Y las otras veces en que casi…?

Los golpes en la puerta se repiten por tercera vez, interrumpiéndola.

—Ahora vuelvo —digo, incorporándome y dirigiéndome al pasillo aún medio dormido.

Bajo los escalones de dos en dos, hago una breve parada en la cocina para agarrar el rodillo de amasar y me dirijo a la puerta principal cabreado como una mona.

Giro el pestillo y, tirando del picaporte con fuerza, abro la puerta de golpe al tiempo que blando el rodillo con la otra mano.

Pero quien está plantado en mi porche no es el señor Wilson con tres copas de más, sino un alférez con el uniforme de la marina flanqueado por dos policías militares con cara de tener muy pocos amigos en el mundo.

—¿Capitán Riley? —inquiere el alférez con tono urgente.

—Pero ¿qué…?

—¿Es usted el capitán Alexander M. Riley? —repite.

—Sí, soy yo —contesto, sacudiendo la cabeza para despejarme—. ¿Qué coño pasa? ¿Sabe qué hora es?

—Necesito que me acompañe, capitán.

—¿Acompañarle? ¿A dónde quiere ir a las tres de la mañana?

—Dispone de dos minutos para vestirse adecuadamente —indica el alférez—. Tiene una reunión en el CNIM.

—¿Una reunión? ¿Con quién?

—No he sido informado de ese punto —replica secamente—. Haga el favor de vestirse y acompañarnos.

—¿Y si no quiero?

El alférez hace un mínimo gesto hacia los dos policías, que en respuesta dan un paso al frente.

—No se trata de una petición, capitán.

Cada vez más enfadado, clavo los ojos en el oficial.

—Espero que no sea para ninguna gilipollez.

Y, dándome la vuelta, cierro la puerta en las narices del simpático trío y subo de dos en dos los peldaños que llevan a la habitación.

—¿Quién es? —me pregunta Carmen cuando llego.

—De la Oficina de Inteligencia Naval —gruño, mientras rebusco a oscuras en el armario y me pongo la primera camisa que encuentro—. Quieren que vaya ahora mismo. ¿Has visto mis calcetines?

—¿Y a mí qué me preguntas? Son *tus* calcetines. ¿Y no pueden esperar a mañana?

—Ya —mascullo, respondiendo a ambas preguntas a la vez—. Supongo que no, ¿y mis botas negras están…? Ah, ya las veo.

—Apuesto a que es cosa de Wilkinson. Ese tipo es un imbécil.

—Ni idea —admito, desistiendo de hallar los calcetines y poniéndome las botas a pelo—. Supongo que lo averiguaré muy pronto.

—Ten cuidado —repite Carmen, pero esta vez con gesto más serio —. Esa gente de la OIN es… bueno, ya viste lo que pasó la última vez.

—No te preocupes —contesto, aproximándome a ella y dándole un fugaz beso en los labios—. Antes de que te despiertes, estaré de vuelta.

—No aceptes ninguna misión sin consultarlo antes —me advierte Carmen, y comprendo que se refiere tanto a ella como a los tripulantes del Pingarrón.

—Descuida. —Desde la puerta del dormitorio le devuelvo una

sonrisa que pretende ser tranquilizadora—. Seguro que es alguna tontería.

Veinticinco minutos más tarde, el Plymouth P10 azul con la estrella de la US NAVY pintada en su costado, se detiene ante la garita del Centro Nacional de Inteligencia Marítima.

El alférez le muestra sus credenciales al somnoliento guarda, que da la orden de levantar la barrera y le indica por dónde ir al Ala Oeste. La misma en la que Carmen y yo habíamos tenido aquella jodida reunión meses atrás, y que terminó con nosotros dos y el resto de los tripulantes del Pingarrón luchando por nuestras vidas en lo más profundo de la jungla africana.

Trato de sacudirme ese recuerdo de la memoria, al tiempo que el vehículo se detiene frente a la entrada lateral del edificio con un chirriar de neumáticos.

Durante todo el camino no he intercambiado una sola palabra con el taciturno oficial sentado a mi lado, ni con los dos policías militares, así que tampoco veo necesario despedirme de ellos cuando desciendo del vehículo.

En las escalinatas me espera un oficial al que no conozco, un fulano alto y flaco que me saluda con un gesto de disculpa.

—Teniente Grey —se presenta, estrechándome la mano—. Lamento haberlo sacado a estas horas de la cama, capitán. Pero tenemos una situación de emergencia y no nos ha quedado más remedio.

—No se preocupe —contesto, reprimiendo un bostezo—. De todos modos tenía que ir al baño.

El teniente asiente con una media sonrisa y me hace un gesto hacia la puerta custodiada por otro marino.

—Venga conmigo, por favor —dice, subiendo los escalones y encaminándose por el ancho pasillo.

Lo sigo como un perrito y solo entonces, al pasar frente a una ventana en la que me veo reflejado, me doy cuenta de que mis tejanos están cubiertos de tierra del jardín, la camisa que me puse a ciegas es una hawaiana con estampado de flores que además llevo coja, mi barba suma varios días sin afeitar y llevo el pelo revuelto como si hubiera anidado un mapache. Nos hemos cruzado con vagabundos

durmiendo en la calle con mucho mejor aspecto.

Mientras camino por el pasillo me atuso el pelo como puedo y justo cuando me desabotono la camisa para ponérmela correctamente, el teniente Grey abre la puerta de una sala de reuniones y, justo al otro lado, el vicealmirante Theodore S. Wilkinson, impecablemente uniformado y con sus tres estrellas doradas destellando en la solapa, me mira de arriba abajo como si un chimpancé quisiera entrar en la sala.

Aunque trabajo para la OIN desde el año pasado como agente, no dejo de ser un oficial de la marina mercante, así que no estoy obligado a seguir la uniformidad militar de la US NAVY. Otra cosa, claro, es presentarme ante el oficial al mando como si acabara de despertarme de una borrachera.

—Capitán Riley —me saluda, disimulando muy mal su tono de reproche.

—Vicealmirante Wilkinson —contesto con un saludo marcial y un punto de sorna—. Qué agradable sorpresa.

—Déjese de tonterías y siéntese —repone, señalando la mesa de reuniones a su espalda—. No tenemos mucho tiempo.

Le echo un rápido vistazo al interior de la sala, donde el denso humo de los cigarrillos se mezcla con un intenso olor a café, sudor y secretismo.

De las cuatro personas presentes, una civil y tres militares, solo conozco al almirante Wilkinson, quien, indicándome una silla libre, me conmina a tomar asiento.

Detrás de él también entra el teniente Grey, que, tras cerrar la puerta a su espalda, se sienta al otro lado de la alargada mesa cubierta de tazas vacías, ceniceros rebosantes de colillas y una carta marina del océano Atlántico.

Por pura deformación profesional, mi mirada va directamente a esta, y más concretamente al círculo que han trazado a lápiz frente a la costa de Brasil.

—Buenas noches, capitán —me saluda la mujer, poniéndose en pie y ofreciéndome la mano desde el otro lado de la mesa—. Soy la doctora Marley.

Tendrá unos cuarenta y pico años, espigada, pelo rubio cortado a la altura de los hombros, ropa de hombre y unos inquisitivos ojos azules que me estudian a través del humo del cigarrillo que sostiene entre sus dedos de uñas romas y sin pintar.

—Buenas noches, doctora —le devuelvo el saludo—. ¿Es que hay alguien enfermo?

—Soy doctora en Virología y Bacteriología —aclara con voz rasposa—. Si hay aquí alguien enfermo —añade, dando una calada a su cigarro—, posiblemente sea yo.

—Comandante Flynn —se presenta el tercer oficial—. Encantado de conocerlo, capitán. He oído hablar mucho de usted.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Digamos que de todo un poco —contesta, mirando de reojo a Wilkinson.

El comandante es un hombre alto y atractivo, de sonrisa socarrona y fino bigotito, que guarda un sorprendente parecido con el actor protagonista de *Capitán Blood* o *Robin de los bosques*. Quizá no sean familia, pero por si acaso tomo nota mental de no presentárselo nunca a Carmen.

—¿Quiere que le pida un café, capitán? —pregunta Grey, antes de tomar asiento a mi lado.

—Gracias, teniente. Pero lo que de verdad me gustaría... es saber de qué va todo esto.

—Tenemos una misión para usted —me dice—. Una misión urgente.

—¿Tan urgente como para sacarme de la cama a las tres de la mañana?

—Tan urgente como para sacar de la cama al mismísimo presidente de los Estados Unidos a las tres de la mañana —aclara Wilkinson con impaciencia—. Y ahora cierre el pico y atienda. No tenemos un minuto que perder.

Reclinados sobre la carta náutica, los asistentes a la reunión atendemos a las palabras del vicealmirante Wilkinson mientras este pasea la yema del dedo índice sobre el papel.

—Nuestros informes de inteligencia indican que el Nostramo recibió una carga no declarada en algún punto frente a Pernambuco y en este momento se encuentra más o menos aquí —añade, dando un golpecito en el centro del círculo dibujado a lápiz—. A unas quinientas millas al este de la costa de Brasil.

—¿Están seguros de eso? —pregunto.

—Eso es lo que indican nuestros informes.

—Pero ¿de dónde sale esa información? ¿Qué tan precisa es? Porque ese círculo que han dibujado ahí tan alegremente debe tener unas... ¿qué? ¿Cien millas de diámetro? Eso supone más de cinco mil millas cuadradas.

—Siete mil ochocientas, para ser precisos —me corrige Grey.

—Casi ocho mil. ¿Cómo se supone que lo vamos a encontrar?

—Viajarán hasta la ciudad brasileña de Recife —aclara el teniente Grey—, y ahí embarcarán en un hidroavión Catalina PYB de la marina. Con él localizarán el Nostramo y posteriormente lo abordarán y registrarán en busca de ese cargamento.

—Es un carguero de bandera brasileña —señalo—. ¿Con qué autoridad tenemos derecho a hacer todo eso?

—Estamos en guerra y sospechamos que llevan una carga propiedad del enemigo —apunta Wilkinson—. Eso nos da derecho a tomar las medidas que creamos necesarias.

—Eso yo no lo tengo tan claro... —barrunto—. Pero, suponiendo que sea así y se confirman sus sospechas de que lleva ese misterioso cargamento, ¿qué haremos?

—En ese caso conducirán al Nostramo a un puerto seguro, preferiblemente en territorio estadounidense.

—Un momento. ¿Está hablando de abordar la nave por la fuerza y luego secuestrarla? —pregunto con incredulidad—. A eso se le llama

piratería.

—Técnicamente, se trata de una inspección en aguas internacionales en tiempo de guerra, capitán. Los aspectos legales déjeselos a nuestro equipo jurídico. Usted solo ha de preocuparse de traernos ese barco.

—Pero si las cosas se tuercen, el que acabará colgando de una soga seré yo.

—Entonces, asegúrese de que nada se tuerce, capitán —sentencia el vicealmirante, clavándome sus intimidantes ojos azules.

No sé por qué, pero tengo la desagradable impresión de que a Wilkinson tampoco le desagradaría ese desenlace.

—Sin embargo, lo que a ustedes les interesa… —apunto, volviéndome hacia los demás— es lo que sea que embarcaron frente a Pernambuco.

—En efecto —afirma la doctora.

—Pero no saben de qué se trata.

—Por eso lo queremos averiguar —aclara Grey—. Sea lo que sea, los nazis lo han sacado de la selva del Amazonas y se han tomado muchas molestias para tratar de llevarlo a Alemania a escondidas.

—¿Nazis? No sabía que había nazis en la Amazonia.

—Hay malditos nazis en todas partes, capitán —replica Wilkinson —. Precisamente usted debería saberlo.

Involuntariamente, la vista se me va hacia al dedo que me falta en la mano izquierda.

—Ya, y usted era… —me dirijo de nuevo a la doctora Marley, tratando de hacer memoria—. ¿Qué me dijo que era?

—Viróloga y bacterióloga.

—Es decir —deduzco, frunciendo el ceño—, que sospechan que la carga misteriosa se trata de algo relacionado con virus o bacterias… —murmuro, pensativo—. No me diga que los nazis tienen un laboratorio en el Amazonas como el del Congo, y están jodiendo otra vez con desatar una plaga bíblica.

—A tenor de los antecedentes, es una posibilidad que nos preocupa —confiesa Grey—. Pero la verdad es que no tenemos certeza alguna.

—Ya, pues… ¿saben qué? —alego, poniéndome en pie de golpe—. Que yo paso. Busquen a otro. No quiero volver a tener nada que ver con esa mierda.

—¡Vuelva a sentarse ahora mismo, capitán! —ladra Wilkinson, señalándome la silla.

—No acepto esta misión, almirante —replico con toda la firmeza que puedo—. Lo siento, pero ya me la he jugado bastante por ustedes.

—¿Qué le hace pensar que tiene la posibilidad de elegir? —me pregunta Wilkinson, casi divertido por mi alegato—. Usted hará lo que se le diga, como todos los demás.

—No soy un militar, vicealmirante —le recuerdo—. Soy un marino mercante.

—Es usted un agente de la OIN en tiempo de guerra y hará lo que se le ordene cuando se le ordene.

—¿Y si no?

—Y si no… —sonríe ahora sí abiertamente, se diría que animado por la posibilidad— le incautaremos el Pingarrón, expulsaremos del país a su mujer embarazada y a su tripulación, y a usted se le formará un consejo de guerra. ¿Qué le parece?

Al oírle decir eso, cierro los puños con tanta fuerza que me clavo las uñas en la palma de la mano. Menudo hijo de puta.

—Quizá valdría la pena —gruño—, con tal de no volver a ver su cara de…

—Capitán, por favor —se interpone Grey, antes de que acabe la frase—. Estamos todos muy cansados, no perdamos la calma —añade, haciéndome un gesto para que me siente—. No tenemos ni idea de lo que hay en ese cargamento: podrían ser muestras biológicas, pero también esmeraldas, plantas medicinales o cualquier otra cosa. Que los acompañe la doctora Marley es solo una medida de protección —concluye—. Si se tratase de un virus, ella se encargará de contenerlo y asegurarse de que no es peligroso. Usted no tendrá ni que acercarse.

Resoplando por lo bajo, vuelvo a sentarme de mala gana. Lo cierto es que la amenaza de Wilkinson de expulsar a Carmen y a mis amigos del país ha hecho que se me forme un nudo en la garganta. El muy cabrón tiene la potestad de hacer algo así.

—Contará con un escuadrón de ocho hombres —añade Grey—. Además del comandante Flynn y la doctora Marley en calidad de asesora.

—Ocho hombres son muy pocos para manejar un carguero de ciento cincuenta metros y ocho mil toneladas —señalo, mostrando la página del informe dedicada a las características del buque—. Y aún menos para reducir a la tripulación de decenas de marinos y oficiales que debe de llevar.

—Ocho hombres son los suficientes para cumplir la misión —aclara Flynn—. Se trata de un equipo de las fuerzas especiales. Lo mejor de lo mejor.

—Pero no son marinos.

—Tendrán que bastarle —interviene Wilkinson.

—¿Y por qué no puedo contar con la tripulación del Pingarrón? —sugiero—. Sería muy bueno si pudiese llevar conmigo a marinos de verdad.

Wilkinson hace un gesto de hastío antes de contestarme.

—Por la misma razón que está usted aquí sentado y no otro, capitán. Se trata de una emergencia en la que cada minuto cuenta, y no nos ha quedado más remedio que echar mano del personal disponible de inmediato.

—¿Quiere decir que yo tampoco era la primera opción?

—Era el sexto de la lista. Pero todos los demás estaban de baja, en el frente o de permiso e ilocalizables.

—Vaya por dios. Veo que es mi día de suerte.

—Yo tampoco estoy contento de que sea usted quien vaya, capitán —apunta el vicealmirante—. Aún estamos tratando de reparar el lío que organizaron en el Congo la última vez.

—¿El lío que organizamos? —replico indignado—. ¿De qué está

hablan…?

—Capitán —me interrumpe de nuevo Grey—. Por favor, ciñámonos a la operación.

De nuevo resoplo por lo bajo, y luego cuento hasta cinco antes de volver a hablar.

—No me gusta aceptar una misión con tantos espacios en blanco que rellenar. Esto es justo lo que pasó en África. Y acabó como acabó.

—Sabe todo lo que necesita saber —me espeta de nuevo Wilkinson—. Sus órdenes son abordar el Nostramo y traer su carga a territorio estadounidense. Todo lo demás no le incumbe.

—Me incumbe si estoy al mando.

—Esta es una operación militar y será el comandante Flynn quien esté al mando. Usted solo se encargará de capitanear el barco una vez lo hayan capturado.

Automáticamente le dirijo un vistazo a Flynn, que se encoge de hombros como diciendo «A mí no me mire. Recibo órdenes igual que usted». Luego me quedo mirando fijamente al director de la OIN, tensando la mandíbula con un insulto empujando por salir de mis labios…, pero comprendo que no tengo más remedio que tragármelo.

—Nunca debí firmar con ustedes —rezongo, meneando la cabeza.

—Ya es algo tarde para arrepentirse de eso —replica Wilkinson—. ¿Alguna otra pregunta?

Inspiro profundamente y dejo salir el aire lentamente, buscando mantener la calma. Apenas lo consigo.

—¿Cuándo daría comienzo la misión? —pregunto.

Wilkinson le dirige una mirada a Flynn.

—¿Comandante?

Este consulta su reloj de pulsera y de inmediato contesta:

—Dentro de una hora despegamos desde la base de Dulles. Durante el vuelo le informaré de todos los aspectos de la operación.

—¿Perdón? ¿Ha dicho *una hora*?

—El tiempo juega en nuestra contra, capitán. Tenemos que llegar al Nostramo antes que nadie y estamos a cinco mil millas de distancia.

Sacudo la cabeza con todas las luces de alarma encendiéndose a la vez en ella. La misión apesta a improvisación y desastre anunciado; hay tantas cosas que pueden salir mal que no vale la pena ni contarlas.

Sin embargo, mientras contemplo de nuevo el círculo trazado a lápiz en mitad del Atlántico al que me dirijo, es otra preocupación la que me asalta:

«Joder. Carmen me va a matar».

3

Al cabo de tres horas de vuelo leyendo informes y mapas, me reclino en el incómodo banco de madera del C-47, justo cuando la luz del amanecer asoma por las ventanillas de babor del avión.

Antes de despegar, uno de los pilotos se ha apiadado de mí y me ha regalado un viejo mono de vuelo que me he colocado encima de los tejanos y la camisa hawaiana. Pero, aun así, en la bodega sin presurizar del bimotor de transporte y a doce mil pies de altura, hace un frío que me hace castañetear los dientes.

No veo el momento de llegar a la base aérea de Homestead, al sur de Florida, donde repostaremos para seguir camino a Caracas, en Venezuela. De ahí, apurando el combustible de los depósitos como un náufrago una cerveza fría, deberíamos poder alcanzar la ciudad de Belem en la costa norte de Brasil, como última escala, hasta llegar a Recife... casi cuarenta horas de vuelo después.

Allí, en teoría, nos estará esperando el hidroavión con el que saldremos a buscar un carguero de 150 metros de eslora, en un área del océano del tamaño de un país pequeño. La metáfora de la aguja en el pajar se queda corta en este caso.

La carpeta de documentos que ahora descansa a mi lado con el sello rojo de «TOP SECRET», habla de un buque de dos cubiertas e isla central donde se encuentra el puente, los espacios comunes y los camarotes. Con sus ocho mil toneladas de arqueo, el Nostramo se dedica al transporte de copra y otras materias primas entre Sudamérica y Europa, impulsado por un motor de carbón Nordberg de 5300 caballos de potencia que le permite desplazarse a unos pírricos doce nudos.

Su tripulación estimada se calcula en unos 35 hombres sumando mecánicos, marinos, suboficiales y oficiales, aunque es probable que en el trasvase de carga que hicieron frente a la costa de Pernambuco embarcaran varias personas más, posiblemente agentes nazis.

Le dirijo una mirada de soslayo al grupo de marines que dormitan en el suelo del avión sobre sus mochilas. Según Flynn, pertenecen a la unidad de élite Scouts and Riders y son lo mejor que tiene la armada en lo referente a escuadrones de asalto.

Viendo su colección de tatuajes, el tamaño de sus bíceps y su aire de masticar tornillos para desayunar, no dudo que así sea. Pero

incluso para ellos, asaltar y tomar el control de un buque en altamar será algo tremendamente complicado.

Desde la seguridad de un despacho en Washington D.C. es muy fácil trazar un plan como ese, pero llevarlo a cabo en dios sabe qué circunstancias y sin saber realmente a quién tendremos que enfrentarnos, es harina de otro costal. A la que el Nostramo tenga una oficialidad medianamente competente y la marinería no esté compuesta en exclusiva por ciegos y mancos, aquello podría convertirse rápidamente en una misión suicida.

Me pregunto si la temeraria operación de abordaje ha sido la causa de poner al mando a un fulano que parece ser el hermano gemelo del *Capitán Blood*. Lanzándole un último vistazo mientras cierro los ojos con la esperanza de dormir unas horas, espero de corazón que no sea el caso.

—Capitán. Capitán Riley —dice una voz al otro lado de la duermevela, mientras siento cómo alguien me posa la mano en el hombro.

Parpadeo somnoliento y, tras varios intentos, logro fijar la mirada en el rostro que tengo enfrente.

Es Flynn.

—Buenos días, capitán —saluda con una mueca socarrona—. O mejor dicho… buenas tardes.

—¿Qué…? —pregunto confuso, comprobando el reloj de pulsera —. ¿Qué hora es? ¿Ya hemos llegado a Homestead?

—Ya estamos llegando a Belem —contesta con gesto serio—. Lleva treinta horas durmiendo.

—¡No puede ser! —exclamo abriendo los ojos como platos y, poniéndome en pie de un salto, me asomo a la ventanilla del C-47.

Un par de miles de metros más abajo, un bosque inundado desfila a trescientos kilómetros por hora.

Una risita ahogada a mi espalda me hace volverme hacia el comandante.

Al ver una sonrisa traviesa esquinarse en sus labios, comprendo que me ha tomado el pelo.

—Muy gracioso —gruño.

—Lo siento, capitán —se excusa, pero sin dejar de sonreír—. No he podido evitarlo. En realidad, estamos llegando a Florida. Solo ha dormido un par de horas.

—De acuerdo, gracias por despertarme —digo volviéndome hacia la doctora Marley, que dormita en un improvisado colchón hecho con mantas y ropa de su propio equipaje.

—Los tiene bien puestos, nuestra doctora —comenta Flynn, siguiendo mi mirada.

—¿Está al corriente de los riesgos?

—Perfectamente. Ni pestañeó cuando le dije que había un cincuenta por ciento de probabilidades de no salir con vida. Según creo, ha estado en varias expediciones en África y el Amazonas —añade con un punto de admiración—. Parece una tipa dura.

Asiento conforme y vuelvo la cabeza hacia el comando de marines uniformados de negro de pies a cabeza, en el otro extremo del avión.

—¿Y a ellos? —pregunto—. ¿Los conoce?

—No demasiado —admite—. He hablado un poco con el sargento Reynolds —añade, señalando a un hombre de unos cuarenta años con una larga cicatriz que le cruza el cráneo como si el peluquero le hubiera dado un trasquilón en su pelo ralo y prematuramente canoso—. Tiene mal genio y fuma unos puros apestosos, pero sus hombres lo adoran y si les dice que tienen que cruzar el Atlántico nadando, le preguntarán si de braza o de espaldas.

Me quedo mirando a los hombres a los que se refiere Flynn, pero lo que veo son muchachos de no mucho más de veinte años que deberían estar estudiando en la universidad o besando a su novia en el autocine. Demasiado jóvenes para jugarse la vida en una misión que apesta a desastre.

Luego recuerdo que, con poco más, yo estaba en el Batallón Lincoln de las Brigadas Internacionales luchando como voluntario en la Guerra Civil Española, cavando trincheras, pegando tiros y perdiendo amigos a diario.

La maldita guerra te envejece prematuramente… si es que no te

mata antes.

Cuarenta y tres horas después de una interminable sucesión de vuelos incómodos y las escalas justas para ir al baño y reponer combustible, el C-47 gris azulado de la US Air Force baja los *flaps* 15 grados y, reduciendo el régimen de revoluciones de sus dos Pratt & Whitney de 1200 caballos cada uno, encara la pista 18 del aeródromo de Belem con un viento sureste de once nudos.

Solo la baraja de póker del cabo primero Smithers y la asombrosa capacidad de contar chistes malos del soldado Trikoris, al que todos llaman simplemente *Griego*, han aliviado el tedio y la claustrofobia de estar encerrados casi dos días en un cilindro de quince metros de largo por dos y medio de ancho.

La parte buena de aquel encierro volante es que hemos tenido tiempo para presentarnos unos a otros, así que ya conozco los nombres y apodos de todos los hombres con los que comparto esta misión. Aún queda por ver si aquello terminará siendo bueno o malo.

Al sargento Reynolds le secunda el cabo primero Arnold Smithers, un fulano frío, callado y distante como un finlandés en un funeral, siempre atento a cumplir las órdenes del sargento. Mucho más bulliciosos son los seis jóvenes soldados que completan el comando: Dustin Osborne es un hispano serio y callado de origen mexicano, lo que le ha valido el mote de *Chile*; Yannis Trikoris es simplemente *Griego*; Gary *Carrot* Murphy, un pelirrojo de origen irlandés apodado así por el color de su pelo; John *M&M's* Herbert al que le pierde su adicción a esos caramelos de colores con chocolate; Ron Harvey *Popeye*, por sus bíceps y estar más calvo que una bola de billar y, por último, Lucius *Joe* Back, un afroamericano al que han renombrado así en honor al boxeador Joe Louis, debido a su corpulencia y casi 1,90 de altura.

En sendos derroches de originalidad, a mí me han bautizado como *Capi* y a la doctora Eleonor Marley como *Doc*. Al comandante James Flynn, sin embargo, se dirigen por su graduación, pero en cuanto se da la vuelta se refieren a él como *Errol*. Al parecer, no soy el único que le ha encontrado el parecido con el famoso actor.

Cuando los neumáticos del avión finalmente tocan el asfalto de la pista, exhalo un suspiro de alivio. No soy muy fan de volar más de cuarenta horas seguidas sentado en un banco de madera, llamadme quejica.

—¡Por fin! —resopla a mi lado la doctora Marley, llevándose un cigarro a los labios con la intención de encenderlo en cuanto se abra la puerta—. Espero no tener que subirme de nuevo a un puto avión en una larga temporada.

—Pues no quiero ser aguafiestas, doctora —le digo, señalando por la ventanilla—. Pero ¿ve ese hidroavión al otro lado de la pista? ¿El que tiene los motores en marcha?

Los hombros de la doctora se curvan hacia abajo con decepción.

—No me joda que...

—Diría que sí.

—Mierda —rezonga, volviendo a meter el Chesterfield en su cajetilla—. Espero que esta vez al menos me dé tiempo a cagar tranquila.

Una de las cosas que he descubierto enesas cuarenta horas de vuelo es que la doctora Marley está muy lejos de mi imagen sobre lo que debería ser una reputada erudita. La mujer suelta más tacos por minuto que la mayoría de los marinos que conozco, y estar rodeada de hombres armados con exceso de testosterona no parece intimidarla en absoluto. Más bien diría que está en su salsa. Es alguien a quien aún no he tomado la medida, y tan pronto es afable y sociable como parece evaluar a quién de nosotros comerse primero en caso de accidente.

Según me contó, algunas de sus expediciones la habían llevado a los lugares más remotos y peligrosos del planeta, como Siberia, el Amazonas o el río Zambeze. Expediciones en las que había salvado la vida de milagro no pocas veces a manos de enfermedades, animales salvajes o indígenas con un mal día.

En alguna ocasión durante el vuelo me he quedado mirando a la doctora, con su breve coleta rubia, su mirada afilada y sus facciones duras casi varoniles.

Instintivamente la comparé con Carmen y su sensualidad natural, y me pregunté si alguna vez podría haberme interesado por una mujer como la doctora, quien, aunque atractiva, se halla en las antípodas de mi esposa.

Lo que es seguro, concluí, es que con su vocabulario habría encajado como un guante entre la tripulación del Pingarrón.

Afortunadamente, en esta ocasión la doctora Marley ha tenido tiempo de ir al baño tranquilamente, al igual que todos los demás. La petición de disfrutar de una ducha sí que cayó en saco roto, pero al menos nos permitieron comer algo de fruta, unos sándwiches de pollo con Coca-Cola y, en mi caso, cambiarme de ropa y así deshacerme de la camisa hawaiana que llevaba puesta desde hacía dos días y que ya olía como si hubiera envuelto a un gato muerto con ella.

Cae la tarde cuando, encabezado por el comandante Flynn, el equipo se acerca al costado del PBY Catalina y el piloto desciende por la escalerilla lateral para recibirnos formalmente.

—Capitán Lewis. —Se presenta a Flynn con un breve saludo militar—. Ustedes deben de ser mis pasajeros, ¿no?

—Buenas tardes, capitán —contesta el comandante, devolviéndole el saludo—. ¿Lo tienen todo listo?

—Las balsas inflables con motor fuera borda, la munición y provisiones.

—¿Y los ganchos de abordaje?

—También los ganchos con sus lanzadores, comandante. Tenemos toda la lista de la compra. Solo faltan ustedes.

—Buen trabajo, capitán —le felicita Flynn, y echando un vistazo al hidroavión agrega—. ¿Estamos listos para despegar?

—En cuando usted dé la orden —corrobora el piloto—. Por cierto, no sé si les han dicho que ha sido avistado el objetivo hace seis horas.

—¿El Nostramo? —pregunto yo, aproximándome a ellos—. ¿Lo han encontrado?

—A unas doscientas cincuenta millas al este y navegando con rumbo norte —confirma, señalando hacia el este—. Con un poco de suerte, en menos de dos horas les habremos dado alcance.

Han pasado las dos horas predichas por el piloto, pero aún seguimos volando sobre el océano a doscientos kilómetros por hora y tres mil pies de altura. El escuadrón de operaciones especiales parlotea y juega a las cartas en la cola del aparato, mientras la doctora Marley escribe en su diario y, en las claraboyas de ambos costados, Flynn y yo oteamos el horizonte con sendos prismáticos.

La noche ya está cayendo, con solo un leve rastro de la luz del ocaso despidiéndose por el oeste y aún no hemos visto ni rastro del humo o la estela del Nostramo.

—Tendríamos que haberlo visto ya —comenta Flynn, consultando la carta náutica que sostiene sobre las rodillas.

—Pueden haber cambiado de rumbo —alego, frotándome los ojos con la vista cansada.

—¿Y por qué iban a hacer tal cosa?

—Quién sabe. Quizá para esquivar una borrasca, para encontrarse con otro buque en alta mar o porque el oficial de guardia se ha dormido al timón.

—Pues si es así, nos va a costar mucho encontrarlo.

—¿Qué autonomía tiene este hidroavión? —pregunto.

—Mucha. Creo que unas veinte horas. Pero si el capitán del Nostramo ha decidido pasar desapercibido y no enciende las luces de situación de la nave, va a resultar imposible dar con ellos en mitad de la noche.

—¿Entonces? ¿Damos la vuelta y regresamos por la mañana?

—No podemos hacer eso —se lamenta Flynn—. Me temo que habrá que seguir buscando hasta que se acabe la gasolina. Cada minuto cuenta y no podemos arriesgarnos a que nadie se nos adelante.

Intrigado, bajo los prismáticos y me vuelvo hacia el comandante.

—Pero… ¿por qué? ¿Qué hay en ese barco que sea tan valioso?

—Ya se lo hemos dicho, capitán. Aún no lo sabemos.

Y una mierda, pienso.

—Lo siento, comandante, pero no me lo trago —alego diplomáticamente—. Toda esta operación, la urgencia… —añado, haciendo un gesto hacia los soldados—. No tiene ningún sentido, si no tienen idea de lo que están buscando.

—Solo tenemos especulaciones y vagas teorías, capitán.

—Vale, pues me gustaría conocerlas.

—Yo… lo siento, pero no creo que usted esté autorizado.

—¿Bromea?

—Me temo que no, y créame que lo lamento. Pero el vicealmirante ha sido muy tajante al respecto.

—Wilkinson no está aquí ahora —alego—. Le doy mi palabra de que nunca sabrá que me lo ha dicho.

El comandante Flynn sacude la cabeza.

—Lo siento mucho, capitán. Pero yo no…

—Hace casi diez años —interviene inesperadamente la doctora, dejando su cuaderno a un lado—, una expedición alemana encontró algo en la selva del Amazonas, cerca del río Xingú.

—¡Doctora! —la reprende Flynn—. ¡Usted no puede…!

—Me importan un carajo las leyes militares o lo que diga el estirado de su jefe —replica—. Yo no soy miembro de la marina ni de la OIN, así que no estoy sujeta a sus estúpidas normas.

—Claro que lo está. Esta es una operación militar y…

—Y él es el hombre que estará al cargo del barco —le interrumpe, señalándome—. Tiene que saber a qué nos enfrentamos.

—¿A qué nos enfrentamos, doctora? —pregunto, ahora sí que realmente interesado.

—Como bien dice el comandante —prosigue—, solo se trata de rumores e indicios… Pero parece ser que desde entonces los nazis han mandado varias expediciones a ese mismo lugar y ninguna ha vuelto… hasta ahora.

—¿Qué quiere decir con qué ninguna ha vuelto?

—Pues eso, que ninguna regresó. Al parecer, todas las expediciones que mandaron hasta allí desaparecieron sin dejar rastro.

Mi cara de escepticismo es suficiente para que añada:

—La selva del Amazonas es un lugar peligroso. Hay tribus hostiles, bichos venenosos, jaguares, enfermedades... Y estamos hablando de varias expediciones bien equipadas de decenas de científicos y hombres armados. No exploradores españoles del siglo XVI con arcabuces y crucifijos.

—De acuerdo... —asiento—. Y dice que los nazis que van en el Nostramo han sobrevivido a una de esas expediciones y traen consigo... ¿qué?

—Eso es lo que no sabemos. —Se encoge de hombros—. Pero sospechamos que podría ser lo que mató a todos esos hombres. Puede que algún tipo de bacteria o virus desconocido, con una mortalidad devastadora. Algo que no podemos dejar que caiga en manos de los nazis.

No voy a negar que se me hiela la sangre cuando escucho la palabra «virus desconocido».

—Lo sabía... maldita sea —reniego—. Otra vez no.

—¿Otra vez? —pregunta la doctora.

—Hace unos meses —apunta Flynn—. El capitán Riley y su tripulación tuvieron que enfrentarse a un problema similar durante una misión en África.

—¿Un problema similar? —resoplo—. No me joda, comandante.

—Le recuerdo que se trataba de una misión de alto secreto, capitán. Y usted sí que está a las órdenes de la OIN. Cualquier información que...

—*¡Objetivo a la vista!* —estalla la voz del piloto en el pequeño altavoz sobre sus cabezas—. *¡A las once!*

Olvidándonos de la conversación, los tres nos precipitamos sobre la claraboya de babor, dirigiendo nuestras miradas en la dirección de las once en las manecillas del reloj.

Apenas visible en la creciente oscuridad, un carguero con las mismas características que el Nostramo y las luces de posición encendidas, parece estar detenido al pairo a juzgar por la ausencia de estela a su popa.

—Hemos tenido suerte —murmura Flynn a mi lado—. Ya los tenemos.

Pero, contemplando el barco balancearse al son del oleaje, apenas visible a la luz del ocaso, dudo que sea una señal de buena suerte. En realidad y aunque no digo nada, como a buen marino aquello me da muy mala espina.

La indudable ventaja de que el Nostramo se halle casi estático es que el abordaje debería ser mucho más sencillo... dentro del enorme riesgo que supone si somos descubiertos.

El plan es relativamente sencillo; amerizar a varias millas del buque, con las lanchas inflables aproximarnos amparados en la oscuridad y tomarlo antes de que se den cuenta de lo que les está pasando.

No ha pasado ni un cuarto de hora desde el avistamiento del Nostramo, cuando el Catalina PBY ya se encuentra flotando en el agua con la escotilla abierta, mientras en el exterior el equipo de operaciones especiales infla las dos lanchas de goma negra.

A pesar de llevar a cabo la operación en total oscuridad, los muchachos de Reynolds preparan las lanchas e instalan los pequeños motores fueraborda en pocos minutos.

Los nueve militares, más la doctora y un servidor, embarcamos en los botes en un tenso silencio, como si alguien a bordo del buque de carga, cuya silueta se intuye a lo lejos, pudiera oírnos.

La realidad es que todos somos plenamente conscientes de que, a partir de ese momento, nos encontramos totalmente solos y a nuestra suerte. Sentimiento que no hace más que acrecentarse cuando el hidroavión enciende de nuevo sus motores y, con el estruendo de sus dos motores Pratt & Whitney de mil doscientos caballos cada uno, se desvanece como un fantasma en la oscuridad.

—Vamos allá —ordena entonces Flynn, dirigiéndose al sargento Reynolds en la otra lancha—. Mantengámonos cerca y nada de luces, ¿de acuerdo?

—Nada de luces —repite el sargento, volviéndose hacia sus hombres—. ¿Lo habéis oído? Al que encienda un cigarrillo lo tiro al agua.

Al instante, los motores fueraborda se ponen en marcha y, cabeceando ligeramente en el leve oleaje, los dos botes ponen rumbo al buque.

Disimuladamente, echo un vistazo a los ocupantes de mi lancha, en la que se encuentra Flynn, situado a proa y oteando el horizonte como Ahab a la búsqueda de Moby Dick. Sentada a mi lado y protegida con un aparatoso chubasquero, la doctora Marley parece estar pensando en otras cosas con la mirada perdida en algún lugar del tenebroso mar que nos rodea.

Completando la reducida tripulación, el alopécico Popeye se sienta en la parte de atrás junto a Joe, que es quien pilota la lancha con la vista clavada en la oscuridad. Ambos tienen frente a sus pies las pequeñas mochilas y los subfusiles Thomson M1A1 con cargadores de tambor de 50 balas, idénticos a los que usan los chicos de Al Capone en las calles de Chicago. Aparte del subfusil, ambos llevan al cinto una pistola y un cuchillo de combate, además de una granada de humo y una MK2 de fragmentación con su característica apariencia de piña.

Aunque aquellos muchachos vayan armados hasta los dientes y sean tan buenos como asegura Flynn, no puedo dejar de pensar en lo vital que será abordar la nave sin ser descubiertos. Toda esa artillería no nos servirá de nada si los tripulantes del Nostramo simplemente se limitan a lanzarnos agua a presión con las mangueras y cortar los cabos de los garfios de abordaje.

Durante la siguiente hora nos aproximamos a toda velocidad hasta que a media milla de distancia apagamos los motores y, con unos pequeños remos, nos impulsamos en dirección a la proa del barco, al que nos acercamos muy despacio y en absoluto silencio.

Cuando estamos a unas cien yardas del Nostramo ya no cabe ninguna duda de que el buque se encuentra detenido, a merced del viento y las corrientes. Por eso no está donde se suponía que debía estar.

—¿Alguien ve algún otro barco en las cercanías? —pregunto en un susurro, mientras clavo el remo en el agua.

—Yo no veo nada —contesta Flynn, remando al mismo ritmo.

—Nada de nada —confirma la doctora, mirando en todas las direcciones desde la proa.

—Pues entonces deben de tener algún tipo de avería —aventuro—. No tiene ningún sentido que estén al pairo en aguas abiertas.

—Mire el lado bueno, capitán —dice Flynn, haciendo que sus blanquísimos dientes destaquen en la oscuridad como la sonrisa del gato de Cheshire—. Así será mucho más fácil abordarlos. Además —añade—, no se ve a nadie en cubierta y las luces del puente están apagadas. Con un poco de suerte vamos a pillarlos a todos durmiendo.

—Pero ¿no debería haber al menos un oficial de guardia en el puente? —pregunta la doctora Marley.

—En teoría, así es —confirma Flynn—. Pero dado que apenas avanzan, puede que esté borracho o dando una cabezadita. ¿No le parece, capitán?

Aunque no pueden verlo, tuerzo el gesto en la oscuridad.

Desde luego que es posible y por desgracia más habitual de lo que debería, pero si el misterioso cargamento que lleva a bordo es tan valioso como sospechan en la OIN, no tiene sentido que no haya una vigilancia permanente en cualquier circunstancia.

«Eso puede significar dos cosas —razono—: Que en realidad dicha carga no tiene el valor que le suponen… o que sí lo tenga y todo esto no sea más que una actuación, una artimaña para que nos acerquemos confiadamente al Nostramo hasta que sea demasiado tarde».

—No me gusta tanta tranquilidad —contesto, con la mirada puesta en la superestructura de la nave y sus ciegos ojos de buey—. No hay luces encendidas en el puente —añado—, pero tampoco en los camarotes. Eso no es normal.

—Las de posición sí que están encendidas —apunta Flynn, señalando las luces blanca, verde y roja que coronan la superestructura.

—Esas se alimentan de las baterías —le recuerdo.

—¿Puede ser que se hayan ido a dormir pronto? —aventura la doctora, con una sonrisa tensa en los labios.

—O que estén escondidos… —advierte Flynn, compartiendo mis

miedos—. Esperando a que nos acerquemos lo suficiente como para dispararnos.

Levanto la mirada hacia la proa del Nostramo, que ya se cierne sobre nosotros como una gran sombra negra y murmuro:

—Sea como sea, estamos a punto de averiguarlo.

Aproximarse hasta la aleta de estribor del Nostramo nos resulta fácil dado el escaso oleaje y que el barco está parado. Desde ese punto de la popa, los hombres de Reynolds lanzan los garfios, que se enganchan sin problema a la regala, a unos ocho metros por encima de nuestras cabezas.

Tras aguardar unos segundos y comprobar que nadie ha dado la voz de alarma, en completo silencio los comandos escalan por el costado con sus pequeñas mochilas al hombro y los subfusiles en bandolera.

En cuanto todos alcanzan cubierta, el cabo Smithers se asoma por la borda y nos hace una señal a Flynn, a la doctora y a mí para que subamos.

El comandante le sugiere a la doctora que se amarre el cabo a la cintura para que los soldados puedan subirla desde arriba, pero esta le devuelve una mirada de esas que hacen daño y, ajustándose la mochila a la espalda, comienza a trepar por la cuerda sin aparentar el menor esfuerzo.

—El sexo débil, dicen —masculla Flynn, viéndola ascender como un escalador profesional.

«Si yo te contara...» pienso, recordando a Carmen, Julie, Noemí, Elsa y tantas otras mujeres a las que he conocido.

Una vez quedó claro que la doctora no necesitaba de ningún tipo de ayuda, Flynn y yo la imitamos con bastante menos agilidad y cuando al fin alcanzamos la borda de la nave lo hicimos resoplando por el esfuerzo.

Los hombres ya se habían distribuido por la cubierta de popa, ocultándose a la vista y atentos a cualquier movimiento en esa sección del buque. Una sección que se extendía unos cincuenta metros hasta la superestructura, en mitad de la cual se elevaba una gran grúa idéntica a la que se hallaba en la cubierta de proa.

Por lo que había leído en los informes, básicamente el Nostromo era un gran almacén flotante dividido en bodegas más pequeñas, con un par de grúas para cargar y descargar mercancías y una superestructura blanca de cuatro cubiertas elevándose justo en el centro, en la que se encuentran el puente de mando y la mayoría de

los camarotes y dependencias de la nave.

Agachado junto a la doctora, escruto la cubierta sin apreciar luces, movimiento o ruido alguno. Los motores están parados y, en aquel extraño silencio, ni siquiera oigo las voces de la marinería o los inevitables ruidos de todo tipo que conlleva la vida a bordo.

Si están jugando al escondite, he de admitir que lo bordan.

—¿Comandante? —susurra Reynolds—. ¿Qué hacemos?

—Que sus hombres se dividan en dos grupos, sargento. Que avancen por babor y estribor hasta la base de la superestructura.

—A la orden —asiente el suboficial, haciendo señas a sus hombres en la oscuridad.

Al instante, siguiendo las indicaciones de Reynolds, se desplazan en silencio como sombras esquivas con sus uniformes negros, recorriendo la cubierta de popa rápidamente y sin hacer el más mínimo ruido.

—Son como jodidos ninjas —murmura la doctora a mi espalda.

No puedo estar más de acuerdo, apenas soy capaz de distinguirlos a pesar de saber que están ahí.

Rápidamente, los soldados alcanzan la superestructura y se apostan junto a compuertas y escaleras.

—Vía libre —indica Flynn, volviéndose hacia la doctora y yo.

Siguiendo los pasos del comandante, nos aproximamos hasta la superestructura de acero que se eleva a más de quince metros de altura y, pegando la espalda a la pared, aguardamos mientras el sargento Reynolds y los suyos se distribuyen en parejas y se internan en aquella suerte de edificio de acero plantado en mitad del carguero.

Desenfundo la pistola M1911 que me han entregado y, echando la corredera hacia atrás, introduzco una bala del calibre 45 en la recámara.

—Por si acaso —alego, al ver la mirada de la doctora puesta sobre mí.

—Ojalá que no haga falta —apunta ella.

—Ojalá. Pero esta quietud no es normal.

—¿No puede ser que todos estén dormidos?

—En un barco nunca pueden estar todos dormidos, doctora. Y mucho menos con los motores parados y a la deriva.

—¿Entonces?

—No lo sé… y es justo eso lo que me inquieta.

Al cabo de unos diez minutos, Flynn aparece por una de las escotillas de la superestructura y nos hace un gesto para que vayamos con él.

—No hay nadie —nos informa cuando llegamos a su altura, con el desconcierto pintado en la cara.

—¿Qué? —pregunto, convencido de que he oído mal—. ¿Cómo que no hay nadie?

—Síganme —contesta en cambio, atravesando de nuevo la escotilla.

Flynn enciende una linterna que ilumina el pasillo. Un cono de luz que seguimos a poca distancia y que nos permite descubrir que algo ha sucedido en este barco antes de que llegáramos.

—Pero… ¿qué coño ha pasado aquí? —inquiere la doctora con estupor.

A nuestro alrededor el suelo está cubierto de estructuras de camas y trozos de mobiliario a modo de barricadas.

—¿Esto es…? —añade, acercándose a unas salpicaduras en la pared.

Paso el dedo índice por encima de una de ellas y luego lo froto contra el pulgar.

—Sangre —dictamino—. Sangre seca.

—Parece que ha habido un enfrentamiento —confirma Flynn, asintiendo pesadamente—. Intentaron montar parapetos en los pasillos para defenderse, pero no parece que les sirviera de mucho.

—¿Y la tripulación? —pregunto, agachándome para recoger del

suelo un trozo de camisa también manchado de sangre.

—Como decía, de momento no hemos encontrado a nadie.

—¿A nadie vivo?

—A nadie —sentencia Flynn—. Ni vivo ni muerto.

—¿Cómo es posible? —pregunta la doctora Marley—. ¿Es que los han secuestrado a todos?

—Puede. —El comandante se encoge de hombros—. Pero por toda la sangre que hemos encontrado... es más probable que los hayan asesinado.

—Pero, si fuera así..., ¿dónde están los cuerpos?

—Hemos registrado solo una pequeña parte de la nave —advierte Flynn—. O puede que los hayan lanzado por la borda.

La doctora menea la cabeza con escepticismo.

—Pero si alguien les ha atacado ¿qué sentido tendría lanzar por la borda u ocultar los cadáveres antes de marcharse?

—Ninguno —coincido—. A menos, claro... que aún no se hayan marchado.

La doctora me dirige una mirada de alarma.

—¿Qué quiere decir?

—También podría haberse tratado de un motín y que los amotinados sigan a bordo.

—No se preocupe, doctora —la tranquiliza Flynn, meneando la cabeza—. No hay ningún otro barco en las cercanías y no hay indicios de que se haya tratado de un motín.

—Entonces, ¿quién ha podido ser? Los nazis solo tenían que esperar a que les llegara el paquete a casa —advierto—. Solo los británicos tendrían la capacidad para llevar a cabo una operación así.

—No tenemos constancia de que nuestros aliados sepan siquiera de la existencia del Nostramo o su carga —alega Flynn—. Y, en cualquier caso, nos habrían puesto al corriente.

—Yo no estaría tan seguro, comandante.

—Estoy al corriente de sus desavenencias con el MI6, capitán. Pero no creo que este sea el caso.

—¿Desavenencias? —resoplo—. Esos cabrones estuvieron a punto de desencadenar un...

—Eso es agua pasada —me interrumpe bruscamente—. Desde entonces, las relaciones entre el MI6 y la OIN son excelentes. Lo más probable —añade—, es que hayan sido piratas.

—Lo que usted diga —contesto, muy lejos de estar convencido.

—Nazis, amotinados, ingleses o piratas... —interviene la doctora, abriendo los brazos—. La pregunta en cualquier caso es: ¿qué hacemos ahora?

—De momento —contesta Flynn señalando hacia el techo—, reunirnos con el resto del equipo en el puente de mando y continuar con la misión.

—Pero ¿qué misión? —alega la doctora, señalando el desastre a su alrededor—. Es evidente que alguien se nos ha adelantado.

Flynn niega con la cabeza.

—Lo único evidente, doctora Marley, es que ha habido un enfrentamiento y no hay nadie al mando del Nostramo. No sabemos si este hecho tiene relación alguna con su cargamento.

—¿Insinúa que lo que buscamos aún podría estar a bordo?

Flynn se encoge de hombros y se encamina escaleras arriba hacia la siguiente cubierta.

—Eso solo hay una manera de averiguarlo —contesta mientras se interna en la oscuridad.

En el puente de mando, cuatro cubiertas más arriba, aguarda el equipo de fuerzas especiales, montando guardia frente a la destrozada puerta de madera y vigilando el exterior desde los amplios ventanales. Sus uniformes negros y rostros cubiertos de betún los hacen casi invisibles en la oscuridad.

—Informe, sargento —le ordena Flynn a Reynolds, que aguarda apoyado en la rueda del timón.

—Hemos registrado todas las cubiertas de la superestructura y todo está igual, comandante —explica irguiéndose—. Señales de lucha y restos de sangre, pero ningún tripulante vivo o muerto. Aún tenemos que registrar las bodegas —añade—, pero hemos visto que falta un bote salvavidas.

—Así que los supervivientes a lo que sea que pasó aquí, pueden haber abandonado el barco.

—Eso parece.

—En un bote caben como máximo doce personas—intervengo—, y si llevaban agua y provisiones como para llegar a la costa, no podrían ir más de seis. El Nostramo —les recuerdo—, debía llevar entre treinta y cuarenta tripulantes.

—Pues aquí no están —arguye el sargento Reynolds, encogiéndose de hombros.

—Divida a sus hombres y registre la nave de proa a popa —le ordena Flynn—. Tenemos que asegurarnos de que no hay nadie más a bordo y averiguar qué ha pasado aquí.

—Sí, señor —asiente Reynolds, volviéndose hacia sus hombres.

—Mientras tanto, nosotros tres iremos en busca de nuestro objetivo —añade el comandante, dirigiéndose a la doctora y a mí—. Tiene que estar en alguna de las bodegas.

—Si es que no se lo han llevado —comenta Eleonor Marley, contemplando el desorden de papeles, mobiliario y manchas de sangre que también se extiende por el puente de mando.

—Confiemos en que no haya sido así —sentencia Flynn—. Porque si en realidad se trata de un virus y ha caído en las manos equivocadas… podría ser un grave problema para todos.

Y con ese «todos», por experiencia propia, sé que se refiere literalmente a *todos* los seres humanos del planeta Tierra.

Los hombres del comando se han dividido en dos equipos que registrarán el Nostramo de proa a popa en busca de supervivientes mientras Reynolds les da las últimas instrucciones.

—Id con mucho cuidado —les advierte antes de ponerse en marcha—. Puede que haya alguien escondido, armado y muy asustado, y no queremos que crea que somos de los malos y nos pegue un tiro. Así que sed precavidos, tened los ojos bien abiertos y no toquéis nada que tenga una pinta rara.

—Defina «pinta rara», sargento —inquiere Yannis, levantando la mano.

—Tu apellido, colega. Eso es raro de cojones —apunta M&M's a su espalda.

—Dejaos de gilipolleces —les espeta Reynolds—. Según el informe de inteligencia, podría haber un virus mortal encapsulado en alguna bodega, así que nada de entrar en bodegas selladas por fuera, destapar recipientes o abrir neveras para husmear. De eso se encargará la doctora —añade, señalando a Eleonor Marley—. ¿Está claro?

—Cristalino —responde el cabo, adelantándose a cualquier otro comentario.

El resto del equipo se limita a asentir en silencio a las palabras de su sargento.

—Muy bien. Pues en marcha. Popeye, Joe y M&M's, vendréis conmigo a proa. Griego, Chile y Carrot, con Smithers a popa. Os quiero a todos de regreso dentro de dos horas.

—¡Sí, señor! —contestan, ahora sí al unísono.

Les observo abandonando el puente a toda prisa, mientras la voz de Flynn pregunta a mi lado.

—¿Alguna pista de lo que nos podemos encontrar, doctora?

—Si se trata de un virus aislado, probablemente se encuentre refrigerado y en un contenedor estanco, posiblemente uno metálico. Pero teniendo en cuenta las condiciones en que han debido de traerlo desde la selva —agrega, apartándose un mechón de pelo del rostro—,


no podemos descartar que el transporte lo estén haciendo mediante algún vector.

—¿Un vector? —pregunto.

—Un animal o un humano que haya sido infectado y que haga las veces de recipiente del virus.

—¿Y eso no sería peligroso? Me refiero a la posibilidad de contagiar a otros.

—Peligroso de cojones —confirma la doctora—. De ser así, tendría que estar totalmente aislado.

—¿Y cuál sería el protocolo si nos encontramos con un vector de esos? —pregunta Flynn.

—Pues eso depende.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que habrá que actuar sobre la marcha y según lo que nos encontremos. Ustedes déjenme a mí tomar esas decisiones —añade—, y si acaso me ven salir cagando leches… —sonríe sin humor— les sugiero que hagan lo mismo.

Bastante intranquilo tras la supuesta broma, sigo a Flynn y a la doctora escaleras abajo, en dirección a las entrañas de la Nostramo. Cada uno de nuestros pasos sobre los escalones retumba con ecos metálicos en el sepulcral silencio de la nave. Un silencio antinatural para un buque en alta mar y que, para qué negarlo, me pone los pelos de punta.

Los dos equipos en los que se ha dividido el comando se han dirigido a los extremos de la popa y proa respectivamente, desde donde recorrerán la nave hasta volver a encontrarse en el centro. Sin embargo, nosotros tres descendemos directamente a la zona de carga que se encuentra justo bajo la superestructura, donde se suelen encontrar las bodegas más pequeñas y dedicadas a la carga más sensible o que necesite de supervisión.

Es ahí a donde vamos, alumbrando con nuestras aparatosas linternas TL-122 los escalones de hierro que se sumergen en la densa oscuridad.

—Por cierto, ¿por qué no hay luz en todo el barco? —pregunta la

doctora, señalando una bombilla inerte.

—Los generadores deben de estar parados —aclaro—. Y sin generadores, no hay electricidad.

—Será la siguiente tarea en cuanto averigüemos si la carga sigue aquí —añade Flynn sin volverse—. Encender de nuevo los motores y poner este trasto en marcha.

Estoy a punto de acotar que eso dependerá del estado en que se encuentren esos motores y que deberíamos haber traído un mecánico, pero decido ahorrar saliva en algo que ya no tiene solución. Llegado el caso, tendré que ingeniármelas como buenamente pueda.

Para variar.

Tras bajar las cuatro cubiertas de la superestructura, comenzamos a descender por la escala que nos lleva a las lóbregas tripas del Nostramo.

Con paso precavido, el oído aguzado a la espera de oír algún sonido y alumbrando a nuestra espalda constantemente, pasamos frente a los almacenes de agua, comida y suministros, anunciados con pequeños carteles sobre el dintel de las puertas. Luego lo hacemos junto al depósito de repuestos de la nave hasta que, finalmente, en la cubierta inferior vamos a parar a un ancho pasillo en el que el foco de las linternas insinúa varias compuertas por las que habría cabido perfectamente un camión pequeño.

—Diría que es aquí —murmuro en voz baja, como si hablar en alto pudiera alertar a los fantasmas de aquella nave.

—Tendríamos que dividirnos —propone Flynn—. Así cubriremos más terreno.

—Ah, no —protesta de inmediato la doctora—. Nada de dividirse, joder. No pienso andar sola y a oscuras por este sitio.

—Opino igual —coincido—. Aún no sabemos qué podríamos encontrarnos. Mejor seguir juntos.

El comandante parece pensárselo por un segundo, pero acaba asintiendo.

—De acuerdo —accede, y volviéndose hacia la bodega más cercana, ilumina con su linterna una letra «A» pintada de blanco sobre

el mamparo—. Este parece un buen sitio por donde empezar, ¿no?

Y, sin esperar respuesta, descorre el pasador de la puerta y empuja el portón con un quejido de bisagras, abriendo ante nosotros un espacio diáfano sumido en tinieblas y completamente vacío.

Las dos siguientes bodegas resultan estar también vacías. Unos almacenes relativamente pequeños en comparación con los que se extienden a proa y popa, pero que, a ojo, calculo que deben de tener unos ocho metros de lado y tres o cuatro de altura; unos doscientos metros cúbicos cada uno, lo que supone un enorme volumen de espacio desperdiciado. Como capitán de marina mercante y contrabandista en excedencia, aquello me parece tremendamente extraño. A ninguna naviera le gusta que sus barcos vayan medio vacíos, y menos aún en tiempos de guerra cuando el transporte marítimo oceánico es escaso, arriesgado y, en consecuencia, muy caro.

Todo lo que hemos hallado hasta el momento han sido cajas de madera vacías, periódicos viejos y unas cucarachas inusitadamente grandes y descaradas, pero ni rastro de un cargamento secreto, tripulantes o piratas.

Como en el resto de la nave, nos hemos tropezado con los restos de barricadas improvisadas y manchas de sangre seca decorando el suelo y los mamparos, pero ni la menor pista de lo que ha sucedido en el Nostramo antes de que llegáramos.

Así, nos plantamos ante el ancho portón del cuarto y último almacén, identificado con una «D» y, en este caso, con la puerta a medio abrir.

Los tres nos miramos entre nosotros durante un instante, leyéndonos el pensamiento: última oportunidad, nos decimos sin palabras.

Antes de que Flynn o yo reaccionemos, Eleonor Marley se adelanta adentrándose en el almacén y un segundo más tarde, la luz de su linterna descubre algo que no habían visto hasta el momento.

—Pero ¿qué cojones...? —musita la doctora.

Siguiendo de cerca los pasos de la viróloga me detengo a su lado, contemplando lo mismo que ella.

Una enorme jaula de hierro que casi llega hasta el techo ocupa la mitad de la bodega.

Una jaula vacía.

Alrededor, manchas de sangre seca, mobiliario destrozado y un insoportable hedor a heces y carne putrefacta.

—Por todos los santos —protesta Flynn—. ¡Qué peste!

Yo me cubro la nariz como puedo y, acercándome a lo que en su momento fue una mesa, me agacho junto a un pequeño bulto que arroja unas sombras extrañas en el suelo. No es hasta entonces que, con un bofetón de realidad que me pone los vellos de punta, comprendo de qué se trata.

—¿Qué es eso? —pregunta la doctora.

Lo agarro con dos dedos y lo levanto en el aire a la altura de sus ojos.

—¡Dios mío! —exclama la doctora, llevándose la mano a la boca.

—¿Eso es…? —pregunta Flynn, parpadeando de incredulidad.

—Una mano izquierda —confirmo, comprobando que en el anular aún conserva un anillo de oro de casado y un reloj de pulsera que aún se sostiene en su muñeca seccionada.

La mano es callosa, blanca por la falta de sangre y con un minúsculo tatuaje de un ancla en el dorso. Sin duda, la mano de un marino.

Superando su evidente asco, la doctora se aproxima a la mano que sostengo en el aire.

—Se la han arrancado —afirma, señalando el desgarro por el que asoman huesos y nervios—. Fíjense, aún hay rastros de piel colgando, y el radio y el cúbito están astillados.

—Pensaba que no era de esas doctoras —comento.

—Y no lo soy. Pero tendría que estar ciega para no ver que no hay ningún corte ahí. Alguien le ha arrancado la jodida mano de cuajo.

—Alguien… o algo —dice Flynn, que se ha aproximado a la puerta abierta de la jaula y se asoma a su interior con cautela.

El suelo de la misma está cubierto de paja, heces secas y trozos de mantas viejas, y un cubo metálico, que Riley supone debía de hacer

las veces de bebedero, descansa aplastado en una esquina. Aquello huele peor que la habitación de un adolescente.

—Parece que tenía usted razón, doctora —le digo, dejando la mano en el suelo.

—¿A qué se refiere?

—A lo del vector que mencionó antes —le recuerdo—. No veo neveras ni recipientes herméticos por ningún sitio —añado, iluminando en derredor—. Pero sí una jaula donde podrían haber traído un animal infectado como huésped del virus. Es lo que usted dijo.

—¡Por Dios, no! Yo me refería a algún animal como un mono o un cerdo —mientras habla, se aproxima a la jaula y agarra uno de los barrotes de hierro de varios centímetros de grosor—. ¡Pero esta jaula es enorme! ¡Cabrían dos elefantes!

—O unos cuantos humanos —advierte Flynn desde su interior, mientras aparta una de las mantas con la punta de la bota—. Los humanos serían los vectores perfectos, ¿me equivoco?

La doctora necesita unos pocos segundos para procesar esa posibilidad.

—Sí, bueno. Es… posible. Pero me parece inconcebible que algo así se haga. Estaría totalmente fuera del código deontológico y la ética médica.

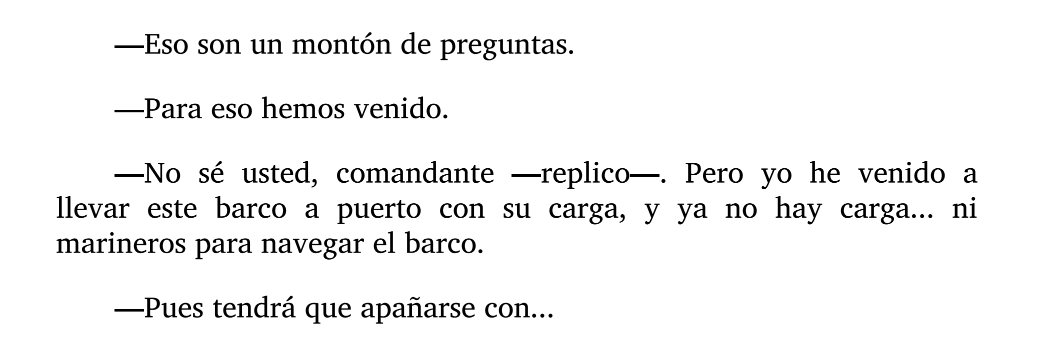
—Mi querida doctora —contesta Flynn, volviéndose hacia ella—. Me temo que, tratándose de nazis, el código deontológico y la ética médica no son temas prioritarios.

—Humanos, cerdos o pingüinos… —alego, señalando la jaula vacía—. En realidad, da lo mismo. El caso es que no están, se los han llevado. Aquí ya no hacemos nada.

—Veo que tiene muchas ganas de irse, ¿no, capitán? —me espeta Flynn.

—Ni se lo imagina.

—Pues tómeselo con calma —me advierte, cruzándose de brazos —. Aún debemos recopilar toda la información que podamos, averiguar qué había en esta jaula, qué ha sido de la tripulación y, si es



posible, dilucidar quién ha asaltado el barco.

—Eso son un montón de preguntas.

—Para eso hemos venido.

—No sé usted, comandante —replico—. Pero yo he venido a llevar este barco a puerto con su carga, y ya no hay carga… ni marineros para navegar el barco.

—Pues tendrá que apañarse con…

Unos pasos apresurados retumban en el pasillo, y Flynn deja la frase a medias para volverse hacia la puerta.

—¡Comandante! —exclama M&M’s sin resuello, irrumpiendo en la bodega con los ojos desorbitados—. ¡Tiene que venir conmigo!

—¿Qué sucede? —pregunta Flynn, acercándose a él.

—La tripulación… —contesta el soldado, apoyándose en las rodillas mientras recupera el aliento—. La hemos encontrado…

—¡Magnífico! ¿Y dónde están?

—En una de las bodegas de proa.

—¿Estaban escondidos? —pregunto con extrañeza.

El soldado Herbert resopla y, como si no supiera muy bien qué decir, se toma unos segundos antes de contestar:

—Será mejor que lo vean con sus propios ojos.

A la carrera, pasamos junto las bodegas 5 y 4 por uno de los estrechos pasillos que recorren el interior del Nostramo, hasta llegar frente a una compuerta señalizada con un número 3.

—Aquí es —nos indica innecesariamente M&M's, pues en el pasillo aguardan Popeye, Joe y el sargento Reynolds, todos con el rostro desencajado y más blancos que el papel.

—Sargento —le saluda Flynn—, ¿qué sucede? ¿Han hallado a los tripulantes?

Reynolds cabecea un par de veces antes de contestar.

—Eso parece.

—¿Eso parece? —pregunta el comandante con extrañeza—. ¿Qué significa eso?

—Yo... no sabría decirle, señor.

—Maldita sea —reniega Flynn con impaciencia, haciendo un gesto hacia la puerta cerrada—. ¿Están ahí?

El sargento balancea la cabeza de nuevo, como si le costase abrir la boca.

—No entiendo a qué viene tanto misterio —replica Flynn, aferrando el pasador de la puerta.

—Señor... —le advierte Reynolds, alzando el índice—. Espere. No sé si debería...

Pero Flynn ignora al sargento, abre la puerta y entra en la bodega. Tras él, igual de intrigados que el comandante, la doctora y yo atravesamos el umbral.

Lo primero que percibo es una repugnante vaharada de carne en descomposición. Un hedor insoportable que me transporta de inmediato a las trincheras de la Guerra Civil Española. Un hedor tan inequívoco que una vez se huele queda impregnado para siempre en las fosas nasales y en la memoria de quien lo ha sufrido. Una pestilencia como no hay otra. El olor de la muerte.

—Por todos los santos... —masculla Flynn, cubriéndose la nariz

con la mano—. ¿Qué demonios es esto?

Antes de que nuestras linternas iluminen el origen de aquella fetidez, ya sé lo que vamos a ver, pero ello no me impide sentir un acceso de arcadas ascendiendo por la garganta cuando alumbramos el interior de la bodega.

Un informe montículo de un par de metros de altura se eleva frente a nosotros en el centro de la bodega número 3 del Nostramo. Los haces de luz de las tres linternas se enfocan en él, pero cuesta procesarlo.

—Dios mío… —musita la doctora con una mezcla de asco e incredulidad—. Son… son cuerpos humanos.

—Más bien, lo que queda de ellos —comento.

Porque esos cadáveres no son tales sino trozos de hombres, algunos aún con restos de uniformes ensangrentados. Brazos, piernas, torsos, cabezas…, todos mezclados en una suerte de macabra comunión, una grotesca orgía de restos humanos sin orden ni sentido, rodeados por una miasma hedionda, un gran charco de sangre seca y líquidos de putrefacción rodeándolos como un foso infranqueable.

Oigo cómo la doctora Marley vomita a mi lado, pero no hago el menor gesto por ayudarla pues sé que, como la vea, yo también acabaré imitándola.

Es la escena más dantesca que he presenciado jamás.

Ni siquiera en los sangrientos campos de batalla de España, sembrados de muertos de uno y otro bando, he visto algo que ni remotamente se acerque a lo que en ese momento tengo ante mí.

—¿Quién… ha podido hacer algo así? —masculla Flynn dando un paso atrás, aturdido.

—Nunca he… —murmuro, apenas conteniendo las arcadas—. Esto es… —añado, sin encontrar la palabra adecuada.

—Inhumano —concluye la doctora, limpiándose la boca con la manga de la camisa.

—No solo los han asesinado —continúa Flynn, que casi parece en estado de *shock*—. Los han descuartizado y amontonado aquí como si fueran… —Menea la cabeza con incredulidad—. ¿Quién puede ser tan

salvaje para cometer una atrocidad como esta?

—Más que el «quién» —apunto—. Yo me preguntaría el «por qué». ¿Qué razón puede haber llevado a alguien a hacer algo así? No tiene ningún sentido. Ni siquiera los nazis son tan bestias.

—¿Y los piratas? —pregunta la doctora.

Niego con la cabeza antes de responder.

—Tampoco. Los piratas pueden ser muy violentos, pero es una violencia práctica, necesaria para lograr lo que quieren. Sin embargo, esto… —añado, señalando hacia adelante—. Esto es absolutamente innecesario. No tiene más sentido que disfrutar con la carnicería. Matar a toda la tripulación, descuartizarla y luego entretenerse en amontonarla aquí… es algo sencillamente absurdo —concluyo—. Absurdo y monstruoso.

—Pues está claro que alguien lo ha hecho —alega Flynn—. Ya sean piratas, nazis o amotinados.

—Y, además, se han llevado a los animales o humanos que hacían de vector del virus —recuerda la doctora.

—O quizá… —aventura Flynn, señalando la pila de cadáveres— estén ahí debajo. Si quien ha cometido esta masacre no sabía de su importancia, quizá los hayan asesinado como al resto de la tripulación.

La doctora asiente y, tapándose la nariz, se aproxima cautelosamente a la pila de cadáveres.

—¿Qué está haciendo, Eleonor? —le pregunto

—El comandante tiene razón. Hay que asegurarse.

—¿Bromea? —pregunto, incrédulo de que esté hablando en serio —. ¿Quiere ponerse a rebuscar *ahí*?

—No quiero, capitán. Pero si comprobamos que aquí solo están los tripulantes del Nostramo, no tendría sentido seguir con la misión.

Me vuelvo hacia Flynn y este se encoge de hombros.

—La doctora está en lo cierto —coincide—. Si no encontramos nada…

—Está bien —resoplo resignado—. Si eso hace que nos larguemos de aquí cuanto antes…, pero ¿no será peligroso si están infectados de algún virus mortal?

La doctora está atándose un pañuelo alrededor del cuello, como un bandolero.

—Los virus no suelen sobrevivir a la muerte de su huésped —aclara.

—¿No suelen? —repito—. Es decir, que podría ser.

—No sabemos de qué virus podría tratarse —responde, ajustándose el pañuelo sobre la nariz—. Pero es difícil que alguno de estos desgraciados le estornude encima —alega, y las arrugas de sus ojos delatan que está sonriendo bajo el pañuelo—. Así que, simplemente, asegúrese de lavarse las manos con jabón al terminar y no los bese ni les pase la lengua por encima.

A mí no me hace ni pizca de gracia la broma, así que me limito a remangarme el mono de vuelo.

—Trataré de contenerme —rezongo, aproximándome al montón de carne en estado de putrefacción que días atrás era la tripulación de aquella nave.

—Griego, Joe y M&M’s —dice a mi espalda el sargento—. Sois voluntarios para ayudar al comandante.

—Sí, señor —responden a la vez, con el entusiasmo de un paciente dirigiéndose a un tacto rectal.

Sin detenerme a esperarlos, me tapo la nariz con el cuello de la camisa y, pisando con infinito asco el charco de sangre y fluidos que les rodea, me acerco a los cadáveres.

Las arcadas vuelven a asaltarme cuando el olor a descomposición se hace más intenso.

No es la primera vez que me veo forzado a manipular cuerpos sin vida; en la Guerra Civil Española, tuve que cargar demasiadas veces con cadáveres de amigos o desconocidos, destrozados por las bombas o el fuego de ametralladoras. Pero esto es diferente.

Media docena de rostros parecen mirarme desde sus cuencas vacías, entremezclados con brazos, torsos y piernas cercenados que no

les pertenecen. No soy capaz de imaginar quién ha podido hacer algo así, y la verdad es que preferiría no saberlo; demasiadas pesadillas traigo ya de serie como para añadir alguna más.

Pensando en que cuanto antes terminemos antes podré regresar a casa con Carmen, alargo la mano hacia el cadáver más cercano y lo agarro por la manga de la camisa del único brazo que le queda, tirando de él para sacarlo de aquel revoltijo de muertos.

Más allá del brazo hay un torso cubierto de sangre, una cabeza inerte y una pierna torcida en un ángulo imposible.

—Necesito que alguien me eche una mano —digo, volviéndome hacia los soldados que se acercan sin demasiadas prisas.

Pero, de pronto, siento cómo algo me sujeta el antebrazo y al girar la cabeza descubro que la mano de aquel cadáver se ha cerrado sobre mi muñeca.

Paralizado por la sorpresa, me quedo mirando aquella mano blanca y sucia que repentinamente ha cobrado vida.

Alzo la vista y descubro cómo unos ojos azules desorbitados de pavor me miran fijamente desde un rostro cubierto de sangre seca y, esbozando una mueca de horror, masculla con voz apenas audible:

—*Helfen*…

En la camilla de la enfermería del Nostramo, aquel hombre rescatado del infierno descansa bajo la tenue luz que se filtra por el ojo de buey.

O quizá mejor tendría que decir «lo que queda de aquel hombre».

El pobre desgraciado ha perdido el brazo derecho y la pierna izquierda, y solo el hecho de hacerse sendos torniquetes en los muñones le ha permitido seguir con vida. Por si fuera poco, la pierna derecha está rota y huele a podrido, por lo que seguramente habrá que amputársela antes de que la gangrena se le extienda al resto del cuerpo.

En ese instante, mientras el comandante Flynn, el sargento Reynolds, la doctora y yo mismo rodeamos su camilla con gesto circunspecto, la morfina parece por fin estar haciendo efecto y sus ojos azules preñados de terror se han cerrado al fin.

—Es increíble que aún esté vivo —apunto con incredulidad.

Ya se me ha pasado el susto que me ha dado y que casi hace que me cague encima, pero la visión de su cuerpo mutilado sigue revolviéndome el estómago.

—Yo no apostaría a que vaya a durar mucho más —murmura la doctora Marley, mientras regula el flujo del suero que va a parar a su único brazo—. Me sorprendería mucho si llega a mañana.

—Tenemos que darnos prisa e interrogarle mientras aún pueda hablar —señala Flynn.

—Al menos sabemos que es un agente alemán —indica Reynolds, señalando el tatuaje de las SS bajo el muñón de su brazo amputado—. Un puto nazi.

—Eso confirma las sospechas que teníamos, pero hay que averiguar qué transportaban y qué cojones ha pasado en este barco.

—No lo veo yo como para hablar mucho —apunto, acuclillándome junto al herido—. Y aunque así fuera…, ¿alguno aquí habla alemán?

—Habrá que buscar la manera —insiste Flynn—. Aunque sea con dibujos.

Me quedo mirando un momento al comandante, con ganas de decirle que eso es una estupidez y que no va a sacar nada de ese despojo de hombre aterrorizado y atontado por la morfina. Pero en lugar de ello, agarro la mano del alemán y levantándola en el aire la dejo que caiga a peso, inerte.

—Suerte con eso —le digo.

—Hay métodos para hacer que despabile y hable —advierte Flynn, cruzándose de brazos.

—¿Se refiere a la tortura? —inquiero—. ¿Quiere torturar a un moribundo?

—Haré lo que sea necesario para lograr la información que necesito.

—¿Y qué va a hacer? ¿Arrancarle las uñas? Solo le quedan cinco, no le llevará mucho rato.

El comandante pone los brazos en jarra y se planta frente a mí.

—¿Tiene algún problema con eso, capitán?

—Pues sí —replico dando un paso hacia él—. No soy muy fan de la tortura, sobre todo a alguien en su estado.

—Se va a morir igual —objeta Flynn—. No podemos dejar que lo haga sin contarnos lo que sabe.

—Y yo no puedo permitir que torture a alguien en mi barco, aunque sea un jodido nazi.

—¿Su barco? Desde cuándo...

—Desde el momento en que subí a bordo, estoy al mando del Nostramo —le interrumpo—. Así que sí; este es ahora mi barco.

Flynn intercambia una mirada fugaz con Reynolds antes de volver a dirigirse a mí.

—Si este es su barco, lo que tiene que hacer es ocuparse de ponerlo en marcha, *capitán* —y menciona mi graduación con un tonillo que roza el sarcasmo—. Lo que suceda con el prisionero es un asunto militar que no le incumbe.

—Por supuesto que me incum...

—Le he dicho que no le incumbe —me interrumpe esta vez él a mí, haciéndole un gesto al sargento con la cabeza para que se acerque.

Reynolds se coloca a mi lado sin llegar a resultar amenazador, pero la idea queda clara.

En realidad, no hay mucho más que pueda hacer excepto poner mala cara y escribir un informe al regresar a casa, que por supuesto acabará en la papelera del vicealmirante. Esta es una discusión que no puedo ganar. Al menos, de momento.

—Iré a la sala de máquinas y veré qué puedo hacer —capitulo.

—Necesito que haga más que eso.

—Y yo necesito un mecánico, un electricista, un maquinista y un piloto. Pero como no los tengo… veré qué puedo hacer —repito.

El comandante se me queda mirando con una réplica en la punta de los labios que decide ahorrarse.

—Usted, doctora —agrega, volviéndose hacia ella—. Registre a fondo la bodega donde hallamos la jaula. Recopile toda la información que crea mínimamente interesante. Lo que sea —y señalando hacia la puerta por la que han entrado, añade—: Llévese a uno de los muchachos para que le ayude.

—De acuerdo —asiente ella.

—Sargento —añade, dirigiéndose al suboficial—. ¿Terminaron de registrar la nave?

—Aparte de la jaula, los cadáveres y... a él —señala a lo que queda del agente de las SS—, no hemos encontrado nada relevante. Solo la carga de copra que consta en el embarque.

—¿Han registrado también la sala de máquinas? —le pregunto.

—Solo por encima. Ya sabe cómo son esos lugares, capitán. Tienen mil rincones donde alguien podría esconderse. Harían falta varias horas para inspeccionarlo a fondo.

—Pues entonces póngase a ello de inmediato —le ordena Flynn—. Si queda alguien más a bordo, debemos encontrarlo.

—Sí, señor —asiente el sargento.

—Yo le acompañaré —apunto—. Quiero comprobar que los generadores y el motor están en condiciones.

Flynn asiente, satisfecho.

—Muy bien —afirma—. Pues ahora que cada uno sabe lo que tiene que hacer, pongámonos en marcha. Cuanto antes empecemos, antes estaremos de vuelta en casa.

La sala de máquinas es un espacio atestado de conductos, calderas y maquinaria, de unos ocho metros de alto, casi veinte de largo y que ocupa todo el ancho de manga del Nostramo. Los tres hombres que me acompañan proyectan con sus linternas rayos de luz, que generan

temblorosas sombras en la infinidad de pequeños rincones de la sala de máquinas. En el centro de esta, como una suerte de templo pagano al dios de la mecánica, se erige un motor de vapor de triple expansión de casi seis metros de altura. Una máquina de ciclópeos pistones, ruedas dentadas, cadenas de transmisión y un cigüeñal de varias toneladas atravesándolo como un descomunal tronco de acero pulido.

Mientras los hombres de Reynolds inspeccionan el lugar palmo a palmo, yo busco el generador auxiliar que proporciona energía eléctrica al barco.

Rápidamente encuentro una puerta metálica con el símbolo de un rayo dentro de un triángulo amarillo, la abro y tras ella descubro el generador del Nostramo. Un motor diésel que ocupa casi toda la habitación, con apenas el espacio justo a su alrededor para poder moverme.

Bajo la luz de su linterna lo reviso superficialmente en busca de fugas, cables cortados o piezas sueltas. Me encantaría tener en ese momento a mi lado a César, el mecánico y *arreglalotodo* del Pingarrón, pero de nada me sirve lamentarme.

Por fortuna todo parece estar en orden, así que primero compruebo que haya aceite y, abriendo seguidamente la tapa del depósito de combustible, veo reflejado un remanente de diésel en el fondo de este.

—Suficiente —me digo, mientras me aseguro de que los interruptores están en la posición correcta y, tras un par de intentos, logro que arranque con un sordo traqueteo.

—Hágase la luz —recito, cuando la bombilla sobre mi cabeza vuelve a la vida con un fulgor amarillento.

Desde la sala de máquina me llegan los vítores de los soldados y, asomándome, compruebo que también ahí se han encendido la mayoría de las luces del techo.

Satisfecho, salgo de la sala del generador y me acerco al imponente motor de vapor sin saber muy bien qué hacer. De momento tenemos energía eléctrica, pero poner en marcha ese mastodonte ya es harina de otro costal.

—¿Alguna novedad? —le pregunto a Reynolds, que regresa del fondo de la sala de máquinas secándose el sudor de la cara.

—Aquí no hay nadie —confirma, abriendo los brazos—. Hemos encontrado señales de lucha y algunas manchas de sangre, pero nada más. Aún nos queda registrar la zona de calderas y un par de cuartos más, pero no creo que vayamos a encontrar a nadie por aquí abajo.

—Yo tampoco lo creo —coincido, mirando a mi alrededor.

Aunque las lámparas que alumbran la sala de máquinas lo hacen con una mortecina luz que a duras penas diluye las sombras, si hubiera alguien por ahí ya habríamos dado con él.

—Nosotros nos vamos —me informa el sargento—. ¿Quiere que deje un hombre con usted?

—A menos que sepa de mecánica, no hace falta. Gracias. Creo que me las apañaré.

—Como quiera —asiente Reynolds, y alzando la voz para dirigirse a sus soldados dispersos por la sala, añade—: ¡Nenes! ¡Nos largamos!

Los aludidos no se hacen de rogar y en un abrir y cerrar de ojos me quedo solo en la ominosa sala de máquinas.

El descomunal motor marino de triple expansión se alza frente a mí como un amenazador dinosaurio mecánico en estado de hibernación.

Recorriéndolo con la mirada mientras camino a su alrededor, no observo ningún daño visible. Lo cierto es que mis conocimientos de mecánica van poco más allá de ver si hay charcos de aceite o piezas sueltas, pero tras casi diez minutos de examen visual no soy capaz de distinguir nada roto o fuera de lugar. Tendrá que ser suficiente.

Lo único que parece haber detenido el motor es la falta de presión del vapor, que sin nadie atendiendo las calderas es inevitable que se hayan apagado.

Relativamente optimista, decido ir a la sala de calderas y tratar de poner el motor en marcha. Tendré que instruir a los soldados sobre cómo alimentar las calderas de vapor para que...

—*¡Clonc!*

Un ruido metálico a mi espalda me hace volverme de golpe.

El sonido ha venido del lado opuesto de la sala, en la zona menos

iluminada.

—¿Hola? —pregunto en voz alta, sacando la linterna del bolsillo —. ¿Hay alguien ahí?

Durante unos segundos, aguardo una respuesta que no llega.

El silencio se ha adueñado de nuevo del lugar, y por un instante dudo si no lo habré imaginado.

Pero no, algo ha golpeado el suelo metálico con fuerza.

—¡Hola! —repito—. Si hay alguien ahí, salga. Por favor —añado, levantando las manos—. No le haré nada.

—*¡Clinc! ¡Clonc!*

Ahora ya no hay duda posible. Hay alguien ahí.

Podría ser una rata o un gato, pero los golpes han sonado demasiado fuertes.

Con disimulo llevo la mano derecha a la culata de la pistola.

—No le voy a hacer nada —insisto, avanzando lentamente mientras enfoco hacia el fondo de la sala—. Hemos venido a ayudar —añado, aunque sea una flagrante mentira—. Salga y hablemos.

Entonces caigo en la cuenta de que, si se trata de un marino brasileño, quizá no entienda una papa de lo que le estoy diciendo.

—*Eu sou amigo* —chapurreo en mi deficiente portugués—. *Fala conmigo, por favor.*

A menos que se trate de pedir una caipiriña o preguntar por el baño, mi conocimiento del idioma luso termina ahí.

Pero nada. Ni mú.

—Joder.

Por un instante pienso que podría ser uno de los muchachos de Reynolds gastándome una broma, pero estoy seguro de que todos salieron detrás de su sargento.

Y, sin embargo, el caso es que no estoy solo en la sala de máquinas.

—Hola —repito por tercera vez, acercándome al punto en el que se originó el ruido.

Entonces, un hedor a putrefacción asalta de nuevo mi nariz. Un hedor parecido al que inunda en la bodega donde se apilaban los cadáveres.

¿Podría ser que hubiera otro muerto por ahí?

Y, si es así, ¿cómo es que no lo han visto los soldados? Es más, ¿cómo es que ni siquiera han sentido esa pestilencia?

Reviso el suelo con la linterna en busca del origen del olor. Quizá un animal muerto, pienso.

Pero, en ese instante, escucho un correteo cerca del techo, por encima del motor y rápidamente levanto la linterna y apunto con ella en esa dirección.

Todo lo que logro ver es una fugaz sombra moviéndose rápidamente e introduciéndose en uno de los conductos de ventilación.

No tengo ni puñetera idea de qué puede ser, pero desde luego no es un gato.

Es algo más grande.

Mucho más grande.

Después de aquello, sin decirles nada de lo que he creído ver, instruyo a los hombres de Reynolds sobre el funcionamiento de la caldera y los límites de presión a los que pueden someterla. Esencialmente, asegurándose de que la aguja del manómetro se mantenga en la franja verde: que no baje a la blanca y nos detengamos, ni suba a la roja y exploten las calderas.

Por desgracia, el mantenimiento del motor es mucho más complejo y no es algo que se pueda explicar en media hora, así que tendremos que encomendarnos a los dioses de la mecánica para que nada se estropee antes de llegar a puerto.

—Las máquinas ya están en marcha —anuncio cuando entro en el puente, donde encuentro al comandante Flynn escrutando el horizonte con unos prismáticos—. En menos de una hora tendremos la potencia suficiente para ponernos en marcha.

—¿Cree que aguantará? —me pregunta, volviéndose.

—Parece estar en buen estado, pero no soy mecánico. Haría falta que un...

—Sí, ya lo sé —me interrumpe—. Pero, en principio, solo teníamos que hacernos con el control de la nave y de sus tripulantes, incluido el mecánico. No contaba con que no hubiera nadie vivo a bordo.

—Casi nadie —le corrijo.

—Ese desgraciado está más muerto que vivo —señala—. Si acabásemos con su sufrimiento, le haríamos un favor.

—Tiene usted un gran corazón, comandante.

La sorna no pasa desapercibida para Flynn, que frunce el ceño y se cruza de brazos.

—¿Qué cojones le pasa? —inquiere, aparentemente más extrañado que molesto—. He leído su expediente y me consta que no les tiene ningún aprecio a los nazis y que se ha cargado a más gente que el resto de nosotros juntos.

—Pero nunca he torturado a nadie —le recuerdo.

—¿Y si de hacerlo dependiera la vida de su tripulación o de su esposa? —inquiere—. ¿Tampoco así lo haría?

Touché.

—Eso es diferente —objeto sin demasiada convicción.

—Es exactamente lo mismo —alega, estirando los labios y mostrando su blanquísima dentadura—. La única diferencia está en su compromiso con la nación o con sus amigos. Los patriotas hacemos lo que haga falta para proteger el país, mientras que usted… —Me mira durante un par de segundos y acaba preguntándome—: ¿Usted por qué lucha, capitán?

Buena pregunta.

¿Por qué me uní a la OIN?

Necesito unos instantes para reflexionar.

—Lucho por lo correcto —contesto lo primero que se me ocurre —. Para que el bien triunfe sobre el mal.

A Flynn casi se le escapa una carcajada.

—¿Por lo correcto? —resopla—. ¿Qué edad tiene, capitán? ¿doce años?

La verdad es que incluso a mí me ha sonado cursi, pero me toca los huevos que se pitorree.

—La edad suficiente para patearle el culo, comandante.

Flynn sonríe de nuevo con suficiencia, demasiado confiado en que eso no va a pasar.

—Vamos, capitán… —responde condescendiente, ofreciéndome la mano—. Literalmente, estamos todos en el mismo barco. Vamos a llevarnos bien.

Qué mal empieza a caerme este tío.

Me quedo contemplando su mano extendida, un par de tallas más grande que la mía.

Le daría un puñetazo de buena gana, pero eso tampoco hablaría demasiado bien en mi favor.

Aun así, me abstengo de estrecharle la mano.

—Otra cosa —murmuro cambiando de tema y bajando la voz, aunque no hay nadie más en el puente—. Cuando estaba en la sala de máquinas, me ha parecido que había alguien ahí.

Flynn parpadea un par de veces con aire de desconcierto.

—¿Ha visto a alguien más?

—No sé muy bien lo que he visto… —admito—. Solo una sombra moverse y unos pasos, pero no estoy seguro de lo que era, la verdad. Se movía deprisa y me ha parecido que se escurría por el conducto de ventilación del techo.

—¿Podría ser un ratón o un gato?

Niego con la cabeza.

—Era demasiado grande para ser un gato. Pero se me ha ocurrido otra posibilidad que me gustaría discutir con la doctora Marley.

Flynn parece dudar un instante si seguir insistiendo sobre el tema, pero termina haciendo un gesto hacia la puerta.

—Sigue en la bodega donde encontramos la jaula, registrándola en busca de información.

—Entonces iré a hablar con ella —y señalando la rueda del timón, añado—: Estaré de vuelta antes de que el motor esté en marcha.

Aunque recorrer los pasillos de la nave con las luces encendidas revelaba una inquietante cantidad de manchas de sangre allá donde mirase, lo cierto es que resultaba mucho mejor que hacerlo a la luz de las linternas. La oscuridad en todas sus formas siempre deja demasiado campo a la imaginación, como para que urda temores mucho peores que la realidad.

Aun así, me siento más tranquilo cuando llego a la bodega y me encuentro a la doctora y al soldado Murphy revisando la documentación de un escritorio abierto.

—¡Capitán! —me saluda animadamente la doctora—. ¿Ha sido usted el de la luz? —pregunta, señalando las bombillas del techo.

—Pensé que le gustaría —respondo—. ¿Ha encontrado algo de interés?

La doctora Eleonor Marley alza unos cuadernos que tiene en la mano.

—Creo que sí. Aunque no entiendo el alemán, parece que hay un montón de informes y datos. De momento, no me ha parecido ver nada relacionado con virus o microbiología. Pero, como le digo, mi alemán no da para mucho. Deberíamos haber traído un traductor.

—Ya... y un mecánico, un piloto, un telegrafista, un cocinero...

—Eso, eso —asiente la doctora—. Lo del cocinero es vital. Yo no sé freír un huevo y aquí nuestros amigos —añade bajando la voz y haciendo un gesto hacia Murphy—, tampoco tienen pinta de pasar mucho tiempo en la cocina.

—Ya nos las apañaremos —la tranquilizo—. Aún no he comprobado la despensa, pero debe de haber raciones de sobra para afrontar una travesía transoceánica.

—Más nos vale que así sea —comenta, apartándose un mechón de pelo de la cara—. Porque si no como bien, me convierto en una persona muy desagradable.

—Espero que eso no pase —sonrío a medias—. Y hablando de cosas desagradables... ¿Ha podido averiguar si lo que llevaban en la jaula eran hombres o animales? —añado, señalando hacia la celda.

La doctora se cruza de brazos y ladea ligeramente la cabeza.

—Es curioso que lo pregunte, porque es algo que también me tiene intrigada. Por la estructura y dimensiones de la jaula, hubiera apostado que se trataba de humanos... pero he encontrado restos de carne cruda en el suelo y arañazos en las paredes que me hacen pensar en algún tipo de animal con garras.

—¿Podría ser una pantera negra?

Tras pensarlo unos segundos, la doctora asiente lentamente.

—Podría ser... Pero desde el punto de vista virológico eso no tendría ningún sentido.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que los felinos y los humanos somos incompatibles en la inmensa mayoría de las enfermedades. Usar una pantera como vector

de un virus no tendría el menor sentido. ¿Por qué ha pensado en una pantera negra precisamente?

Dudo un momento si contarle lo que he visto en la sala de máquinas, pero decido que no tiene sentido ocultárselo y se lo explico resumidamente.

—¿Está seguro de que la imaginación no le jugó una mala pasada, capitán? — pregunta cuando termino de relatárselo.

—Bastante seguro. Ahí abajo había algo… o alguien moviéndose muy ágilmente, como una sombra. Por eso he pensado en una pantera negra.

Eleonor Marley se cruza de brazos, pensativa.

—Si es así —razona—, puede que estemos totalmente equivocados y no se trate de lo que suponíamos. Quizá tan solo llevaban unas fieras salvajes para un zoo o un circo en Berlín.

Al pelirrojo soldado Murphy se le escapa una risa por lo bajo.

—Tendría gracia haber organizado toda esta operación… para atrapar a unos putos traficantes de animales.

No me había dado cuenta de que el soldado se nos había acercado.

—Tiene que haber algo más —comenta la doctora, negando con la cabeza—. Todos estos documentos en alemán, el secretismo con que lo han llevado —apunta con la mano hacia popa y añade—: toda la tripulación brutalmente asesinada…. No sé qué es —concluye—, pero hay algo que se nos escapa.

—Estoy de acuerdo con usted, doctora.

—Llámeme Eleonor, capitán. Detesto los títulos.

—De acuerdo, siempre que a mí me llame Alex.

—Me parece justo —asiente, agregando a continuación—: ¿Tiene alguna teoría, Alex?

Me encojo de hombros.

—Ninguna con sentido.

—¿Y sin sentido?

—Tampoco —confieso—. Aunque tenemos dos semanas por delante para pensar en ello.

—¿Dos semanas?

—Es lo que tardaremos en recorrer las 3500 millas que nos separan de Florida.

—¿Dos semanas aquí metidos? —repite contrariada.

—Créame, Eleonor. A mí tampoco me hace ninguna gracia. Pero dudo que el Nostramo supere los once nudos.

La doctora hace un gesto de hastío.

—Dos semanas navegando en un barco lleno de cadáveres... —murmura con aprensión.

—Si la bodega está bien sellada —apunto—, no debería haber mayor problema. Le sugiero que se lo tome como unas vacaciones en un crucero cutre.

La doctora alza una ceja de escepticismo.

—He hecho un par de cruceros en mi vida... —gruñe, señalando a su alrededor— y no se parecían en nada a este. Espero que al menos me inviten a cenar a la mesa del capitán. —Tuerce una sonrisa pícara.

—Hablaré con él, a ver qué se puede hacer —contesto, inclinando la cabeza como un camarero solícito—. En fin..., les dejo con lo que estaban haciendo. Voy a ver si puedo volver a poner este trasto en marcha.

Por desgracia, mi cena termina siendo una ración de emergencia en la sala de máquinas, y ya está casi amaneciendo cuando en el puente de mando, acompañado de Flynn y el sargento Reynolds, empujo la palanca de la rueda de potencia poniéndola a un cuarto.

Aguardo durante unos segundos en tensión, que no se relaja hasta que siento en la planta de los pies el traqueteo del motor y cómo lentamente, el Nostramo comienza a cortar la superficie del mar.

—¡Funciona! —me felicita el comandante con una amistosa palmada en la espalda.

—De momento —advierto con cautela—. Vamos a acelerar un poco, a ver qué pasa —añado, llevando la palanca al indicativo de media potencia.

La aguja de los indicadores de presión y temperatura del aceite se mantienen en la franja verde, así como el de la presión del vapor y el velocímetro, que marca unos trepidantes cinco nudos.

Tras unos segundos para asegurarme de que ningún indicador de alerta se ilumina, respiro hondo y llevo la palanca a avante toda.

El rumor de la propulsión aumenta notablemente, así como las vibraciones de la nave, pero tras más de un minuto de atenta espera todo parece seguir en orden. Ahora todas las agujas marcan la zona verde de sus relojes, lejos de la peligrosa franja roja.

—Doce nudos —informo satisfecho—. Un poco más de lo que esperaba.

—Estupendo. Eso nos podría ahorrar un día de travesía ¿no? —comenta Flynn.

—Si tenemos suerte con el viento, incluso más —añado, y volviéndome hacia Reynolds le pregunto—: ¿Qué tal sus muchachos?

—No les ha hecho mucha gracia tener que trabajar todo el viaje de regreso en la sala de calderas —comenta, sacándose el sempiterno puro apagado de la boca—. Pero son buenos chicos y harán lo que se les mande.

—¿Ya ha organizado los turnos?

El sargento asiente con firmeza.

—Turnos de dos hombres de cuatro horas, como ha sugerido.

—Perfecto, gracias, sargento.

Le echo un último vistazo a la carta de navegación sobre la que he trazado varias líneas a lápiz y fijo el timón con rumbo 302.

—Pues ya está —comento, dirigiéndome a Flynn—. Ahora solo nos queda rezar con que nada se rompa y no nos crucemos con un submarino nazi. Usted y yo nos turnaremos las guardias en el puente.

—Me parece bien —asiente el comandante—. Ojalá que tengamos una travesía tranquila hasta llegar a casa.

—Yo también lo espero —coincido.

Pero apenas he terminado de pronunciar la frase, dos disparos de arma de fuego son acompañados de un desgarrador grito de dolor que me hiela la sangre en las venas.

Desciendo de dos en dos los escalones del puente, tras dejar el rumbo con piloto automático y comprobar que no hay ninguna otra nave al alcance de la vista. Eso me debería dar al menos media hora de margen para bajar a ver qué ha sucedido.

Flynn y Reynolds van por delante y me sacan ventaja, pero puedo oír sus botas repiqueteando sobre la escalera metálica en dirección a las cubiertas inferiores.

No es fácil adivinar de dónde ha provenido el grito, pero los pasos apresurados y voces de los soldados me sirven de guía mientras corro por los estrechos pasillos del Nostramo.

Al pasar por delante de la bodega «D», la doctora Marley se asoma por la puerta.

—¿Qué está pasando? —inquiere alarmada.

—No tengo ni idea —le digo sin aflojar la marcha.

—¡Voy con usted! ¡Espere!

—¡No, quédese ahí dentro y cierre la puerta! —le ordeno, haciéndole un gesto para que vuelva a entrar.

—¡Y una mierda! —replica la doctora.

Desisto de intentar convencerla. Tanto tiempo navegando con mujeres me ha enseñado que no necesitan que las protejan, ya se cuidan ellas solitas y por lo general mucho mejor que los hombres.

—Está bien, pero quédese detrás de mí —acepto, aunque rezongando.

Hay actos reflejos que son difíciles de superar.

A unos veinte metros más allá, en el angosto pasillo, un par de soldados se encuentran asomados a una de las grandes bodegas de proa, y tengo que apartarlos para abrirme camino y descubrir a Flynn y a Reynolds acuclillados de espaldas a la puerta, observando algo en el suelo.

—¿Comandante? —pregunto, aproximándose a ellos.

Flynn se hace a un lado y me permite ver que se trata de una ametralladora Thomson, igual a la que llevan el resto de los miembros del comando.

—Es el arma del soldado Herbert —informa, estirando el brazo hasta tocar el cañón con la yema de los dedos—. Aún está caliente.

—¿De M&M's? —pregunta la doctora Marley a su espalda—. ¿Qué… qué le ha pasado?

—Eso me gustaría saber a mí —contesta Flynn—. Cuando hemos llegado aquí, esto es lo único que hemos encontrado.

—¿Y no hay rastro de él? —pregunto.

—Solo un par de casquillos del arma… y esto —aclara Reynolds, señalando un rastro de gotas de sangre que me había pasado desapercibido y que termina al pie del mamparo.

Levanto la vista desde ese punto hasta dar con un respiradero justo encima, situado a unos tres metros de altura. Otra mancha roja se extiende en el borde inferior del mismo.

La doctora Marley sigue mi mirada y se queda mirando el respiradero circular de más de medio metro de ancho.

—¿Puede haber sido su pantera negra? —me pregunta, con la vista clavada en la tenebrosa abertura de ventilación.

—No… no lo sé —confieso.

—¿De qué demonios están hablando? —nos interpela Flynn, incorporándose de golpe—. ¿Qué es eso de una pantera negra?

—Ya le dije que creí ver algo hace un rato en la sala de máquinas —le aclaro—. Una sombra moviéndose rápidamente y despareciendo en un conducto de ventilación como ese. Le pregunté a la doctora si podría tratarse de una pantera negra.

—¿En la sala de máquinas? Yo estuve ahí y no vi nada —alega el sargento con extrañeza.

—Fue justo después de que se fueran todos —aclaro—. Por eso pensé que podía ser cosa mía, hasta que se me ocurrió que, quizá, en la jaula que hemos encontrado hubieran llevado una pantera negra que se escapó y ahora anda suelta por el barco.

—Eso no tiene ningún sentido —objeta Flynn, frunciendo el ceño.

—Yo no he dicho que lo tenga. Además, Eleo... la doctora Marley me ha explicado que nunca se usaría a un animal así como vector de un virus.

—¿Y no podría haber sido un hombre negro? —inquiere Reynolds—. No como Joe —añade señalando hacia el soldado Back, que aguarda junto a la puerta—. Si no uno negro de verdad. He conocido a hombres y mujeres de piel tan oscura como el carbón.

—No lo sé... quizá —arguyo, poco convencido—. Pero si lo que vi era un hombre, es el más ágil que he visto en mi vida. Por eso se me ocurrió lo de la pantera negra.

—Y eso sin contar con... —apunta Eleonor, dejando la frase inacabada y señalando con el índice hacia el conducto—. Está demasiado alto y no parece que usara nada para encaramarse hasta ahí arriba.

—Cargando con un hombre de noventa kilos —añado.

—Un momento —interviene Flynn, alzando la mano—. Están dando por hecho que han atacado al soldado Herbert y se lo han llevado por ese agujero, pero podría ser un ardid.

—¿Un ardid?

—Un engaño —aclara—. Quizá hay más supervivientes del Nostramo y tratan de tendernos una trampa.

—Hemos registrado la nave de cabo a rabo y, salvo ese desgraciado nazi, no hemos encontrado más que cadáveres —le recuerda Reynolds.

—Pues habrá que registrarla otra vez, sargento. Tenemos que encontrar al soldado Herbert y a quien sea que se lo haya llevado.

—Pero...

El comandante coloca los brazos en jarras.

—¿Pero qué, sargento?

—No, nada, señor —recula Reynolds—. Formaré un par de equipos de búsqueda.

—Que el capitán los acompañe —y dirigiéndose a mí, añade—: Usted era contrabandista, ¿no? Seguro que conoce lugares dentro de un barco donde un hombre o un animal grande podrían esconderse.

Tuerzo el gesto, señalando hacia el techo.

—Yo tengo que estar en el puente —objeto—. Llevando el timón.

—Eso lo puedo hacer yo —arguye Flynn—. En este momento es más útil ayudando al sargento y sus hombres.

Estoy a punto de recordarle que, como capitán provisional del Nostramo, mía es la potestad de decidir qué hacer o qué no hacer. Pero a mi pesar comprendo que el comandante está en lo cierto, soy el más indicado para descubrir compartimentos ocultos en la nave, si es que los hay.

—De acuerdo —accedo sin entusiasmo—. Los acompañaré.

—¿Y yo? —pregunta la doctora—. ¿Qué hago mientras tanto?

—Usted dedíquese a revisar toda la documentación que haya recopilado.

—Está en alemán —argumenta—. No sé si…

—Haga lo que pueda, doctora —la interrumpe Flynn—. Si no logramos sonsacarle nada al prisionero, quizá esos papeles sean la única oportunidad de saber lo que está pasando aquí.

—¿Podría al menos contactar con radio con los Estados Unidos? —propone—. Tengo colegas en la Universidad de Georgetown que hablan alemán y podrían ayudarme a tradu…

—Lo siento, doctora —la interrumpe de nuevo, negando con la cabeza—. Las órdenes son mantener estricto silencio de radio. Si tratamos de contactar con Washington, los submarinos nazis se lanzarán sobre nosotros como lobos a una barbacoa.

—Ya… comprendo.

—Muy bien —resuella el comandante, como si estuviera repentinamente cansado—. Pues pongámonos a ello. Tenemos que encontrar al soldado Herbert y descubrir qué le ha pasado.

En esta ocasión, Reynolds y yo hemos preferido que dos equipos avancen al unísono en la misma dirección, para inspeccionar a fondo

la nave y así evitar que nadie se les escape.

Decidimos empezar por la proa, ya que es la dirección en la que ha desaparecido M&M’s, así que una escuadra lo hace por la banda de babor y la otra por estribor, recorriendo los pasillos que flanquean las bodegas de carga y deteniéndonos en cada una de ellas para revisarlas a fondo.

Mi escuadra está compuesta por el cabo Smithers y los soldados Trikoris y Harvey; todos ellos con sus armas dispuestas y el dedo junto al gatillo, avanzando sigilosamente con movimientos entrenados, asomándose a cada esquina con precaución para irrumpir a continuación de forma rápida y contundente en cada compartimento junto al que pasan.

Una vez están seguros de que no hay nadie, accedo al interior y reviso cuidadosamente los mamparos en busca de dobles fondos y compartimentos ocultos. Al mismo tiempo, los soldados se asoman a los conductos de ventilación con sus linternas para cerciorarse de que están vacíos y, seguidamente, los precintan con rollos de alambre. No tanto para bloquear el paso, sino para averiguar si alguien los está usando para moverse por el Nostramo.

La idea es encontrar al soldado Herbert, vivo o muerto, y empujar a quien quiera que haya en dirección a la popa para acorralarlo, asegurándonos de que no nos sorprende por la espalda.

No es hasta que accedemos a la tercera bodega que tropiezo con algo inusual: un pequeño cuarto oculto tras un mamparo suelto.

Ayudado por *Griego* y *Popeye*, desplazo la plancha de acero iluminando el interior con sus linternas y, para nuestra sorpresa, descubrimos una decena de cajas de madera apiladas en el pequeño espacio disponible.

—¿Qué es eso? —pregunta Harvey—. ¿Contrabando?

—Eso parece —asiento, aproximándome a una de las cajas en busca de algún indicativo de su contenido—. Déjame tu cuchillo —le pido al soldado, alargando la mano.

Popeye parece dudar un momento, como si en lugar de un cuchillo le estuviera pidiendo las llaves de su coche nuevo. Pero al final lo desenfunda y, agarrándolo por la hoja, me lo entrega ceremoniosamente.

Por un instante me sorprende la actitud de Harvey, pero ya he conocido antes a otros miembros de las fuerzas especiales y sé que, para muchos de ellos, sus armas personales son como amigos íntimos, algunas con nombre y todo.

Tomando el enorme cuchillo por la empuñadura, lo clavo entre un par de listones y haciendo palanca los arranco de cuajo.

Algo brillante envuelto en largas virutas de madera me devuelve un reflejo dorado. Con cautela introduzco la mano en la caja y saco de esta una botella llena de un líquido marrón y una etiqueta con la leyenda «*Cachaça Ypióca. Aguardente de cana*».

Me vuelvo hacia los expectantes soldados, sosteniendo la botella en alto para mostrársela.

El soldado Harvey deja escapar un murmullo de satisfacción y añade:

—Ojalá que en las otras cajas lleven hielo y limas.

Ya es casi mediodía cuando alcanzamos la última bodega de popa y solo nos quedan por registrar de nuevo las calderas y la sala de máquinas.

No hemos encontrado ni rastro de M&M's; ni sangre, ni efectos personales, ni nada de nada. Es como si se lo hubiera tragado la tierra… o el barco, en este caso.

Según nos aproximamos a la zona de calderas, nos encontramos la compuerta abierta y el calor que emana de la misma caldeando el pasillo.

—¿Quién está en el turno de calderas? —pregunto al cabo Smithers, asomándome al interior.

—Los soldados Osborne y Murphy.

—Pues aquí no están —contesto, asomado desde el umbral.

—La madre que los parió… —masculla, haciéndome a un lado para entrar en la sala de calderas—. ¡Chile! ¡Carrot! —les llama en voz alta.

Aquel es un espacio algo más pequeño que la sala de máquinas repleto de tuberías y pasarelas, en cuyo centro se amontona una

pequeña pirámide de carbón proveniente del depósito de combustible situado justo sobre sus cabezas. A ambos costados de la sala, un par de hornos de varios metros de altura mantienen una temperatura constante de cuatrocientos grados, necesaria para quemar el carbón y producir el vapor que mueve el motor del Nostramo.

Entro en la sala seguido de Harvey y Trikoris, y de inmediato los tres nos quedamos mirando el suelo con el rostro desencajado.

—Mierda.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Smithers a mi espalda—. Les dije que no pueden dejar las calderas desaten… —El cabo se queda mudo al descubrir que hay sangre por todas partes.

Tragando saliva con dificultad, desenfundo mi arma y me adentro en la sala con cautela. La suela de mis botas produce un sonido repugnante al pisar la pegajosa sangre fresca que cubre el suelo. En una esquina descubro las dos ametralladoras Thomson de los soldados, aún apoyadas en la pared. No tuvieron tiempo de usarlas.

Aparte de sus armas abandonadas, no hay ni rastro de Osborne y Murphy. Solo un montón de litros de sangre derramada sobre el sucio suelo de hierro gris.

Me detengo frente a la puerta abierta de una de las calderas, de la que emana un fulgor anaranjado y un calor apenas soportable. Atónito, me quedo mirando el ardiente interior de aquel gigantesco horno, aunque aún tardo unos segundos en identificar lo que tengo frente a mí.

Rodeada en llamaradas y fragmentos de carbón incandescente, una cabeza humana parece mirarme desde sus cuencas oculares vacías.

Un inconfundible olor a carne quemada asalta mis fosas nasales, mientras contemplo cómo la piel se derrite horriblemente sobre el cráneo de lo que una vez fue el soldado Osborne.

Con un golpe seco, dejo caer sobre la mesa de mapas la caja de madera en la que llevo un puñado de huesos calcinados y un cráneo al que aún le quedan restos de piel y pelo adherido al hueso.

—¿Esto es todo? —pregunta Flynn, frunciendo la nariz ante el intenso olor que emana de la caja

—Todo lo que hemos podido recuperar —puntualiza cabizbajo el sargento Reynolds—. Esa caldera es un jodido crematorio.

Además de nosotros tres, en el puente de mando del Nostramo se han congregado alrededor de la mesa los soldados Trikoris, Harvey y Black, el cabo Smithers y la doctora Marley.

—Eran buenos chicos —afirma Smithers.

—Los mejores —corrobora Reynolds.

—¿Alguna idea de lo que les ha podido pasar? —pregunta Flynn, paseando la mirada por todos los rostros hasta detenerse en Eleonor Marley—. ¿Doctora?

—Soy doctora en virología, comandante —le recuerda, encogiéndose de hombros—. No sé mucho más que usted sobre huesos y cráneos.

—Esto no lo ha hecho una pantera —señalo, con la mirada clavada en los restos calcinados—. Los han despedazado antes de tirarlos al horno —levanto la mirada de la caja y añado con la voz teñida de oscuridad—: ...igual que a los cadáveres de la bodega.

—¿Están seguros de eso? —inquiere Flynn, frunciendo el ceño.

—Todo lo seguro que podemos estarlo —afirma Reynolds—. Los miembros no estaban... —traga saliva con dificultad, señalando los huesos ennegrecidos— unidos al cuerpo.

Flynn se pasa la mano por el rostro con cansancio.

—Eso significa que los mismos asesinos de la tripulación... —dice tras unos segundos— aún están en la nave. ¿Cómo es eso posible, sargento? Lo han registrado todo, ¿no?

—De proa a popa —ratifica—. Ni un ratón se podría haber

escondido sin que lo viéramos.

Flynn señala la caja a modo de evidencia.

—Pero de algún modo, lo han hecho —afirma—. Y esto no es obra de un ratón, o una pantera o siguiera un hombre. Osborne y Murphy eran tipos duros y bien entrenados, sería muy difícil tomarles por sorpresa sin hacer ni un solo disparo.

—Y no se olvide de Murphy —señala el sargento—. Tampoco hemos encontrado ni rastro de él.

—Por todos los santos —murmura el comandante, apoyándose con ambas manos en el borde de la mesa—. ¿Qué demonios está pasando?

—Creo que lo estamos enfocando mal —apunto en voz baja—. No creo que haya algún escondite que se nos ha pasado por alto. Me parece que los que están haciendo esto… —añado con preocupación— no creo que se estén escondiendo de nosotros.

—Ah ¿no? —inquiere Flynn.

—Nos están cazando —deduce Eleonor Marley.

—Exacto —asiento con gravedad.

Flynn, sin embargo, menea efusivamente la cabeza.

—¿Qué? ¡No! —replica, dando un golpe en la mesa—. Me niego a creer algo así. Simplemente nos han tomado por sorpresa. Organizaremos una nueva batida, los encontraremos, los eliminaremos y cumpliremos la misión. Sargento —añade—. Quiero que coja a sus hombres y revise la nave hasta el último rincón.

—Pero… acabamos de hacerlo y no hemos encontrado a nadie —le recuerda el suboficial.

—Pues lo vuelven a hacer. Las veces que sean necesarias hasta que encontremos a los asesinos —le dice, señalando la caja con los restos mortales de Murphy y Osborne.

El sargento ahoga una protesta en los labios y se lleva la mano a la sien.

—Sí, señor.

—Doctora, usted siga estudiando la documentación que encontraron. Aunque esté en alemán quizá nos ayude a sacar algo en claro. Y capitán —agrega seguidamente, dirigiéndose a mí—, usted…

Levanto la mano para hacerle callar.

—Comandante, tenemos que contactar por radio para que vengan a buscarnos.

Flynn se me queda mirando como si le hubiera propuesto organizar una fiesta de cumpleaños.

—¿De qué está usted hablando? Aún tenemos una misión que cumplir.

—La misión ya ha terminado, comandante. Ahora, lo que tenemos que hacer es salir de esta jodida nave… antes de que sea demasiado tarde.

El rostro de Flynn muda rápidamente del estupor a la irritación.

—Capitán Riley —replica, clavándome la mirada y hablando lentamente, con la tensión impregnando su voz—. Usted va a cumplir las órdenes que se le han encomendado y cualquier sugerencia en contra será tachada como insubordinación. ¿He sido claro?

—En este momento yo soy el capitán del Nostramo —objeto con tranquilidad—, y cualquier medida relativa a la seguridad de la tripulación es decisión mía; ni suya, ni del vicealmirante, ni del jodido presidente de los Estados Unidos… —Y, dando un paso hacia él, termino repitiendo su pregunta—: ¿He sido claro?

—Yo estoy al mando de la misión, capitán Riley —replica, acercándose aún más para intimidarme desde su metro noventa—, y le aseguro que no vamos a salir huyendo por haber tenido un contratiempo.

—¿Un contratiempo? —Levanto la mirada sin dejarme amedrentar—. Han asesinado a tres de sus hombres… y todavía ni siquiera sabemos a qué nos enfrentamos.

—Razón de más para averiguarlo —alega Flynn, impasible.

Niego con la cabeza de lado a lado con pesar.

—No. Se acabó, comandante. —Y, volviéndome hacia Reynolds,

añado—: Sargento, asegure el puente con sus muchachos. Llamaré a Belem pidiendo que nos evacúen y, hasta que lleguen con el hidroavión, esperaremos aquí.

—¡Ignore esa orden, sargento! —ladra Flynn.

El suboficial mira alternativamente a Flynn y a mí con los labios fruncidos, sopesando si hacerle caso a papá o a mamá.

Me vuelvo hacia Flynn para recordarle que donde hay capitán no manda marinero, pero lo que me encuentro es el cañón de un Colt del calibre 45 apuntándome al estómago.

—¿Qué cojones cree que está haciendo, comandante?

—Hacer que se cumplan las órdenes.

—¿Amotinándose? ¿Sabe cuál es el castigo por amotinarse en tiempo de guerra?

—Más o menos el mismo que por traición y cobardía —replica, apretando la boca del cañón contra mi estómago.

Me tomo un instante para respirar hondo y tratar de calmarme.

—No sea estúpido, Flynn —le digo, casi en un susurro—. Ya ha visto lo que les ha pasado a Osborne, Murphy, Herbert… y a los marinos que había en esta nave. ¿Quiere arriesgar también la vida de todos nosotros?

—Sabían el riesgo al aceptar esta misión.

—¡Pero la misión ya ha terminado! —exclamo, abriendo los brazos—. ¿Es que no se da cuenta? ¡No hay ningún virus! ¡Solo una montaña de cadáveres, un nazi moribundo y algo o alguien oculto en algún lugar de la nave que nos está matando uno a uno! Lo que hay que hacer es pedir por radio que nos saquen de aquí lo antes posible… —añado, señalando el aparato transmisor— y si no lo hace usted, lo haré yo.

Aparto el cañón de la pistola y, aguantando la respiración, me acerco a la radio dándole la espalda a Flynn. Si este cabrón va a dispararme por la espalda —pienso—, este es el momento.

Entonces, una detonación retumba en el puente de mando de la Nostramo y cerrando los ojos me quedo petrificado en el sitio.

Durante un eterno instante aguardo el estallido de dolor de la bala atravesando mi carne, pero este no llega.

Confuso, abro los ojos lentamente, pero en lugar de una mancha de sangre empapando mi ropa lo que descubro es que el equipo de radio ha saltado en mil pedazos.

—¿Qué cojones ha hecho? —increpo a Flynn, volviéndome hacia él con los puños apretados—. ¡Nos ha dejado sin radio, maldito imbécil!

—He hecho lo que tenía que hacer —responde el comandante con frialdad—. Sargento —agrega—, acompañe al capitán a uno de los camarotes y asegúrese de que no sale de ahí hasta que yo lo ordene.

Reynolds mira de nuevo a Flynn y luego a mí, vacilante.

—Sargento —insiste Flynn alzando la voz—. Le he dado una orden.

Reynolds aún duda un último instante, pero termina por asentir.

—Sí, señor —contesta, y le hace un gesto a *Joe* Back para que se acerque—. Lucius, escolta al capitán hasta un camarote y cierra la puerta por fuera.

Sin decir nada, el musculoso soldado afroamericano se sitúa a mi espalda como una enorme sombra.

—Entregue el arma, capitán —añade Flynn, señalando la Colt del 45 que cuelga de mi cadera.

Vacilo en acatar esa orden, y no es hasta que Reynolds me mira y asiente, como indicándole que es lo mejor que puedo hacer, que saco la pistola del cinto y se la entrego al sargento sujetándola por el cañón.

—Lo siento, capi —se excusa Reynolds en voz baja—. Se la guardo mientras tanto —añade, tomándola por la culata, vaciando la recámara con un gesto fluido y guardándosela en la parte de atrás del pantalón.

—Se está equivocando, comandante —le advierto una última vez —. Esto no…

—Lléveselo, soldado —me interrumpe Flynn, señalando la puerta

del puente.

No me queda otra que respirar profundamente y morderme la lengua, hay que joderse.

Antes de abandonar el puente me vuelvo hacia la doctora Marley.

—Tenga mucho cuidado, Eleonor —le advierto, dirigiéndole una fugaz mirada a Flynn.

—Descuide —contesta ella, cuando ya estoy saliendo por la puerta.

Dócilmente, dejo que el soldado me guíe hasta los camarotes de la cubierta inmediatamente inferior, y allí me abre la puerta a uno sorprendentemente amplio, con un cómodo catre cama, escritorio, baño privado, armario y varias estanterías de madera con ajadas novelas en portugués y libros de navegación.

—Es el camarote del capitán del Nostramo—comprendo, mirando a mi alrededor.

—Bueno, al fin y al cabo, usted es el nuevo capitán ¿no? —señala Back con toda naturalidad.

Resoplo ante la ironía y le dedico una sonrisa cansada.

—A los capitanes no se les suele encerrar en su propio barco.

Joe Back se encoge de hombros desde su metro noventa y pico.

—Lo siento, capi. Yo solo hago lo que me ordenan.

—Lo sé, Lucius —Y apuntando con la barbilla al pasillo añado—: Mantenga los ojos bien abiertos, ¿de acuerdo? Algo extraño está pasando aquí.

—¿En serio? ¿No me diga? —repone con una mueca y, dándose la vuelta, sale del camarote cerrando la puerta tras de sí.

Tras escuchar cómo se alejan los pasos del soldado, me acerco la puerta y trato de girar el picaporte.

Cerrada.

No es ninguna sorpresa, pero al menos no me han metido en una fría bodega y la cerradura no parece especialmente resistente. Quizá

podría forzarla en caso de necesidad.

Pero aún no.

De hecho, a través de la puerta abierta del baño descubro una pequeña ducha, lo que hace que las comisuras de mis labios se curven hacia arriba de forma involuntaria.

Cuando abro los ojos ya ha anochecido de nuevo.

No recuerdo cuándo ni cómo me he quedado dormido, pero la toalla mojada alrededor de la cintura me hace recordar la reconfortante ducha caliente y cómo decidí tumbarme un momento para descansar.

Está claro que la cosa se me fue de las manos.

Echo un vistazo a mi reloj de pulsera y compruebo que ya son más de las ocho de la tarde.

¿Cuántas horas he dormido? ¿Cinco? ¿Seis?

El estómago me ruge a modo de protesta y caigo en la cuenta de que llevo demasiadas horas sin comer.

Caminando descalzo sobre el frío suelo, me acerco a la puerta y agarrando el pomo trato de abrirla.

Aún cerrada.

—¿Hola? —Alzo la voz golpeando la puerta, tratando de llamar la atención—. ¿Alguien me oye?

Silencio.

—De puta madre —rezongo.

Bastante malo es que me encierren, como para que encima se olviden de que estoy aquí.

Tras repetir el llamado y aguardar unos segundos sin recibir respuesta, decido que ya llevo demasiado tiempo ahí metido.

—Pero lo primero es lo primero —me digo, alargando la mano hacia el montón de ropa que he dejado de cualquier modo sobre la silla.

Instintivamente, me acerco la camisa a la nariz y casi me caigo de espaldas.

He visto animales atropellados en la carretera que huelen mejor.

Haciendo de tripas corazón me dispongo a ponérmela de todas maneras, pero entonces reparo en el armario de hierro del capitán y lo abro con curiosidad.

Aquello no es el guardarropa de un sofisticado galán de Hollywood, pero compruebo con satisfacción que hay pantalones y camisas limpias que son casi de mi talla. Cualquier cosa será mejor que la apestosa alternativa.

Rápidamente comienzo a vestirme y, cuando ya estoy con los calcetines, creo percibir un ruido al otro lado de la puerta.

Me quedo quieto, aguzando el oído y creo discernir un resuello grave y ronco al otro lado de la puerta, como de alguien aficionado a fumar demasiado tabaco barato.

—¿Hola? —pregunto a la puerta cerrada—. ¿Quién anda ahí? ¿Podrías abrirme, por favor?

De pronto, la respiración se hace más intensa y evidente, con un amago de gruñido asomando en cada espiración, y lo primero que me viene a la cabeza es un gran depredador, como un león o un tigre.

Bien pensado, mejor que no abra.

Descalzo, doy unos pasos cautelosos hacia la puerta y, de pronto, un hedor a putrefacción me golpea como un puñetazo en la cara. Huele exactamente igual que la bodega donde se amontonaban los cuerpos descuartizados de la tripulación del Nostramo.

Sea lo que sea que se encuentra en el pasillo, ha estado en contacto con los cadáveres y se ha impregnado de su hedor.

El animal o lo que sea, vuelve a resollar de nuevo, aún más fuerte. Una respiración pedregosa y oscura, inhumana.

Un bufido animal se repite justo del otro lado de la puerta, pero, extrañamente, parece originarse por encima de la altura de mi cabeza.

Mido metro ochenta y no sé de ningún felino de ese tamaño.

¿Podría tratarse al fin y al cabo de una pantera negra? No, imposible —pienso—. Esos bichos no son tan grandes.

Y justo entonces, un intolerable chirrido de uñas contra el metal me pone los pelos de punta y doy un paso atrás cuando rasgan la

madera de la puerta.

—Pero ¿qué cojones...?

Mi inquietud no hace más que aumentar, cuando algo muy pesado se apoya contra la puerta, empujándola hacia el interior del camarote hasta llegar a combarla.

Sea lo que sea, es grande y muy fuerte... y está tratando de echar la puerta abajo.

¿Podría ser un oso?

Si es así, estoy bien jodido.

Miro a mi alrededor en busca de algo que pueda servirme de arma improvisada, pero como no le atice con el *Almanaque de mareas del Atlántico Norte,* no tengo nada más con lo que defenderme.

Finalmente agarro la silla y alzándola la coloco ante mí, como un domador de medio pelo en un circo de fieras.

La puerta se comba cada vez más y observo con preocupación cómo las bisagras comienzan a separarse del marco. Sea lo que sea, tiene una fuerza extraordinaria.

Respiro profundamente tratando de mantener la calma y no pensar en que, si lo que irrumpe en el camarote es lo mismo que ha matado a Osborne, Murphy, Herbert y a los tripulantes del Nostramo, poco podré hacer con una simple silla de madera.

Sea como sea, no me queda otra que tratar de vender caro el pellejo y aferro el respaldo de la silla, flexionando las piernas y preparándome para dar el primer golpe lo más fuerte que pueda y salir corriendo como alma que lleva el diablo.

Pero, justo entonces, una voz definitivamente humana resuena en toda la nave gritando a pleno pulmón:

—¡Alarma! ¡Alarma!

Al instante, percibo en la planta de los pies las vibraciones de botas corriendo apresuradamente por los pasillos de la nave.

La presión sobre la puerta desaparece al momento y pocos segundos después lo hace el sonido de la respiración y el fétido olor que la acompañaba.

—¡Eh! —exclamo tras unos segundos—. ¿Hay alguien ahí? ¡Sacadme de aquí, joder!

Precavidamente, pego el oído a la puerta en busca de alguna pista, y en menos de un minuto unos pasos se detienen al otro lado. Tras un par de vueltas de llave, esta se abre y me encuentro de frente con el rostro desencajado de Reynolds.

—¡Sargento! —le espeto a poco más de un palmo de la cara—. ¿Qué cojones está pasando aquí?

El suboficial menea la cabeza como si no entendiera las palabras, hasta que finalmente me hace un gesto apremiante para que lo siga.

—Venga conmigo —me dice, agarrándome del brazo con urgencia.

Superado por las circunstancias, me dejo arrastrar por el pasillo sin oponer resistencia, pero aún me da tiempo de volverme un instante hacia la puerta del camarote.

Sobre la combada superficie de madera, puedo ver claramente las profundas marcas paralelas producidas por una enorme garra.

No me queda otro remedio que seguir el ritmo del sargento, que se detiene justo frente a la entrada del puente, donde Trikoris y Harvey están montando guardia.

—¿Me va a decir de una vez qué coño pasa? —le pregunto.

En respuesta, Reynolds respira hondo y hace un gesto en dirección al puente.

—Mírelo usted mismo, capitán.

Dirijo su mirada hacia la penumbra del puente de mando y aparentemente, todo parece en orden.

No es hasta que mis ojos se acostumbran a la escasa luz del puente, que distingo uno de los grandes ventanales del puente roto en pedazos, cartas de navegación tiradas por el suelo y, a poca distancia, la gorra del comandante Flynn.

—¿Qué cojo...? —comienzo a preguntar, acercándome a la consola del timón.

Antes de que termine de formularla, me doy cuenta de que estoy

pisando una sustancia pegajosa que se extiende sobre la cubierta de madera, como una mancha de aceite de color rojo escarlata.

Me vuelvo hacia Reynolds con los ojos como platos.

—Pero... ¿Cómo? ¿Cuándo?

—No puede hacer más de media hora —aclara.

—¿No había nadie con él?

El sargento niega con la cabeza.

—Nos mandó a todos a registrar la nave, ¿recuerda?

Miro a mi alrededor. Solo veo sangre y lo que parecen ser señales de lucha.

—¿Y el cuerpo?

De nuevo, el sargento sacude la cabeza. Esta vez no hace falta que añada nada más.

—¡Joder! —Le doy un puñetazo a la mesa de mapas—. ¿Pero qué coño está pasando en este barco?

Reynolds se encoge de hombros y resopla.

—Dígamelo usted. Yo solo trabajo aquí.

Me paso la mano por la frente en un gesto de cansancio. Daría lo que fuera por estar de nuevo en casa, acurrucado en la cama junto a Carmen.

—¿Cuáles son sus órdenes, capitán? —pregunta el sargento—. Ahora es usted el oficial al mando.

«Estupendo», me digo y, apoyándome en el borde de la mesa, cierro los ojos y me tomo un momento para pensar.

Pero de poco sirve, la verdad. Toda esta situación es una gran montaña de mierda en la que estoy plantado justo encima, como una figurita de un pastel de bodas.

La respuesta honesta por mi parte sería admitir que no tengo ni puta idea de qué hacer o decir, y luego pasarle el muerto al sargento mientras voy a emborracharme.

Pero no puedo hacer eso, soy el jodido capitán. Maldita sea mi estampa.

—¿Han encontrado algo en el registro de la nave? —pregunto, tratando de aparentar una calma que no siento ni de lejos.

—Lo mismo que la vez anterior —aclara Reynolds—. Nada nuevo.

—Pero está claro que alguien, o algo, está asesinando a nuestra gente.

—Y no se olvide de la pila de cadáveres que están en la bodega de popa.

—Es verdad —resoplo—. Mierda.

—Pues sí.

—¿Dónde están el resto de sus hombres?

Reynolds hace un vago gesto hacia las cubiertas inferiores.

—Pues…

—Reúnalos a todos en el comedor de oficiales —le interrumpo—. Y a la doctora Marley también. A partir de ahora se acabó ir solos o siquiera en parejas. ¿Entendido? Quiero a todo el mundo como mínimo en tríos.

—Entendido —repite Reynolds, aparentemente feliz de que otro tome las riendas.

—Llévese a sus dos hombres con usted —le ordeno señalando a Griego y Popeye.

El sargento parpadea un par de veces, dubitativo.

—¿Y usted, capitán? ¿Se va a quedar solo mientras tanto?

—Antes quiero comprobar un par de cosas. En cuanto termine, me reuniré con ustedes en el comedor.

Puedo ver como a Reynolds se le forma una objeción en los labios, pero antes de que la formule alzo la mano para hacerle callar.

—Ya tiene sus órdenes, sargento —le atajo—. Los quiero a todos en el comedor dentro de cinco minutos.

Reynolds emite un gruñido de reprobación, pero termina llevándose la mano derecha a la sien en un saludo marcial.

—Sí, señor.

Después de que se hayan marchado, me acerco a echarle un vistazo de cerca a la radio del Nostramo. O más bien dicho, a lo que queda de ella.

Como ha dicho el sargento, ahora yo estoy al mando del barco y de la operación, pero ante la duda prefiero comprobar sin testigos el estado real de la emisora. No pondría la mano en el fuego porque ningún otro miembro del comando pensara igual que el desaparecido comandante Flynn.

Tras lanzar una breve mirada por encima del hombro, me siento frente a la radio en busca de signos de vida, rotando diales y activando interruptores. Pero nada, ni una sola luz se enciende. Más muerta que mi abuela.

Por si acaso, me coloco los auriculares y activo el botón de emisión.

—¿Alguien me recibe? Cambio —pregunto al micrófono—. Aquí el carguero Nostramo de bandera brasileña transmitiendo a ciegas una señal de SOS. Repito —añado tras una breve pausa—. Aquí el buque de carga Nostramo trasmitiendo a ciegas un SOS. ¿Alguien me recibe? Cambio. —Aguardo en silencio rogando por una respuesta, pero ni siquiera oigo el crepitar de la estática en los auriculares—. Si alguien me escucha, nos encontramos a la deriva a unas trescientas millas al suroeste de Natal. Necesitamos evacuación inmediata. Repito: necesitamos evacuación inmediata. Si hay algún barco o avión a la escucha y no puede venir en nuestra ayuda, transmita nuestra situación a las autoridades brasileñas. Esto es una emergencia —concluyo—. Necesitamos asistencia inmediata. —Durante un instante pienso en qué otra cosa puedo añadir sin revelar la misión o alertar a los submarinos nazis más de la cuenta, pero comprendo que ya no hay mucho más que decir y concluyo—. Aquí el buque Nostramo a la deriva —repito una última vez—. Necesitamos evacuación inmediata. Cambio y corto.

Levanto el dedo del transmisor y me quedo contemplando la aparatosa estación de radio con un certero agujero de bala del calibre 45 justo en su centro.

—Maldito imbécil —murmuro, pensando en el comandante Flynn.

Las posibilidades de que mi mensaje haya llegado a alguien son tan remotas como de que Hitler se afeite el bigote, pero en realidad no hay mucho más que pueda hacer.

Si por casualidad nos cruzáramos con algún otro barco podríamos hacerle señales luminosas solicitando ayuda, pero en mitad del Atlántico y con una guerra en marcha, tampoco es que haya mucho tráfico marítimo ni que la gente esté para ayudar a otros que no sea a sí mismos.

Una fría racha de viento nocturno entra por la ventana rota del puente y, siguiendo con la mirada el rastro de sangre que va de esta al timón, asumo que estamos completamente solos, que de un modo u otro tendremos que apañárnoslas para sobrevivir y que no tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo.

Antes de nada, decido acercarme a la enfermería para comprobar si el moribundo sigue vivo.

Cuando llego, para mi sorpresa me lo encuentro con los ojos abiertos y con la doctora Marley a su lado, mostrándole uno de los cuadernos que halló en la bodega de la nave.

—¿Qué hace aquí, Eleonor? —le espeto.

—¿Usted qué cree? —contesta, incorporándose—. Tratando de obtener respuestas.

—Debería estar en su camarote. Es peligroso que esté aquí sola.

—No me venga con esas —replica, apartando mis palabras con la mano como si fuera una mosca—. Necesito respuestas, y este tipo —añade, señalando al herido— las tiene todas.

Lo cierto es que tiene razón. No estará más segura en su camarote que en la enfermería, y desde luego que necesitamos respuestas. Por eso estoy yo ahí también.

—El comandante Flynn ha muerto —le suelto de buenas a primeras—. Lo han matado en el puente.

Eleonor Marley alza las cejas con estupor y se inclina hacia atrás. Tarda un rato en salir de su estado y abrir la boca para preguntar:

—¿Ha sido...?

—Eso parece —asiento lentamente—. El cuerpo ha desaparecido y solo ha dejado atrás un gran charco de sangre.

—Joder...

—Ya.

—Entonces, ¿usted es ahora...?

—El oficial al mando —le confirmo.

—¿Y qué quiere hacer? ¿Tiene algún plan?

—Cargarnos a lo que sea que nos está matando —respondo—.

Pero también necesito respuestas. ¿Ha podido sonsacarle algo?

La doctora menea la cabeza con frustración.

—Es como hablar con un zombi. Está consciente pero no hay nadie al volante.

Me inclino sobre el tipo y contemplo su rostro cubierto de sangre seca con una expresión aterrada que aún no se le ha borrado de la cara. Sus ojos abiertos clavados en un punto indeterminado del techo de la enfermería, ni parpadea el pobre desgraciado.

Es un jodido nazi y solo dios sabe qué estaban tramando, pero ver a alguien en su estado me impide sentir el odio que se merece. Si acaso, un punto de indiferencia hacia su sufrimiento.

—Hola —le digo, situándome frente a él—. Soy el capitán Alexander Riley —añado llevándome la mano al pecho y, apoyando el índice en él, le pregunto—: ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

Pero el fulano sigue con la mirada perdida. No parece siquiera que se haya dado cuenta de mi presencia.

—Ya se lo he dicho —comenta la doctora, apoyándose en el borde de la camilla—. Me parece que no hay nadie en casa.

—¿Quién le ha hecho esto? —insisto, agarrándole con fuerza el muñón del brazo—. ¿Un hombre? ¿Un animal?

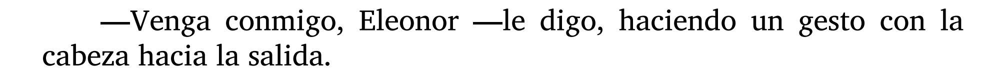
Al fin logro desviar su atención del techo, que va primero a su brazo desaparecido y después a mí.

Se me queda mirando unos segundos como si acabara de darse cuenta de que estoy ahí y, seguidamente, en la comisura de sus labios se forma una curva que lentamente se transforma en una mueca y, apuntándome con la única mano que le queda, comienza a reírse. Primero como un murmullo pedregoso, pero subiendo el volumen y la intensidad hasta convertirse en una risa absurda y finalmente en sonoras carcajadas.

El cabrón está como una regadera.

—No creo que vayamos a sacar nada de él —apunta la doctora, alzando la voz por encima de las risotadas.

«Sí, eso está claro como el agua».



—Venga conmigo, Eleonor —le digo, haciendo un gesto con la cabeza hacia la salida.

—¿Ir? ¿a dónde?

—A ver cómo podemos salir de esta —contesto, volviéndome desde la puerta.

—¿Y qué pasa con él? —pregunta, señalando al hombre de la camilla.

Esa es una buena pregunta con una muy mala respuesta.

—De momento no podemos hacer nada más por él —alego—. Si sobrevive a las próximas horas —añado sin excesivo interés—, veremos qué se nos ocurre.

Me doy la vuelta y, mientras dejo atrás la enfermería seguido por la doctora, sigo oyendo las desquiciadas carcajadas del moribundo descojonándose a mi espalda.

El comedor de oficiales es una sala forrada en madera oscura, con cuadros de barcos a vela surcando temporales y una anticuada lámpara de araña colgando sobre una mesa, lo bastante amplia para dar cabida a una docena de comensales. Espacio de sobra, en realidad, ya que solo quedamos siete personas vivas a bordo del Nostramo.

Aunque, para ser riguroso, al parecer hay al menos un octavo pasajero.

Uno que aún no sabemos si es humano o animal, pero que sí sabemos que es brutal y sigiloso, con una sed de sangre insaciable y que en este preciso momento puede estar acechándonos desde algún oscuro rincón de la nave.

—Yo voto por subirnos a un bote salvavidas y a la mierda con todo. —La doctora Marley aplasta su cigarrillo contra el cenicero en un gesto de impaciencia.

El sargento Reynolds se vuelve hacia ella con una mirada de censura.

—¿Y dejar atrás al comandante y a Herbert?

—¿Dejarlos atrás? ¿Es que acaso piensa que están vivos?

—Eso no importa —replica—. Nosotros no abandonamos a nadie,

doctora. Ni vivo ni muerto.

—Pues yo ya he dejado atrás a dos exmaridos vivitos y coleando, y no voy a jugarme el pescuezo por recuperar los cadáveres de dos desconocidos.

—Para nosotros no son desconocidos, son nuestros hermanos —responde Reynolds, apuntándole con el índice— y usted hará lo que se le ordene.

—Sargento —le interrumpo—. Cálmese, por favor.

Obediente, el suboficial toma aire y, sin apartar la mirada de la doctora, se echa hacia atrás en la silla cruzándose de brazos.

Mientras tanto, yo he extendido una carta náutica de la zona sobre la mesa y señalo una equis trazada a lápiz en el papel.

—Nosotros estamos aquí —indico, dando un golpecito sobre la marca—. La costa brasileña está a casi 300 millas de distancia en dirección oeste, así que tratar de llegar hasta allí remando sería muy complicado —explico, dirigiéndome a la doctora—. Mucho antes de llegar, nos quedaríamos sin agua ni provisiones.

—¿Y esto de aquí? —inquiere Eleonor Marley, señalando un minúsculo grupo de islas al noroeste—. ¿Qué es? Está mucho más cerca.

—Es el archipiélago de Fernando de Noronha. A unas doscientas millas de aquí.

—¿Y por qué no vamos ahí? —insiste la doctora—. ¡Tardaríamos mucho menos!

Meneo la cabeza con pesar antes de responder.

—En esta época tendríamos el viento y la corriente en contra —le explico—. Tampoco podríamos llegar remando.

—¿Entonces quiere decir que forzosamente hemos de quedarnos en este maldito barco?

—De momento me temo que no tenemos otra opción, Eleonor.

La doctora alza las cejas con incredulidad.

—¿Y ese es su plan? —me espeta—. Pues disculpe, pero me

parece un plan de mierda quedarnos aquí hasta que acabemos todos muertos.

Me tomo unos segundos en contestar. Antes de ello, paseo la mirada por el sargento Reynolds y el resto de sus hombres, que de momento solo escuchan sin decir esta boca es mía.

—Ese tampoco es mi plan —aclaro—. Mi idea es dirigir el barco a toda máquina hacia Fernando de Noronha. Y una vez tengamos tierra a la vista, hundir el Nostramo y desembarcar con los botes salvavidas. —De reojo veo que el sargento está a punto de protestar, así que antes de que abra la boca, añado—: Tenemos tiempo para encontrar a Flynn y a Herbert… o lo que quede de ellos y llevárnoslos con nosotros, junto con los restos de Osborne y Murphy. —Hago una pausa y añado —: ¿Están de acuerdo?

—Usted manda, es el capitán —apunta el cabo Smithers de mala gana.

—Lo sé, pero quiero su opinión. ¿Alguna sugerencia?

—Matar a ese hijo de puta —interviene Lucius Back con su voz grave—. Chile, Carrot y M&M's eran nuestra familia.

—Opino igual —afirma Harvey, flexionando sus poderosos bíceps —. Carguémonos a ese cabrón.

—Si hundimos el barco antes de llegar a tierra —les recuerdo—. Lo más probable es que muera en el naufragio.

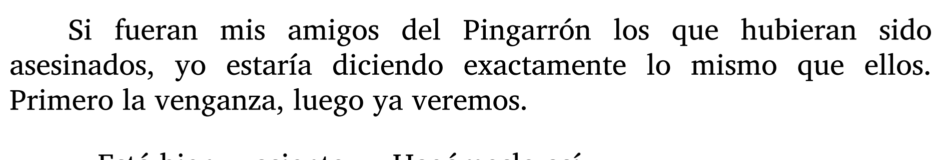
—«Lo más probable» no es suficiente para mí —alega Trikoris—. Quiero ver a ese desgraciado muerto y mearme en su cara.

Me vuelvo hacia Reynolds buscando complicidad, pero lo que me encuentro es una mirada de orgullo hacia sus muchachos.

—Estoy de acuerdo con ellos —confirma mi impresión—. Primero nos cargamos a ese malnacido y luego nos largamos. Por ese orden.

Me quedo callado de nuevo, esta vez contemplando los gestos de ira contenida de aquellos hombres jóvenes, fuertes y tremendamente cabreados. En ese momento soy el capitán de la nave y la decisión final es mía y solo mía, y lo que me están proponiendo va contra toda lógica y sentido común.

Pero les comprendo.



Si fueran mis amigos del Pingarrón los que hubieran sido asesinados, yo estaría diciendo exactamente lo mismo que ellos. Primero la venganza, luego ya veremos.

—Está bien —asiento—. Hagámoslo así.

—¡Capitán! —protesta airadamente la doctora, poniéndose en pie de un salto—. ¡Eso es una soberana estupidez! ¿Por qué arriesgarse? ¡No está pensando con lógica!

Me encojo de hombros.

—Ya lo sé.

—¿Y aun así va a hacerlo?

—Y aun así *vamos* a hacerlo —repito, mirando de reojo a los cinco militares.

Eleonor Marley alza una ceja, meneando la cabeza.

—Ah, ya veo... —rezonga poniendo los brazos en jarras—. Esta es una de esas mierdas de machitos dándose golpes en el pecho y haciéndose los héroes para salir de caza. ¿Quieren que mientras tanto encienda el fuego de la cueva y rece a los dioses por su regreso?

—En realidad, preferiría que se encerrara en su camarote bajo llave —alego con demasiado cansancio como para discutir con ella—. Pero si quiere rezar, adelante. Cualquier ayuda será bienvenida.

En respuesta, la doctora lanza un profundo resoplido y dándose la vuelta abandona el salón a grandes zancadas.

Lo último que escucho es su voz ya en el pasillo, mientras se aleja.

—Hatajo de imbéciles.

Al cabo de una hora, todos excepto la doctora Marley volvemos a encontrarnos en el comedor de oficiales

—Esto es lo mejor que he podido encontrar —explica Reynolds, extendiendo un plano que muestra una vista horizontal y otra vertical del interior del Nostramo.

—Es perfecto, sargento —le felicito, apoyando los codos sobre la mesa para poder estudiarlo de cerca.

Sobre el papel cuadriculado de color azul se muestran todas las bodegas, camarotes, pasadizos y salas de la nave, desde la proa al timón.

—Todo eso lo hemos revisado ya —comenta el cabo Smithers, pasando la mano por encima del plano—. De proa a popa.

—Lo sé —afirmo—. Pero esta vez vamos a hacerlo de forma diferente —añado, apoyando el índice en la sala del motor del ancla —. Tal y como vayamos avanzando, iremos sellando todo lo que dejemos a nuestra espalda. Incluidos los conductos de ventilación. Vamos a acorralar a ese bastardo hasta que no tenga dónde esconderse, y entonces…

—Lo matamos —interviene Lucius Back—. Muy… muy despacio.

—Algo así —contesto—. Pero nada de hacerse el héroe, ¿entendido? La doctora tiene razón diciendo que somos unos cavernícolas saliendo de caza, y eso es justo lo que puede hacer que acabemos todos muertos. ¿Está claro?

—Sí, señor —contestan todos al unísono.

—No sabemos a qué ni a quién nos enfrentamos —prosigo—, así que actuaremos con toda la cautela del mundo asumiendo que puede ser un pirado psicópata o una fiera salvaje. —Hago una breve pausa y al ver que no hay comentarios, agrego—: Nadie se separará del grupo en ningún momento ni bajo ninguna circunstancia. Iremos todos juntitos de la mano, con el culo apretado y preparados para lo peor, como una excursión de novicias en una despedida de soltero.

Un rumor de risas nerviosas recorre el comedor, relajando levemente la tensión del momento.

—¿Alguna pregunta?

Nadie dice nada. En realidad, aquello es para lo que los han entrenado… o casi.

Sobre la mesa, junto al plano del Nostramo, han extendido toda la panoplia de armas de la que disponen: desde granadas de mano a pistolas, cuchillos y, por supuesto, los subfusiles Thomson con sus cargadores de tambor de 50 balas del calibre 45 ACP; incluidos los dos que encontramos en la sala de calderas, apoyados inútilmente en la pared.

—No está mal —comenta Reynolds, contemplando el pequeño arsenal—. ¿Han comprobado que esté todo en condiciones? —añade, dirigiéndose a sus hombres.

—Todo listo y engrasado —confirma el cabo Smithers—. Tenemos dos cargadores extra de Thomson y dos granadas MK2 por cabeza, señor. Además de las pistolas y los cuchillos de combate. Podríamos invadir un país pequeño con todo esto.

—¿Y los soldadores portátiles? —pregunto, señalando un par de feas máquinas con diales, clavijas y ruedas, del tamaño de una nevera pequeña—. ¿Los han revisado?

—Va a ser un engorro cargar con ellos —apunta Harvey, mirándolos como a unos suegros a los que tuviera que llevarse de vacaciones—. Pero los he comprobado y funcionan.

—Nos iremos turnando para llevarlos —le consuela Reynolds.

—Es la única manera de asegurarse de que lo sellamos todo —añado—. Avanzaremos zona a zona —señalo el plano del barco—, sin prisas y asegurándonos de no dejar nada a nuestra espalda. Aunque tardemos todo el día, tenemos que hacerlo bien o no servirá de nada.

—Pues vamos allá —afirma Reynolds, dando una fuerte palmada sobre la mesa—. Encontremos a ese cabrón, démosle su merecido y salgamos de este barco de una puta vez ¿Estáis conmigo? —añade, mirando a sus hombres.

La respuesta unánime de los soldados debió de escucharse hasta en la Luna.

Mientras Yannis Trikoris termina de fijar unos puntos de soldadura en el mecanismo de apertura de la compuerta del sector de proa, los demás montan guardia a su alrededor con las armas dispuestas y listos para disparar a cualquier cosa que se mueva.

—Con eso es suficiente —le digo, apoyándole la mano en el hombro—. Ya nadie podrá salir por aquí.

El soldado de origen griego apaga el soldador y se levanta la máscara protectora. Tiene la camiseta empapada en sudor y gesto de cansancio.

Llevamos tres horas cerrando y sellando compartimentos, y ni siquiera hemos llegado a la mitad.

Extiendo el plano del barco sobre el suelo y poniéndome en cuclillas lo ilumino con la linterna, decidiendo qué sección hemos de aislar a continuación.

—¿Puedo hacerle una pregunta, capitán?

A mi lado, Reynolds también estudia el plano y coloca el dedo índice sobre el mismo.

—¿Qué es esto de aquí? —añade, sin esperar respuesta.

—Es la sentina —aclaro.

Ante el gesto de ignorancia del sargento, añado:

—Son las alcantarillas del barco, por decirlo así. Donde se acumula el agua, el aceite y el combustible que se filtran con el paso del tiempo.

—Y recorre toda la nave, ¿no? Según esto, va de proa a popa sin interrupción.

—Sí, pero como le digo está lleno de agua, aceite, combus...

—Ya —me interrumpe Reynolds—. Pero ¿no hay aire?

Me tomo un instante antes de contestar. Empiezo a ver por dónde va la pregunta.

—¿Está sugiriendo que podría ocultarse ahí abajo?

—¿Podría? —repregunta el sargento—. Porque si es así, tendría la posibilidad de moverse por la Nostramo sin que nos enterásemos y sin necesidad de usar las escotillas que estamos sellando con tanto esmero.

Paseo la mirada por el espacio ocupado por la sentina y que transcurre de proa a popa bajo nuestros pies. ¿Cómo narices no lo he visto antes?

—El aire sería casi irrespirable debido al agua putrefacta y los gases derivados del aceite y el combustible... —murmuro—. Pero sí. En teoría alguien podría usarlo para desplazarse por la nave.

—Según esto —añade Smithers, señalando las escotillas indicadas en el plano—, hay como una docena de accesos por los que podría escabullirse

—Uno de ellos —agrega Reynolds con gravedad, colocando el índice sobre una de las escotillas de popa—... justo debajo de la sala de calderas.

—Seguro que fue así como sorprendieron a Osborne y Murphy —concluye el cabo, apretando los puños.

Reynolds levanta la mirada hacia mí y no hace falta que diga nada más.

—Tienen razón —admito, asintiendo pesadamente—. En barcos más pequeños la sentina apenas tiene uno o dos palmos de altura, pero en este... podría tener casi dos metros.

Reynolds se queda un rato aguardando a que añada algo más, pero yo ya ando perdido en cavilaciones sobre cómo actuar a continuación.

—¿Qué hacemos, capitán? —me pregunta finalmente.

Salgo de mi ensimismamiento parpadeando un par de veces, como si acabara de recordar dónde me encuentro.

—Tenemos que sellar la sentina de inmediato —confirmo, poniéndome en pie y volviendo a enrollar el plano—. Debimos empezar por ahí.

Los accesos a la sentina del Nostramo, más que escotillas parecen tapas de alcantarilla, lo cual tiene cierta lógica ya que ese espacio justo sobre la quilla está destinado a acumular los residuos del barco.

—Joder, qué tufo sale de ahí —comenta Harvey, llevándose la mano a la nariz al llegar frente al primero de los accesos.

Un penetrante olor a gasoil, mezclado con aceite de motor, agua pútrida y dios sabe qué más, emana entre las rendijas de la tapa.

—Es peor que los pedos de *Joe* —ilustra Trikoris, mirando a Lucius Back de reojo.

—Dejaos de idioteces —le reprime en cambio el sargento—. Sellad esa salida y vamos a por la siguiente, no tenemos tiempo que perder.

De pie junto a ellos, con el plano del barco enrollado bajo un brazo y la ametralladora Thomson en bandolera bajo el otro, me lamento en silencio por no haberme dado cuenta antes de que sellar los accesos a la sentina es lo primero que teníamos que haber hecho.

Pero bueno, tampoco puedo estar en todo.

Al decirme eso, me doy cuenta de cuánto echo de menos a mi tripulación del Pingarrón. No tanto su habilidad para tocarme las pelotas con proverbial insistencia, sino el ingenio de Jack, la perspicacia de Carmen, el entusiasmo de Julie, la sensatez de César e incluso las absurdas ocurrencias de Marco.

Aquellos muchachos vestidos de negro que ahora se afanaban en soldar la tapa de hierro son competentes y valientes, pero no son *mi gente*. Aunque, bien pensado, también me alegro de que ninguno de ellos se vea en esta situación de mierda.

Aun sabiendo que hacemos todo lo que podemos, no puedo deshacerme del terrible presentimiento de que, de un modo u otro, todo aquello va a acabar espantosamente mal.

—Listo —anuncia Harvey, apagando la llama del soldador—. Vamos a por la siguiente.

Le echo un breve vistazo al trabajo de *Popeye* y, aunque difícilmente habría ganado un concurso de metalurgia, parece lo bastante sólido como para evitar que nadie pueda salir por ahí.

—A unos veinte metros hacia popa, pero en el otro costado, en estribor —les indico, señalando un estrecho pasillo que transcurre entre dos de las bodegas de proa.

—Vamos allá —asiente Reynolds—. Cuanto antes acabemos, mejor.

El pasadizo es tan estrecho que Harvey y Back se ven obligados a caminar ligeramente de lado para no rozar las paredes con sus anchos hombros.

El traqueteo de las ruedas del soldador portátil resuena sobre el suelo metálico y no puedo dejar de pensar en que cualquier intento de ser sigilosos se ha ido a hacer gárgaras. Si hubiéramos venido con una banda de música habríamos hecho menos ruido.

Al tratarse de un pasaje de servicio, se halla pobremente iluminado, así que dependemos de las linternas para arrojar algo de luz al frente y a la espalda. El sargento y el cabo Smithers marchan al frente, mientras que yo soy el encargado de que nadie nos sorprenda por la retaguardia. Si nos atacaran en un espacio tan estrecho, estaríamos bien jodidos.

Cuando finalmente abandonamos el angosto pasillo, suspiro de alivio, pero aquella sensación me dura lo que tardo en oír mascullar a Reynolds unos metros más adelante.

—Oh, mierda…

Me abro paso entre los soldados hasta llegar donde se encuentra el sargento y descubro lo que está mirando.

Frente a él, la tapa de la sentina está abierta de par en par. Manchas de sangre seca ribetean sus bordes.

—Tenía razón, sargento —le digo, acuclillándome ante la oscura boca abierta de la abertura—. Se ha estado moviendo por aquí.

—Y no ha sido un animal —afirma el Smithers, señalando lo que parecen las huellas de unos dedos junto a la escotilla.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Reynolds, volviéndose hacia mí.

—Yo voto ir a por ese hijo de puta ahora mismo —contesta en cambio Lucius Back, aferrando su ametralladora.

—Y yo —añade Trikoris, metiendo una bala del 45 en la recámara de su Thomson.

—Matemos a ese cabrón —agrega Harvey.

—¡Cerrad el pico! —les recrimina el sargento—. Esto no es un puto debate. —Y, sin dejar de mirarme, insiste—: ¿Cuáles son sus órdenes, capitán?

Me quedo en silencio, pensativo, tratando de que no se me noten mis propias dudas.

Por un lado, lo sensato sería seguir sellando todas las escotillas de la sentina, limitando su capacidad de movimiento y con suerte dejándolo encerrado ahí abajo.

Pero por otra parte...

—Sellemos todos los accesos... menos el último. —Levanto la mirada de la escotilla y me dirijo hacia los cinco hombres que me miran fijamente, expectantes—. Y entonces, cuando no tenga escapatoria, bajamos a por él.

Definitivamente, decirlo resulta mucho más fácil que hacerlo y para cuando encontramos el sumidero que da acceso a la bodega donde desapareció el soldado Herbert, ya han pasado casi tres horas más.

Solo hemos hecho la mitad del trabajo, pero ya puedo leer el cansancio en el rostro de los soldados, a los que solo la ira parece mantener despiertos. Sus gestos y sus movimientos, cada vez más torpes y lentos, delatan que necesitan una comida caliente y dormir catorce horas seguidas.

—Salió por aquí, el hijo de puta —señala Trikoris, en cuclillas junto al agujero.

Unos metros más allá, alguien ha pisado un gran charco de aceite de motor y sus pisadas desaparecen junto a la abertura del suelo.

—Fijaos —apunta Harvey, agachándose junto a estas—. Parece que va descalzo y... joder —añade con sorpresa, colocando su pie junto a una de las huellas para compararlas—. Ese cabrón debe de ser grande, calza varios números más que yo.

—Solo veo un rastro —advierte a su vez Back, iluminando el

suelo con su linterna—. Igual que en la otra escotilla.

—Me cuesta creer que un solo hombre pudiera llevarse el cuerpo de Herbert por el conducto de ventilación —alega Smithers—. Y mucho menos, sorprender a Murphy y Osborne de ese modo en las calderas.

—Pues aquí no hay más huellas —insiste Back.

—Da igual —interviene Reynolds—. Sellemos la maldita escotilla y…

La frase del sargento es interrumpida por un fantasmal lamento proveniente de la sentina, un aullido de agonía y desesperación.

El dolor que destila hace que se me encoja el corazón.

—¿Qué cojones ha sido eso? —pregunta Reynolds, cuando logra salir de su estupor.

—Parecía… —masculla Harvey, clavando la vista en la tenebrosa entrada que se abre a sus pies—. Parecía la voz de Herbert.

—¡Está vivo! —exclama Smithers, señalando la escotilla abierta.

Trikoris se arrodilla junto a la abertura.

—¡Herbert! —grita a la oscuridad—. ¡Herbert!

—¡Tenemos que ir a por él! —exclama Back, con las pupilas dilatadas de ansiedad.

—¡Está vivo! —insiste Smithers, como si aún le costara creérselo —. ¡Está vivo!

—Tenemos que sacarlo de ahí —añade Reynolds, volviéndose hacia mí—. Tenemos que ayudarle.

Su tono y su lenguaje corporal me dicen que aquello no es una consulta.

—El plan no era ese —le recuerdo.

—A la mierda el plan. Es uno de mis muchachos y está ahí dentro.

—Ni siquiera sabemos con certeza si se trata de él —objeto—, o si estará vivo para cuando lo encontremos.

—¿Quién más podría ser? —pregunta Reynolds, frunciendo el ceño—. Si hay una oportunidad de rescatarlo, voy a aprovecharla. Nosotros no dejamos a nadie atrás —añade, paseando la mirada por sus hombres.

Sus hombres asienten y repiten la frase al unísono.

—No dejamos a nadie atrás —corean.

Respiro hondo y trato de no dejarme arrastrar.

—No sabemos si es él, si seguirá con vida cuando lleguemos —insisto— ...o si se trata de una trampa.

—Me da igual si es una trampa. Vamos a ir a por él..., *capitán* —replica Reynolds, y la última palabra la enfatiza de un modo que suena casi a advertencia.

Me quedo mirando al sargento y me viene a la cabeza la antigua tripulación del Nostramo, despedazada y apilada en una de las bodegas como sobras de un matadero. Decenas de marinos asesinados brutalmente, a los que hay que sumar a Murphy, Osborne y el mismo Flynn, asesinado en el puente de mando.

Como capitán en funciones podría ordenarles que no lo hicieran, pero como viejo marino sé también que eso solo supondrá un riesgo de motín. Aquellos hombres están demasiado furiosos como para pensar en otra cosa que no sea rescatar a su hermano de armas. Comprendo que, si se tratara de uno de mis tripulantes del Pingarrón, yo estaría diciendo exactamente lo mismo.

—Está bien —concedo al fin con un deje de resignación—. Vamos a por él.

La herrumbrosa escalerilla de acero por la que desciendo a la tenebrosa sentina protesta con un inquietante chirrido y, por un momento, me parece que está a punto de quebrarse bajo mi peso.

De inmediato, siento cómo el agua asciende por mis piernas y, cuando me llega a la entrepierna, tengo que apretar los dientes antes de seguir bajando hasta que mis botas tocan el resbaladizo suelo de la sentina.

El agua me llega ahora a la altura del pecho y, cuando estiro el brazo hacia arriba, rozo el techo con la punta de los dedos. Luego inhalo profundamente y el aire con sabor a gasoil y humedad casi me hace toser. La sentina del Nostramo es fría, lóbrega y claustrofóbica.

Joder, con lo bien que estaría en casa.

En fin… —suspiro en silencio—, es lo que hay.

Enciendo la linterna y con ella alumbro a mi alrededor, pero solo puedo distinguir agua negra y una oscuridad que el tímido foco de la linterna apenas es capaz de disipar.

—¿Capitán? —pregunta Reynolds con preocupación, asomándose a la escotilla.

—Parece despejado —contesto.

De inmediato oigo a mi espalda el crujir de la escalinata y un segundo después tengo a mi lado al sargento, quejándose amargamente.

—No debería haber bajado el primero —me recrimina—. Usted es el único capaz de manejar este barco, y si le pasara algo…

—Privilegios del rango —le respondo, zanjando la cuestión.

En pocos instantes Reynolds es seguido por los tres soldados, que de inmediato forman un círculo alumbrando en todas las direcciones.

Solo el cabo Smithers se ha quedado arriba, protestando, pero nosotros cinco ya somos suficientes y alguien debe proteger la salida.

La sentina es aún mayor de lo que imaginaba y, aunque Harvey con sus casi dos metros puede caminar erguido sin golpearse con el

techo, la sensación que me produce este lugar es sencillamente asfixiante. Cuesta hasta respirar.

Por supuesto, no hay alumbrado de ningún tipo y toda la luz que tenemos es la de nuestras linternas, que parece ser absorbida por ese agua negra y pútrida cubierta por una pátina de aceite.

No es hasta ese momento que caigo en la cuenta de lo que ello supone.

—Mierda —reniego

—¿Pasa algo? —inquiere Reynolds.

—Los gases.

—Sí, huele fatal, pero…

—No es ese el problema, sargento —le interrumpo—. Pueden ser inflamables.

Reynolds se me queda mirando hasta que llega a la misma conclusión.

—Mierda —concluye también, volviéndose hacia sus hombres—. Nada de disparos aquí abajo —les ordena.

—¿Qué? —inquiere Back, seguro de haber oído mal.

—Si disparamos aquí dentro —explica—, incendiaríamos los gases y podríamos provocar una explosión.

—Joder, estupendo —masculla Harvey con un suspiro.

—¿Y entonces con qué vamos a defendernos? —pregunta Back, alzando las manos abiertas por encima del agua—. ¿Con indirectas?

—Tenéis los cuchillos de combate, ¿no? —responde Reynolds—. Pues usadlos, que para eso os han entrenado.

—¿Y si como dice el capitán se trata de una trampa y nos están esperando? —aventura Harvey, mirándome de reojo.

—Pues, en ese caso —concluye el sargento encogiéndose de hombros—, estaremos bien jodidos.

Por orden de Reynolds y para evitar tentaciones, todos dejan sus

armas de fuego bajo la custodia del cabo Smithers, quien además me presta su cuchillo de combate bajo promesa de cuidarlo como a un hijo.

Los cinco hemos formado un círculo alrededor de la escalerilla, rastreando en todas las direcciones con las linternas, pero no hay rastro del soldado.

—¡Herbert! ¡Herbert! —le llaman todos, y sus voces retumban en los mamparos de la sentina.

—Deberíamos dividirnos —propone el sargento al cabo de un momento, ante la falta de respuesta—. Un equipo hacia la proa y otro hacia popa, así cubriríamos más terreno.

—¿Pero qué manía es esa de querer dividirse? —replico, volviéndome hacia él—. No, de ninguna manera, sargento. Vamos a ir los cinco juntitos, hasta saber qué coño está pasando.

—Como usted diga, capitán —acepta Reynolds—. Pero…

—Empezaremos por la proa —le atajo antes de que siga—, e iremos bajando hacia la popa. ¿Entendido?

—A la orden —responde el sargento, esta vez sin «peros» de por medio—. Popeye y Joe, vais delante. Griego —añade—, tú vigila nuestra espalda.

—Sí, señor —responden los tres al unísono, tomando posiciones.

—Cabo, ¿me oye? —agrega Reynolds, mirando hacia al acceso por el que hemos bajado.

—Aquí estoy, sargento —contesta Smithers, asomando la cabeza.

—Si sube por la escalerilla cualquiera que no sea uno de nosotros…, ya sabe lo que tiene que hacer.

—Pegarle un tiro entre ceja y ceja.

—Exacto. Pero no dispare *dentro* de la sentina, no sea que volemos todos por los aires.

—Procuraré acordarme.

—Más le vale, cabo. Explotar me pone de un humor terrible.

Sin perder más tiempo nos ponemos en marcha, avanzando a duras penas a través de aquella agua negra, densa y maloliente. Solo los erráticos haces de luz de las linternas hienden la densa oscuridad unos pocos metros a nuestro alrededor.

Somos una pequeña isla de luz en movimiento, rodeados de profundas sombras y armados solo con cuchillos, como cazadores prehistóricos internándose en una cueva oscura y amenazadora. Aunque, bien pensado, aquellos cavernícolas habrían tenido el sentido común de llevar lanzas consigo.

Por un instante, especulo con proponerles regresar y fabricar unas lanzas improvisadas, aunque sea con palos de escoba; pero ya es demasiado tarde para eso. El difuso rastro de luz de la escotilla ya ha quedado a una veintena de metros atrás y, una vez que ya estamos ahí abajo, si nos marchamos, quizá perderemos la oportunidad de encontrar al soldado Herbert.

—¿Alguien ve algo? —pregunto en voz alta.

—Yo no veo una mierda… —contesta Harvey, añadiendo al momento—: Señor.

—¿Por qué habrá terminado en la sentina? —resopla Joe—. Apenas se puede respirar.

—Quizá lo han traído.

—Sea como sea, la voz venía de aquí abajo —comenta Reynolds —. Tiene que estar por algún lado.

—Tiene que estar aquí —añade Trikoris, alumbrando a su alrededor con la linterna—. Tiene que estar por aquí.

—Aún nos queda mucha sentina que registrar —les recuerdo—. Además de que…

El sonido de un chapoteo nos llega desde la derecha y, automáticamente, todas las linternas se enfocan en aquella dirección.

—¿Habéis oído eso? —pregunta Griego en un susurro.

—Silencio. —Lo manda callar Reynolds.

Me doy cuenta de que estoy aguantando la respiración mientras escudriño la oscuridad.

Unas ondas sobre la superficie del agua llegan hasta nosotros a modo de eco.

Algo ha creado una perturbación unos metros más adelante, justo más allá del límite de la luz de las linternas.

Entonces, unos segundos después, desde algún lugar frente a nosotros en dirección a la proa, nos llega un ronco gruñido que tanto podría pertenecer a un hombre como a un animal.

Un gruñido grave y amenazador, que definitivamente no es obra del soldado Herbert.

Un estremecimiento recorre mi columna como una descarga eléctrica, mientras la parte instintiva de mi cerebro me dice a gritos que no debería estar ahí.

La otra parte, la reflexiva, parece estar totalmente de acuerdo.

Pero no puedo hacer otra cosa que tragarme el miedo y cerrar los dedos con fuerza alrededor de la empuñadura del cuchillo de combate.

Nadie dice una palabra, pero la tensión se palpa en el silencio posterior y las palabras de Reynolds que lo rompen.

—Sigamos adelante —ordena con voz demasiado calmada como para ser auténtica.

Obedientes, Harvey y Back prosiguen su avance, aunque moviendo las linternas más deprisa y caminando más despacio.

El agua de la sentina no solo es aceitosa y maloliente, sino que, además, está tremendamente fría. Empiezo a sentir cómo se me entumecen los pies mientras doy pasos cautelosos sobre el suelo resbaladizo.

Percibo entonces cómo al desagradable olor a gasoil y aceite de motor se le suma otro más dulzón y nauseabundo. Un olor como el que he percibido hace unas horas, al otro lado de la puerta de mi camarote.

—¿Oléis eso? —pregunta Lucius, alzando la nariz como un perro descubriendo un rastro.

—Es como… —comienza a decir Harvey, tratando de identificarlo.

—Carne putrefacta —sentencia Reynolds—. Huele a muerte.

—¿Qué es eso de ahí? —pregunto entonces, señalando hacia mi izquierda—. Me parece que he visto un reflejo.

Todas las linternas se vuelven en la misma dirección y, efectivamente, descubrimos algo flotando en el agua.

—Pero ¿qué cojones...? —murmuro, acercándome para comprobar de qué se trata.

—¡Espere, capitán! —me alerta Reynolds, pero lo ignoro.

Cuando llego a su altura y lo tengo ante mí, siento cómo una arcada me asciende por la garganta.

—¿Qué es? —pregunta Harvey a mi espalda.

Por un momento, dudo si mostrarles lo que tengo ante mí, pero comprendo que no tiene ningún sentido ocultarlo.

Con la mano libre lo agarro y dándome la vuelta lo levanto en el aire para que todos puedan verlo.

—¡Joder! —exclama Trikoris.

—¡Me cago en la puta! —hace lo propio Back, asqueado por la visión.

Frente a mí, sostengo un antebrazo seccionado a la altura del codo y por el que sobresalen el cúbito y el radio envueltos en colgajos de carne adherida al hueso.

En la muñeca aún perdura un reloj de pulsera con la esfera rota, que es lo que me ha devuelto el reflejo de la linterna.

—Es el reloj de Herbert —afirma Reynolds sin sombra de duda.

—Dios mío... —masculla Harvey, horrorizado—. ¡Herbert! —le llama a gritos—. ¡Herbert!

—Le han mordido —señalo, mostrando las marcas sobre la piel blancuzca.

—Caníbales... —murmura Back, horrorizado.

—Me da igual si es caníbal o vegetariano —interviene Reynolds, apretando los dientes—. Vamos a...

Pero no llega a terminar la frase, pues una forma oscura emerge del agua a solo unos metros de distancia y vuelve a sumergirse en menos de un segundo.

Una silueta negra y de forma humanoide, pero que soy incapaz de clasificar.

—¿Qué cojones era eso? —inquiere Trikoris con evidente nerviosismo.

—No... no lo sé —confiesa Back—. Parecía... un hombre.

—Eso no era un hombre —replica Harvey al instante—. Ese hijo de puta es enorme y... ¡Joder! ¿Habéis visto su puta cabeza? ¡Era... alargada!

Lo que yo he visto me recuerda a un enorme gorila de espalda plateada que vi una vez en el zoológico del Smithsonian en Washington D. C. Pero, dejando de lado las diferencias anatómicas, aquel estaba cubierto de una gruesa mata de pelo y este... lo que sea, en cambio, parece lampiño y grasiento, aunque esto último quizá se deba al propio aceite de la sentina.

—Me la suda quién sea o lo que sea ese cabrón —interviene de nuevo el sargento—. Vamos a hacerlo pedazos —añade, apretando los dientes con rabia.

A regañadientes, acepto la sugerencia de Reynolds para que nos abramos en abanico y abarcar así la anchura de la sentina, evitando así que se nos pueda escabullir en la oscuridad.

De ese modo, formando una línea y separados entre dos y tres metros entre nosotros, avanzamos en la oscuridad, conmigo ocupando el centro de la formación y los demás a mi izquierda y derecha.

El tenue cono de luz de la escotilla de acceso ya es solo un vago fulgor a nuestras espaldas y caigo en la cuenta entonces de que, al haber sellado todas las escotillas en dirección a proa, el acceso donde nos aguarda Smithers es ahora la única salida que nos queda.

Mientras camino penosamente por esa sentina oscura y hedionda, resbalando constantemente por culpa del fango y la mugre acumulada en el fondo durante años, tratando de dar caza a algo que aún no sabemos lo que es..., pienso en Carmen.

Aunque sé que no me dieron la opción de negarme, maldigo mi suerte por haber sido el único capitán disponible para esta maldita misión. Daría lo que fuera por estar en ese preciso instante en la confortable cama de mi casa, abrazando a mi mujer por la espalda y acariciando su abultada barriga.

En ese momento, pienso también en mi futuro hijo y me pregunto si llegaré a conocerlo.

La voz del sargento Reynolds interrumpe mis pensamientos.

—¿Alguien ve algo?

Me sacudo el desasosiego y me centro en los haces de luz que se mueven frente a mí.

—Nada por aquí —responde Trikoris.

—Todo despejado —añade Back.

—¡Herbert! —grita Harvey, aún esperanzado en que su compañero le conteste.

—Aún nos queda un trecho hasta llegar a la proa. Quizá... —añade el sargento sin demasiado convencimiento—. Quizá Herbert esté allí.

El silencio que sigue a su comentario me deja bastante claro que no soy el único que piensa que el soldado esté aún con vida.

Sin embargo, me abstengo de decir nada en voz alta; sé que van a seguir adelante diga lo que diga.

Con creciente cautela, avanzamos paso a paso, barriendo la aceitosa superficie del agua con la luz de las linternas. Los soldados tosen de vez en cuando de forma involuntaria, con los pulmones y la garganta irritados a causa de los gases.

De haber ido tocando la pandereta no habríamos hecho más ruido, pero a esas alturas de la película el sigilo ya carece de importancia. Esto es una cacería, y nosotros poco más que un puñado de trogloditas adentrándonos en una cueva con nuestras antorchas y cuchillos de obsidiana sin saber lo que nos espera en la oscuridad.

Lo que ha asomado hace un momento no sabría decir si es un animal o un hombre, ...aunque me ha parecido distinguir un destello de ira muy humana en unos ojos inyectados en sangre, que juraría se clavaron en mí durante un instante.

Aunque quizá no sean más que imaginaciones mías. Tampoco sería la primera vez.

—¡Eh! —exclama de pronto Harvey, señalando al frente—. ¿Habéis visto eso?

—Yo no veo una mierda —responde Reynolds.

—¡Ahí mismo! —insiste Popeye, adelantándose unos pasos—. ¡Estoy seguro de que algo se ha movido en el agua!

—¡Quieto, soldado! —le ordeno—. ¡No te separes del grupo!

Pero quizá confiado en sus casi dos metros de altura y sus bíceps como jamones de Jabugo, Harvey ignora mi orden y se dirige al punto donde cree haber visto algo.

Irremediablemente, los demás corremos tras él antes de que se pierda de vista, gritándole para que espere, aunque sin demasiado éxito.

El soldado Ron Harvey, que parece haber sufrido un repentino ataque de sordera, desaparece por un instante en la oscuridad de tan rápido que va, y temo que esté cayendo en una trampa.

No obstante, al cabo de unos pocos segundos de alocada persecución, los haces de las linternas vuelven a iluminar su musculosa espalda y yo resoplo de cansancio y de alivio.

—Estaba aquí mismo —explica Harvey, girando sobre sí mismo mientras alumbra el agua—. ¡Estoy seguro!

—¡Me importa una mierda lo que hayas visto! —explota Reynolds al llegar a su altura—. ¡Si te digo que te pares, te paras! ¿Está claro?

—Pero es que....

—¡¿Está claro?! —truena el sargento, pegándose a él.

A pesar de la notable diferencia de tamaño, Harvey traga saliva y asiente.

—Señor. Sí, señor.

Reynolds se lo queda mirando unos segundos de más, a modo de advertencia, y se vuelve hacia los demás.

—Al que vuelva a desobedecer una orden, le voy a...

Pero esas son las últimas palabras que llega a decir, porque de pronto se queda repentinamente mudo, abre los ojos de par en par y, como si cayera en un agujero invisible, desaparece de la vista antes de que nadie tenga oportunidad de reaccionar. Incluso Harvey, que está a su lado, se queda petrificado de la sorpresa.

Un segundo después, del sargento Reynolds solo queda una simple ondulación en el agua oscura, como una piedra lanzada a un estanque.

—¡¡¡Sargento!!! —exclamamos todos a la vez, abalanzándonos hacia el punto en que parece habérselo tragado la nave.

Yo soy uno de ellos y con la misma sorpresa que los demás compruebo que ahí ya no queda nada de Reynolds. Sea lo que sea lo que lo ha atrapado, lo ha arrastrado rápidamente bajo el agua sin aparente esfuerzo.

—¡Se lo ha llevado! —grita Trikoris, alumbrando nerviosamente a su alrededor—. ¡Joder! ¡Se lo ha llevado!

Lucius se lanza de cabeza bajo el agua con su cuchillo en la mano y, para cuando le grito que se detenga, ya es demasiado tarde.

—¡Joe! —exclama Harvey, haciendo el amago de ir tras el soldado Back.

—¡Quietos los dos! —les ordeno a él y a Trikoris—. ¡Que nadie se mueva!

—¡Pero se lo han llevado! —insiste el soldado de origen griego, señalando el agua.

—¡Ya lo he visto, joder! —replico, agarrándole del brazo—. ¡Pero hemos de mantener la calma!

—¡Joe! —grita Trikoris, llamando a su hermano de armas.

—¿Qué coño ha pasado? —inquiere mientras tanto Harvey, aturdido—. ¿Cómo ha podido...?

—Eso ahora da igual —contesto, barriendo la superficie del agua con la linterna en busca de indicios del sargento y del soldado.

—¡Pero tenemos que rescatarlo!

—¡Joe! —sigue llamándole Trikoris—. ¡Joe!

Pero el corpulento afroamericano tampoco da señales de vida, y tengo el funesto presentimiento de que ambos han corrido la misma suerte.

No soy capaz de imaginar qué tipo de hombre o animal ha podido hacer algo así, pero al fin entiendo que, lejos de arrinconarlo, lo que ha hecho ha sido atraernos hasta su terreno.

Aquel lamento que escuchamos efectivamente era un cebo y, como me temía, nos lo hemos tragado hasta el gaznate.

Pero tampoco es el momento para soltar un «os lo dije».

Treinta tensos segundos después, ni Reynolds ni Joe siguen sin dar señales de vida.

Esto pinta mal.

Muy mal.

—Tenemos que retroceder —decido—. Hay de salir de aquí.

—¡No vamos a dejar a Joe y al sargento! —ruge Harvey,

desafiante, apretando los puños—. ¡Nadie se queda atrás!

—Es una orden —respondo, tratando de mantener un tono calmado—. Todo esto ha sido un error.

—¿No me diga? —responde Trikoris con sarcasmo—. Pero Ron tiene razón, nosotros no dejamos a nadie atrás.

—Sus amigos ya están muertos —sentencio, tratando de zanjar la discusión.

—¡Eso no lo sabe! —protesta Harvey.

—...y si nos quedamos —prosigo, haciendo oídos sordos a la objeción— nosotros tres también moriremos aquí abajo.

—¡Pues que vengan a por mí! —exclama Harvey, blandiendo su enorme cuchillo de combate, dando tajos al aire—. ¡Venga, hijos de puta! ¡Os estoy esperando!

—¡Vámonos!

Le agarro de la manga tirando de él, pero este me aparta de un manotazo.

—¡Váyase usted si quiere! ¡Cobarde! —me grita, apuntándole con el cuchillo—. ¡Yo no voy a irme sin ellos!

Pero yo ya no le presto atención a Harvey.

Lo que estoy mirando es una enorme sombra que acaba de alzarse justo tras él, aún más alta que el hercúleo soldado.

Una sombra en la que solo destacan dos ojos enrojecidos y, un segundo después, una hilera de dientes largos y afilados que destellan en la oscuridad antes de cerrarse sobre el cuello de Ron Harvey.

Al mismo tiempo que comprendo lo que está a punto de suceder, contemplo horrorizado cómo le arranca parte del cuello de un solo mordisco, seccionándole la carótida y provocando un enorme chorro de sangre que me rocía la cara como una manguera.

Todo ha sucedido tan rápido que no me ha dado tiempo ni de avisar al desdichado soldado, y para cuando me he limpiado de los ojos la sangre caliente de Harvey, el monstruo ha desaparecido y ya solo queda ante mí un hombre moribundo que trata de taponar la brutal herida con sus manos mientras la vida se le escapa por la

arteria cercenada.

Sin dudarlo me apresuro a ayudarle y añado mis manos al intento de controlar el desangrado, pero resulta tan inútil como tratar de detener la marea con los dedos.

Pocos segundos después el gigantón cae de rodillas con un gesto de incredulidad mientras trata de decirme algo, pero la voz ya no le responde y simplemente se desploma boca abajo sobre el agua, con la sangre que sigue manando de su cuello extendiéndose a su alrededor.

—¡Salgamos de aquí! —grito, dando un paso atrás y volviéndome hacia Trikoris.

Pero Yannis Trikoris ya no está donde estaba un momento atrás.

En su lugar, solo queda la estela que va dejando tras de sí mientras corre alocadamente en dirección a la lejana escotilla.

Corro como nunca he corrido en mi vida, pero hacerlo en aquella maldita sentina llena de agua es como vivir una pesadilla en la que apenas logro avanzar. Las suelas de mis botas resbalan sobre el mugriento suelo y, por más que lo intento, me parece estar protagonizando una escena a cámara lenta.

Trikoris me lleva cinco o seis metros de ventaja y no tiene pinta de que vaya a detenerse por nada en este mundo. Es lo que tiene estar cagado de miedo. Lo sé porque yo me siento exactamente igual.

Aún no estoy seguro de lo que he visto, pero ese *loquesea* que ha acabado con Harvey de un mordisco era aún más alto que el soldado y por un momento me ha parecido entrever unas garras alargadas y afiladas como cuchillos.

No recuerdo cómo debían ser los monstruos de mis pesadillas infantiles, pero seguro que no podían ser mucho peores que eso. De haber tenido cola, cuernos y la piel roja, habría sido la viva imagen del demonio.

—¡Smithers! —grita Trikoris mientras corre—. ¡Smithers! ¡Ayuda!

Pero el cabo no debe de poder oírle, pues no llega a asomarse por la escalerilla.

Yo prefiero conservar el aliento mientras empujo el agua hacia atrás con los brazos, y no es hasta ese momento que me doy cuenta de que he perdido el cuchillo de combate y la linterna. Debí dejarlos caer al tratar de taponar la herida de Harvey.

«Mierda», pienso, y lanzándome hacia adelante comienzo a nadar. Hacerlo con las botas y la ropa puesta no es lo más cómodo del mundo, y el asqueroso sabor del aceite de motor se me cuela en la boca y las fosas nasales, pero en cambio avanzo mucho más deprisa que corriendo.

—¡Nade, Yannis! —le grito al pasar por su lado.

—¡No puedo! —alega alzando las manos. En una de ellas sostiene el cuchillo.

—¡Guárdese el puto cuchillo y nade! —le insisto, tomando la delantera.

—¡Que no sé nadar, joder!

Me quedo tan sorprendido que por un momento yo también me detengo.

—*Mecagoenlaputadeoros*… —murmuro de seguido, rememorando un clásico reniego de Jack Alcántara, mi segundo en el Pingarrón.

Volviendo la vista atrás no soy capaz de ver al demonio en las tinieblas de la sentina, pero eso ya está claro que no significa nada. Podría estar justo a mi lado y sería incapaz de darme cuenta.

—¡Haga como yo, Yannis! —le grito—. ¡Bracee con las manos y patalee con los pies!

El soldado hace un intento patético de imitarme, pero lo único que logra es estar a punto de ahogarse él solito.

—¡No sé! —protesta, volviéndose a incorporar y escupiendo agua —. ¡Me hundo!

Las clases particulares de natación están descartadas, así que solo me quedan dos opciones: dejar que se espabile o ayudarle como pueda, jugándomela por alguien a quien apenas conozco.

Como es costumbre, elijo la menos sensata.

—¡Agárrese a mí! —le ordeno, dándole la espalda—. ¡Sujétese a mis hombros!

—¿Qué? —inquiere el soldado, confuso.

—¡Que se agarre a mí, coño!

Un sordo gruñido proveniente de la oscuridad, inquietantemente cercano, empuja a Trikoris a abrazarse a mi cuello en lugar de agarrase a mis hombros, pero no hay tiempo para debates anatómicos.

Comienzo a nadar de nuevo, arrastrando el peso muerto de Griego que, para colmo, me estrangula e impide respirar como es debido. Pero la escalerilla está ahora a menos de veinte metros y estoy decidido a alcanzarla, aunque sea sin aire en los pulmones.

—¡Smithers! —vuelve a gritar Trikoris con desesperación, esta vez a menos de un palmo de mi oído—. ¡Cabo!

En esta ocasión, sin embargo, la cabeza rubia de Arnold Smithers

asoma por la abertura.

—¿Quién anda ahí? —pregunta, desconcertado—. ¿Griego?

—¡Somos yo y el capitán! —contesta—. ¡Ayúdenos!

—¿Qué pasa?

—¡Que nos persigue un puto monstruo! —replica el soldado—. ¡Eso es lo que pasa!

—¿Y los demás? —inquiere Smithers, apuntándoles con su linterna—. ¿Dónde está el sargento?

—¡Deje de hacer preguntas y coja una puta ametralladora! —le impele el soldado.

A mí me gustaría decir que se olvide de la ametralladora si no quiere volarnos en pedazos, pero para poder hablar antes tendría que quitarme del cuello las manos de Trikoris y tampoco hay tiempo para eso.

Cuando estamos a menos de diez metros de la escalerilla, el cabo Smithers asoma de nuevo apuntando hacia la oscuridad con su subfusil.

Yo sigo nadando con las escasas fuerzas que me quedan, que no son muchas, acercándome cada vez más al círculo de luz proyectado bajo la escotilla hasta que finalmente alcanzo sus límites.

La presencia de la anhelada luz y la de Smithers agarrado a la escalerilla con la Thomson en la mano, me proporcionan una leve sensación de alivio y me decido a poner pie en tierra y separar los brazos de Yannis de mi cuello.

Pero justo cuando voy a hacerlo, sucede exactamente lo contrario. Trikoris tira bruscamente de mí como si pretendiera estrangularme.

«Pero qué cojones…».

—¡Capitán! —grita Griego a mi espalda—. ¡Capitán!

Me revuelvo como puedo, tratando de desembarazarme del asfixiante abrazo del soldado al tiempo que me giro para ver lo que pasa.

Y lo que pasa es que Trikoris tiene los ojos abiertos como platos y

una mueca de terror se dibuja en su rostro. Con ambos brazos estirados hacia mí, se mantiene agarrado con una mano como un náufrago rogando ayuda.

Por un instante me parece que Trikoris está haciendo el idiota, simulando que se hunde. Pero entonces algo bajo el agua tira de Yannis con una fuerza irresistible y mis manos las manos y las del soldado se separan bruscamente.

No veo nada más allá del rostro y los brazos anhelantes de Trikoris, solo el agua negra y aceitosa. Esta vez no hay silueta oscura, ni afilados dientes, ni pupilas enrojecidas fulgurando en la oscuridad..., pero hay algo bajo el agua que tira de Yannis tratando de arrastrarlo hacia las tinieblas.

—¡Dispare, Smithers! —grita Trikoris, tragando y escupiendo agua—. ¡Dispare!

—¿A dónde? —pregunta este, haciendo oscilar el cañón de su arma—. ¡No veo una mierda!

—¡Dispare! ¡Dispa...! —insiste Yannis, desesperado, pero antes de poder terminar su última palabra, se hunde bajo el agua y durante unas décimas de segundo solo sus ojos aterrados asoman antes de desaparecer definitivamente.

—¡La hostia! —exclama Smithers desde la escalerilla, con el gesto descompuesto—. ¿Qué ha sido eso?

—¡Suba! —le ordeno, braceando desesperadamente hasta alcanzar el pie de la escalerilla—. ¡Suba!

—Pero... ¿y Grie...?

—¡Que subas, joder! —le interrumpo, trepando por la escalerilla.

El cabo duda por un instante, pero acaba por obedecer y en cuanto estoy arriba me ayuda a cerrar la escotilla. Luego me derrumbo sobre el frío suelo de acero mientras boqueo como un pez fuera del agua, tratando de que el oxígeno regrese a unos pulmones que me arden como si hubiera bebido ácido.

—¿Qué... qué ha pasado? —pregunta Smithers tras unos segundos, incapaz de soportar más tiempo la duda—. ¿Dónde están los otros, capitán?

Alzo levemente la mano para pedirle más tiempo mientras recupero el aliento.

—No… no lo sé —contesto, meneando la cabeza—. Hay algo… ahí abajo.

—¿Algo? —repite Smithers, perplejo—. ¿Qué significa eso?

Vuelvo a menear la cabeza. La realidad es que no tengo ninguna buena explicación que darle. Ni tampoco ninguna mala, dicho sea de paso. Todo ha sido tan confuso y ha pasado tan rápido que ni yo mismo tengo claro qué parte ha sido real y qué ha sido fruto de mi acojonada imaginación.

—No han sido hombres los que han matado a la tripulación del Nostramo —respondo, tratando de hilar mis pensamientos—. Ha sido esa… cosa —añado, titubeante—. No sé si es un animal o un puto demonio del infierno…, pero ha acabado con todos en un abrir y cerrar de ojos.

Ahora sí, Smithers guarda silencio y no es hasta pasado un rato que inquiere con preocupación.

—¿Y qué vamos a hacer, capitán?

Clavo mi mirada en la del asustado cabo, y me doy cuenta de que no soy capaz de mentirle.

—No tengo ni puta idea.

Mi confesión es sincera.

No tengo ni la menor idea de qué hacer.

Pero si algo tengo claro es qué *no* hacer, y es quedarnos ahí. De modo que cargamos como podemos con todos los subfusiles y, sin dejar de mirar constantemente por encima del hombro, nos dirigimos a la zona de los camarotes. Concretamente al de la doctora Marley, quien al abrirnos la puerta se me queda mirando como si ante ella acabara de aparecer el abominable hombre de las nieves. Su expresión transcurre de la sorpresa, al espanto y de ahí al más absoluto desconcierto en cuestión de segundos.

—¡Dios mío! —exclama llevándose las manos a la boca, mientras su confusa mirada oscila entre Smithers y yo—. Pero ¿qué...?

—¿Nos permite pasar, Eleonor? —le pregunto, chorreando agua y sangre ajena.

La doctora se hace automáticamente a un lado para dejarnos entrar.

Dejamos el montón de armas en el suelo sin demasiados miramientos y acto seguido nos derrumbamos; el cabo en la silla del escritorio y yo de espaldas sobre el catre deshecho, cerrando los ojos y tratando de calmar mis pensamientos. Sé que estoy empapando la cama y que la doctora me observa con los brazos en jarra a la espera de una explicación, pero eso ahora mismo me importa más bien poco. Solo me concentro en la respiración, tratando de templar mis nervios.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta la doctora, alternando su mirada entre el cabo y yo.

Efectivamente, Eleonor Marley no entraría en la categoría de personas pacientes.

La ignoro, pero Smithers se aclara la voz como si se dispusiera a narrar un informe.

—Fuimos... —comienza a explicar, dubitativo, sin siquiera levantar la vista que mantiene fija en la punta de sus botas—. Estábamos buscando a Herbert en la sentina... Creímos oír su voz —añade en un tono apenas audible—. Pero era una trampa.

—¿Una trampa? —inquiere la doctora—. ¿De quién?

Smithers se encoge de hombros sin alzar la mirada.

—No... No lo sé. Yo me quedé arriba, protegiendo la escotilla.

Por el rabillo del ojo veo que Eleonor Marley da un paso hacia mí, plantándose frente a la cama.

—¿Una trampa de quién, capitán? —insiste.

Yo aún estoy concentrándome en mi respiración, intentando calmar los temblores que me recorren todo el cuerpo.

Preferiría seguir en silencio en lugar de responder a un interrogatorio, pero por lo poco que conozco a la doctora, sospecho que eso no va a pasar.

—Yo tampoco lo sé —respondo, apenas levantando la cabeza.

—¿Era un ser de forma humana, pero más grande y fuerte, de cabeza alargada, piel negra, dientes afilados y uñas como cuchillos?

Al oírle decir aquello, abro los ojos de golpe y me incorporo en la cama como si hubiera activado un resorte.

—¿Cómo sabe usted eso? ¿Ha podido comunicarse con el prisionero?

—A ese infeliz lo encontré muerto hace un rato —responde, meneando la cabeza—. Se cortó la yugular con un bisturí.

—¿Se ha suicidado? —pregunto desconcertado.

—¿Le sorprende? —pregunta ella a su vez—. Además de mutilado, el pobre diablo estaba aterrorizado.

En eso Eleonor está en lo cierto. No puedo ni imaginar lo que debió de haber vivido en este barco antes de que lo encontrásemos.

—¿Entonces? —inquiero—, ¿cómo ha sabido...?

La doctora hace un gesto hacia el escritorio, que está atiborrado de libretas y cuadernos. Los mismos que había encontrado junto a la jaula vacía.

—Ahí está todo —afirma.

—Pensaba que no hablaba usted alemán.

—Y no lo hago, pero encontré un diccionario portugués-alemán en el camarote de un suboficial y, aunque mi portugués tampoco es bueno, he podido traducir algunas partes. Y, además —añade—, hay algunos bocetos… interesantes.

—Enséñemelos.

La doctora, sin embargo, parece estar pensando en otra cosa.

—¿Dónde están el sargento y los demás? —pregunta, volviéndose un instante hacia la puerta.

A Smithers se le escapa un gemido y hunde la cabeza entre sus manos mientras la mueve ligeramente de izquierda a derecha. Parece un hombre al borde de un ataque de nervios.

—¿Qué sucede? —inquiere la doctora, volviéndose hacia mí con el ceño fruncido.

—Ya no hay nadie más, Eleonor.

—¿Qué quiere decir con que no hay nadie más?

—Pues que solo quedamos nosotros tres —le aclaro—. Todos los demás han muerto.

La doctora Marley se queda tan quieta que, si no fuera por su parpadeo de incredulidad, parecería hallarse en estado catatónico.

—¿Todos han…?

—Esa… cosa —la interrumpo, señalando hacia el escritorio— los ha asesinado en un abrir y cerrar de ojos.

—Dios mío —masculla la doctora, abriendo los ojos desmesuradamente y llevándose las manos a la boca.

Un silencio tenso como la cuerda de una guitarra se instala en el camarote de la doctora. Unos porque no sabemos qué decir y otros porque son incapaces de decir nada.

—Hay que matar a ese hijo de puta —sentencia finalmente el cabo, levantando la cabeza y crispando los puños.

—No diga idioteces, Smithers —le reprendo—. Ya ha visto lo que

ha pasado ahí abajo. Tenemos que abandonar el barco y hundirlo antes de que… —dejo la frase en el aire echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos.

—¿Antes de qué? —pregunta la doctora.

Me tomo un instante para pensarlo, pero no hay una forma fácil de decir lo que pienso.

—Antes de que esa cosa venga a por nosotros.

Pocos minutos después, los tres nos encontramos estudiando los cuadernos que va mostrando la doctora Marley. Están escritos a mano y aquí y allá hay palabras sueltas subrayadas en rojo y mal que bien traducidas, gracias al diccionario.

—Estábamos totalmente equivocados —afirma Eleonor, paseando el índice sobre uno de los párrafos más subrayados—. Lo que traían en la jaula los nazis no eran personas ni animales infectados con algún virus, sino a ese ser, que encontraron en un lugar al que llaman *Schwarze Stadt*, que viene a ser algo así como Ciudad Negra, en mitad de la selva del Amazonas.

—Pero ¿qué es? —pregunta Smithers—. ¿Un hombre o una bestia?

Eleonor Marley menea la mano en un gesto dubitativo.

—Ambas cosas y ninguna —responde crípticamente—. Según he entendido, es una subespecie humana que fue moldeada a lo largo de miles de años, cruzándola para subrayar sus aspectos más mortíferos y agresivos, del mismo modo que nosotros hacemos con las vacas o los perros.

—Entonces, es humano —opino, a medio camino entre la pregunta y la afirmación.

La doctora tuerce los labios en una mueca.

—A duras penas. ¿Qué hay de común entre en lobo de Alaska y un chihuahua? —me responde con otra pregunta—. Provienen de la misma especie, pero física y mentalmente son animales muy distintos. Milenios de selección y manipulación genética tienen la culpa.

—Solo que, en este caso —apunta Smithers, con un tono a medio camino entre el humor negro y la desesperanza—, …nosotros somos

los chihuahuas y esa cosa el lobo de Alaska.

La doctora asiente con desánimo.

—¿Pone ahí cómo defendernos de él? —pregunto—. ¿Dice algo que nos pueda servir?

Eleonor Marley niega con la cabeza

—Solo he traducido una mínima parte —confiesa—, pero no he visto nada de eso. Sin embargo… —añade—, aunque parece poseer unos sentidos muy desarrollados y una violencia innata, no deja de ser de carne y hueso.

—Entonces… —señala el cabo, afilando la mirada—, puede matarse.

—No veo por qué no —contesta la doctora—. La pregunta… es si debemos hacerlo —añade—. Es una especie humana desconocida de la que podríamos aprender muchísimas cosas, sería mucho mejor capturarla y llevarla a los Estados Unidos para poder estudiarla con detenimiento.

—¿Capturarla? —repito, a punto de soltar una carcajada—. ¿Lo dice en serio?

—Si pudiéramos volver a meterlo en la jaula y…

—Pues sí —confirmo, echando la cabeza hacia atrás con incredulidad—. Lo dice en serio.

—Es una oportunidad única —insiste la doctora—. Un descubrimiento científico de implicaciones incalculables. Y eso sin mencionar lo que significaría para los militares. ¿Se imagina un ejército de seres así? Podría cambiar el curso de la guerra y…

—Pero vamos a ver —la interrumpo—. ¿Es que no ha estado atenta en la parte de que esa cosa ha matado a todo un pelotón de las fuerzas especiales? Y eso sin mencionar a la tripulación del Nostromo que está en la bodega convertida en casquería.

—Razón de más para que los militares estén dispuestos a lo que sea por hacerse con un espécimen así. Y eso, sin contar con sus posibles aplicaciones médicas o científicas en el tratamiento de enfermedades. Una especie desconocida como esta podría ser la clave para desentrañar la evolución humana.

—A lo único a lo que van a desentrañar es a nosotros, doctora.

—No digo que no vaya a ser peligroso, pero se trataría de un descubrimiento que…

—Sí, eso ya lo ha dicho —vuelvo a interrumpirla—. Pero la respuesta sigue siendo *no*. Abandonaremos el barco y abriremos las llaves de fondo para que se hunda. A la mierda los científicos y los militares.

—¿Tan importante cree que sería? —pregunta, sin embargo, Smithers con inesperado interés.

Eleonor centra ahora su atención en el cabo.

—¿Por el descubrimiento del siglo? —pregunta, contestándose a sí misma a continuación—. ¡Seríamos héroes! ¿Por qué cree que los nazis hicieron tanto esfuerzo para llevarlo a Alemania?

—Sería la estupidez del siglo —replico, comenzando a enfadarme ante la insistencia de Eleonora y las dudas del cabo—. Ese monstruo no es un escarabajo que se atrape con un cazamariposas, es un cabrón muy listo y con muy mala leche. La única oportunidad de sobrevivir que tenemos es abandonar el Nostramo lo antes posible y tratar de llegar a tierra firme como sea.

—Con todo respeto, capitán —comenta Smithers para mi sorpresa —. Creo que… deberíamos valorar todas las opciones. Quizá la doctora tenga razón.

Lo miro de hito en hito, alzando una ceja.

—¿Dónde han quedado sus deseos de venganza, cabo? ¿Ya no quiere matar al asesino de sus hermanos de armas?

—Sí, claro que quiero —repone—. Pero pensándolo con frialdad…

—Se trata de la pasta, ¿no?

—No es por la pasta, capitán —alega Smithers—. Si lo que dice la doctora es cierto, en manos de nuestro ejército podría cambiar el curso de la guerra —repite—. Completaríamos la misión, y el sacrificio de los muchachos no habrá sido en vano.

—Eso cierto —interviene la doctora—. Seríamos héroes.

—Héroes muertos —sentencio.

Eleonor Marley se cruza de brazos y entrecerrando los párpados me dirige una mirada de desafío.

—¿Tanto miedo tiene, capitán?

Me la quedo mirando un momento antes de contestar con un exabrupto en los labios.

—Esta conversación ya ha terminado —afirmo, en cambio, sin dejar margen de discusión—. Abandonaremos el barco y trataremos de hundirlo. Es una orden.

—Yo no soy militar para que pueda darme órdenes —replica Eleonor—. Ni usted tampoco, dicho sea de paso.

Acercándome mucho, aproximo mi rostro al de la doctora.

—Soy el capitán de este barco —le recuerdo en voz tensa y baja —. Mientras estemos a bordo, para usted soy como dios en la Tierra, y lo que yo diga…

Pero no tengo tiempo de añadir nada más, pues algo me golpea brutalmente en la nuca y al instante todo se hace oscuridad.

La primera sensación que se hace presente, antes siquiera de abrir los ojos, es un insoportable dolor de cabeza irradiando desde la nuca. Como si alguien me estuviera hurgando el cerebro con un hierro candente.

Boqueo como si acabara de salir del agua, llenando de aire los pulmones, insuflándome fuerzas para levantar la cabeza y abrir los ojos lentamente.

Mi mirada borrosa se concentra en lo que tengo ante mí, pero entre la falta de luz, el dolor de cabeza y la neurona que a esas alturas de la vida tarda lo suyo en ponerse en marcha, no soy capaz de comprender lo que tengo delante hasta que pasa un buen rato.

Barrotes.

Frente a mí se alinean una serie de gruesos barrotes de hierro, mientras al otro lado la doctora Marley y el cabo Smithers me observan con interés.

Con la cabeza embotada, trato de levantarme e ir hacia ellos, pero me doy cuenta de que mis pies están atados a las patas de una silla.

Hago el gesto de ir a desatarme, pero no es hasta entonces que descubro que también tengo las manos ligadas al respaldo de la silla.

—Pero ¿qué cojones…? —mascullo aturdido—. ¿Por qué…? ¿Por qué estoy atado?

—Lo siento mucho, capitán —alega Smithers, que sostiene bajo su brazo un subfusil.

Miro a Eleonor y al cabo alternativamente, incapaz de hallar sentido a la situación.

—No había otra manera —añade Smithers—. Si no se hubiera empeñado en matar a la criatura…

—¿Qué? —pregunto sin entender nada—. Pero ¿de qué está hablando?

—Vamos a intentar capturarlo —explica Eleonor, haciendo un gesto hacia los barrotes.

No es hasta ese momento en que soy plenamente consciente de que me encuentro en el interior de la jaula de la bodega.

La pesada puerta de barrotes está levantada, trabada con un trozo de madera al que han atado un cordel que se pierde por el conducto de ventilación.

—Habéis hecho una trampa… —comprendo, entre cabreado y admirado, mirando a mi alrededor—. Y yo soy el cebo.

—Lo siento sinceramente, capitán —alega Eleonor—. En realidad, me cae usted muy bien.

—Vaya, eso me hace sentir mucho mejor.

—Ha sido un mal necesario —se excusa Smithers—. Tenemos una misión que cumplir.

—Un mal necesario, mis cojones. Tú has sido quien me ha dejado inconsciente, ¿no?

—No me ha dejado otra opción. —Se encoge de hombros—. No estaba siendo razonable.

—Desátame y verás lo razonable que soy.

—Tenemos que capturarlo —se excusa Eleonor—. No puedo permitir que lo mates.

Meneo la cabeza con incredulidad.

—¿Matarlo? ¡Lo que estaba intentando era mantenernos con vida!

—Y después hundir el barco para eliminar al espécimen.

—¿Espécimen? —Resoplo—. Joder, parece que está hablando de una puta mariposa. Ese bicho es un cabrón sanguinario. ¿Acaso le parece bien que lo dejáramos en el barco para que otros se lo encuentren?

—Por supuesto que no. Pero tampoco quiero matarlo, capitán. Como ya le dije, quiero llevarlo a casa para poder estudiarlo y aprender.

—Y de paso, haceros ricos y famosos, ¿no?

—Es el mercado, amigo —señala Smithers, abriendo las manos y

disimulando muy mal una mueca de codicia.

—Para mí no se trata del dinero —alega la doctora, negando lentamente con la cabeza—. Quién sabe cuántas lecciones podríamos aprender de un homínido totalmente desconocido.

—La única lección que les enseñará será cómo arrancarles la cabeza. Además, ¿ya han pensado en cómo van a llevar el barco hasta los Estados Unidos sin mí?

—No somos estúpidos —alega Smithers—. Nos dirigiremos hacia el norte y una vez allí pediremos ayuda a la marina. Sé manejar una brújula y usted nos mostró cómo hacer funcionar las calderas —añade —. No es tan complicado.

—Vaya. Parece que lo tienen todo pensado, ¿no? —Y, señalando la cuña de madera que mantiene abierta la puerta, añado—: ¿Creen que esta jaula lo mantendrá encerrado? Ya se escapó una vez.

—No cometeremos el mismo error.

—No, claro. Cometerán otro, pero igualmente les acabará arrancando la cabeza.

—Es un riesgo que vale la pena asumir, capitán —alega Eleonor, e inesperadamente compungida, agrega—: De verdad que lo siento mucho, Alex —me dice y casi me creo que es sincera—. Ojalá...

Pero la frase de la doctora se queda a medias cuando un terrorífico rugido resuena desde algún lugar del Nostramo.

—Es hora de irnos, doctora —le dice Smithers, tomándola del brazo.

Esta asiente conforme y me lanza una última mirada de disculpa.

En sus labios parece formarse la palabra *perdón*, pero quizá solo sean imaginaciones mías, pues a continuación se da media vuelta y, seguida por el cabo, abandona la bodega.

Su último gesto es un leve ademán de despedida antes de que ambos desaparezcan por el pasillo.

La jugada está clara, pienso, estudiando el montaje que han hecho la doctora y el cabo. En cuanto esa cosa entre en la jaula, tirarán del cordel para sacar la cuña y que la puerta se cierre de golpe.

Por un momento me pregunto cómo sabrán que «el espécimen» está dentro de la jaula conmigo, pero enseguida caigo en la cuenta de que no será necesario que vean nada. Simplemente, esperarán a oír mis gritos de agonía mientras el monstruo me hace picadillo.

Maravilloso.

Mientras tanto, un denso silencio se abate sobre la bodega y afilo el oído a la espera de escuchar otro rugido, o un ruido de pisadas.

Sin embargo, lo primero que aparece es un sutil hedor a podredumbre que cada vez se va haciendo más presente. Un repugnante olor a muerte y putrefacción que, de nuevo, arrastra mi mente hasta el recuerdo de las trincheras de la Guerra Civil Española y, más recientemente, a la montaña de cadáveres en descomposición de los tripulantes del Nostramo.

Sacudo la cabeza y resoplo por la nariz, como si haciéndolo pudiera expulsar aquella pestilencia de mis fosas nasales.

Pero me quedo completamente quieto cuando descubro una silueta asomándose por el marco de la puerta.

La tenue luz no ayuda, pero vislumbro un rostro de piel negra de apariencia innegablemente humana, pero que se extiende en un cráneo absurdamente alargado.

En aquella cabeza oscura como una sombra y carente de pelo, hay dos grandes ojos enrojecidos, que observan a su alrededor con desconfianza, y una nariz chata de grandes ojales que levanta para olisquear el aire.

No me cabe ninguna duda de que es el mismo ser que nos atacó en la sentina. Una convicción que se reafirma cuando abre ligeramente los labios mostrando una dentadura de depredador y, apoyando su mano izquierda en el marco de la puerta de la bodega, deja a la vista sus uñas afiladas como puñales.

Muerto de miedo, trago saliva y me pregunto si será demasiado tarde para aprender a rezar.

La criatura, al parecer convencida de que no hay nadie más en las cercanías, se adelanta para cruzar la compuerta y, agachándose ágilmente, cruza el umbral como un hombre entraría a la caseta de un perro. No es hasta ese momento que tengo una imagen completa de aquel ser de pesadilla: un descomunal cuerpo que supera ampliamente

los dos metros de altura, musculado y fibroso como un jugador de baloncesto. Tan solo observando cómo se desplaza, me resulta fácil apreciar unos movimientos más felinos que humanos, con extremidades largas y fuertes. En su cráneo alargado y lampiño, se refleja la tímida luz de la bombilla que cuelga del techo de la bodega.

Con suspicacia animal, el ser se desplaza junto a la pared del fondo tratando de ocultarse entre las sombras y, por momentos, solo soy capaz de distinguir aquel par de ojos inyectados en sangre y una respiración pedregosa resollando en la oscuridad.

En una película, ese sería el momento perfecto para murmurar una frase ingeniosa a modo de epitafio, pero lo cierto es que me conformo con no cagarme encima.

Decir que estoy aterrorizado es quedarme corto.

Me he visto cara a cara con la muerte más veces de las que puedo recordar, aunque siempre de frente, ante terrores conocidos y con la posibilidad, aunque remota en ocasiones, de huir o vender caro mi pellejo. Pero hallarme indefenso ante un monstruo sediento de sangre —salvo aquella inspección fiscal del año pasado—, es algo nuevo para mí.

La criatura y yo nos miramos fijamente a través de los barrotes, en silencio. Él porque seguramente no sabe hablar, y yo porque estoy seguro de que, de intentarlo, ningún sonido inteligible saldría de mi garganta; si acaso un patético gemido, y no quería que aquellas fueran mis últimas palabras.

Tras pasar casi un minuto agachado, acechando en una esquina de la bodega, el ser se incorpora de nuevo, aproximándose a la entrada de la jaula con movimientos cautelosos.

Contemplando cómo se aproxima con pasos inaudibles, aprieto los dientes y tenso la mandíbula, más que nada para que no me castañeen los dientes.

Cuando la criatura se planta frente a la entrada de la jaula, se me ocurre que, si lanzase un falso grito de dolor, podría engañar a Smithers y a la doctora, a los que imagino con la oreja puesta al otro lado del mamparo, para hacerles tirar de la cuerda y que así cerraran la puerta antes de tiempo.

Abro la boca, dispuesto a gritar, pero entonces la criatura da un gran salto hacia adelante y se mete en la jaula conmigo.

Demasiado tarde.

Estoy jodido, pienso, mientras me esfuerzo por no bajar la mirada. Puestos a palmarla, hagámoslo con la cabeza en alto.

Removiéndome en mis ligaduras, trato desesperadamente de liberar aunque sea uno de mis brazos, pero el cabrón de Smithers ha hecho un trabajo concienzudo con los nudos. Podría llegar a zafarme de aquellas ataduras, aunque necesitaría un rato para hacerlo.

Pero si algo no tengo, es tiempo.

La criatura mira fugazmente a su espalda, puede que temiendo una trampa, y a continuación clava sus grandes ojos negros en los míos, como preguntándome con la mirada qué cojones está pasando ahí.

Comprendo entonces que lo que tengo frente a mí no es un demonio, ni un animal salvaje, sino algo que en algún momento fue un hombre. Un destello de inteligencia se refleja en sus ojos y, por un momento, no veo en ellos odio ni furia, solo incomprensión y recelo.

El hedor a tan corta distancia resulta insoportable, y cuando aquella criatura semihumana se aproxima aún más, el corazón comienza a latirme tan deprisa que me veo obligado a respirar a bocanadas.

La criatura se agacha desde su enorme estatura hasta situar su rostro frente a mí. Aterrado, contemplo de cerca aquellas facciones fuertes y rectas, como talladas a cincel, que desembocan en una ancha mandíbula que se abre para mostrarme una enorme boca repleta de afilados dientes de carnívoro y en la que posiblemente cabría mi cabeza entera.

Su aliento es tan repugnante que las arcadas me ascienden por la tráquea, empujándome a vomitar.

—Que sea rápido… —musito tragando saliva, más como una plegaria que como una petición.

Entonces, como si lo hubiera entendido, el monstruo alarga su brazo para sujetarme por la garganta, rodeándome el cuello con una sola de sus enormes manos, y comprendo que ha llegado el momento.

Cierro los ojos para dedicarle un último pensamiento a Carmen y al hijo que nunca veré, y me preparo para sentir cómo sus colmillos se



clavan en mi carne.

Me estoy despidiendo de este mundo cruel, cuando un golpe en el exterior es seguido por el descorrer de un cerrojo y, un segundo más tarde, abro los ojos a tiempo para ver cómo la puerta de la jaula se cierra como una guillotina con un estruendo de metal contra metal que hace reverberar el suelo.

Al instante la criatura se olvida de mí, girándose en redondo y lanzándose sobre los barrotes con la furia de un toro bravo.

Por un instante me parece capaz de echar la puerta abajo, pero, a pesar de las tremendas embestidas, permanece firme en sus anclajes gracias a un par de pestillos de acero, que automáticamente se han anclado en los costados fijándola al suelo.

La criatura aferra con sus manos los barrotes y los sacude con una fuerza sobrehumana, lanzando unos rugidos de ira y desesperación que me hielan la sangre en las venas.

Una ira y una desesperación que no hay que ser muy avispado para deducir que tarde o temprano se volverán contra mí.

Aunque a fin de cuentas no me vaya a servir de mucho, me revuelvo en mis ligaduras tratando de liberar las manos. Aunque solo sea una. Aunque solo sirva para hacerle una peineta a ese demonio antes de que me arranque las tripas.

Mientras la criatura zarandea la jaula amenazando con tirarla abajo, yo me concentro en las ataduras y, tirando de la mano derecha hacia arriba, con un estallido de dolor, logro dislocar el dedo pulgar y sacar la mano de entre las gruesas cuerdas.

Situando la mano ante mi cara, compruebo que el pulgar se ha quedado en una posición antinatural emitiendo oleadas de dolor, pero lo importante es que lo he liberado, aunque en el estado en que se encuentra no me sirva de gran cosa.

Sin dejar de mirar de reojo a la criatura, que parece cada vez más cabreada, introduzco el pulgar bajo la axila izquierda y, apretando los dientes, tiro del brazo con todas mis fuerzas hasta oír un ligero chasquido cuando los huesos vuelven a colocarse en su posición original.

Se me escapa un gemido de alivio al recolocar el pulgar, pero lo

que consigo es atraer la atención del monstruo, que se gira hacia mí de golpe.

No se me ocurre otra cosa que fruncir los labios y mascullar:

—Perdón.

A la criatura, sin embargo, parece no importarle una higa la disculpa, pues da varios pasos hacia mí con la clara intención de trocearme en cachitos muy pequeños.

Pero es justo en ese instante, que por la puerta de la bodega aparecen de nuevo la doctora Marley y el cabo Smithers con una Thomson bajo el brazo con la que apunta a la criatura.

Por un instante, abrigo la esperanza de que dispare y me libre de terminar convertido en hamburguesa. Pero tal ilusión se disipa en cuanto veo cómo el cabo baja el arma al cerciorarse de que la puerta de la jaula está firmemente cerrada.

Al verlos aparecer, el ser se vuelve también hacia ellos, abalanzándose de nuevo hacia los sólidos barrotes que de nuevo resisten la embestida.

Eleonor y Arnold dan un paso atrás, pero, tras unos segundos de tensión en los que parece que van a apretar el gatillo, se relajan ante la evidencia de que se encuentran a salvo mientras se mantengan a una distancia segura de la jaula.

—Hola, Alex —me saluda la doctora, como si acabara de encontrarme en un café—. Me alegro de que aún siga vivo.

—No gracias a vosotros.

—Es… extraordinario… —murmura admirada, olvidándose de mí para centrar toda su atención en aquel ser de apariencia casi extraterrestre—. Fíjense en su cráneo, en sus dientes, en esas enormes manos, en sus exageradas proporciones…

—Es un hijo de puta muy feo —opina Smithers.

—Al contrario —alega Eleonor, casi molesta con el comentario—. Es maravilloso… Fíjese —añade, señalando en su dirección—. Un ejemplo como nunca habíamos conocido de evolución humana dirigida. Un ser moldeado durante cientos de generaciones para lograr la absoluta perfección.

—¿La perfección? —pregunta Smithers con extrañeza—. ¿Esa cosa?

La doctora se vuelve hacia él, incrédula de que no sea capaz de ver lo que ella.

—La perfección para matar —contesta, paseando su mirada por el monstruo enfurecido, que no deja de zarandear los barrotes y rugir—. Es... hermoso.

Mientras ellos hablan, yo consigo liberar la mano izquierda y me la masajeo, tras casi haber tenido que dislocarme el otro pulgar.

—Si quiere, podemos cambiar el sitio para que pueda verlo de cerca —le sugiero.

La doctora esboza una sonrisa sin humor.

—Estoy bien aquí, gracias.

—Ya, bueno... Pero, al menos, podrían sacarme de aquí, ¿no? Ya tienen lo que querían.

—Lo siento mucho, capitán —miente descaradamente Smithers—. Pero no podemos hacer eso.

—¿Piensan dejarme aquí metido con esta cosa?

—No podemos arriesgarnos.

—Les doy mi palabra de honor de que no contaré nada de esto a nadie —afirmo solemne—. Ayúdenme a salir y los llevaré a los Estados Unidos. No diré una palabra de todo esto.

La doctora parece dudar un instante y mira de reojo al cabo.

—Lo lamento, capitán —contesta este—. Pero eso no va a pasar.

—Entonces, ¿qué? —replico, dirigiéndome a ambos—. ¿Se van a quedar ahí mirando cómo me mata?

El cabo hilvana una mueca amarga y toma del brazo a la doctora Marley.

—Será mejor que nos vayamos, doctora —le dice—. Esto no va a ser agradable de ver.

Esta parece reticente al principio, pero finalmente asiente conforme y se dan la vuelta para marcharse.

Lo que no se esperan es que de pronto, un ser idéntico al que está encerrado conmigo en la jaula aparezca por su espalda y se alce ante ellos como una aterradora estatua negra.

A partir de ese momento, todo sucede tan deprisa que apenas me da tiempo de entender lo que está sucediendo.

Smithers levanta su arma, pero antes de que sea capaz de apuntar o apretar el gatillo, con una velocidad sorprendente para un ser de su tamaño, la criatura le arranca el arma de las manos de un manotazo y, aferrándolo del cuello, lo levanta en vilo, estrangulándolo.

—¡Coja mi arma! —le grita el cabo a la doctora con voz sofocada —. ¡Coja mi arma!

Pero Eleonor Marley está paralizada de terror, o admiración, o quizá ambas cosas a la vez. No puedo verle la cara, pero sí que no mueve ni un solo músculo de su cuerpo mientras Smithers se debate en el aire, agitando las piernas y tratando de liberarse de la presa del cuello.

La criatura se lo acerca a la cara a menos de un palmo de distancia, y entonces veo cómo el cabo desenfunda al cuchillo de combate de su cinturón y trata de acuchillarla. Pero la criatura también se percata del movimiento y con la mano izquierda detiene el cuchillo en el aire interponiendo su palma abierta.

El cuchillo le atraviesa la mano hasta la empuñadura y con un grito de dolor y rabia se lo arranca al cabo de las manos. El cuchillo sale volando hasta el otro extremo de la bodega con un tintineo de metal contra metal, y no me hace falta mucha imaginación para adivinar lo que va a suceder seguidamente.

La criatura envuelve la cabeza de Smithers con su mano herida y con un brusco giro de muñeca la hace rotar hasta que, con un espeluznante sonido de huesos rotos, le rompe el cuello como quien quiebra una rama seca. La cabeza del cabo cae a un lado, inerme como a una marioneta a la que cortan los hilos y, casi con desprecio, la criatura deja caer al suelo el cuerpo de Smithers ya sin vida.

Mientras tanto, la doctora ha sido testigo de la escena a solo un metro de distancia, contemplando el asesinato del cabo como un entomólogo observaría a una araña devorando a un saltamontes.

No es hasta que la criatura se vuelve al fin hacia ella que parece comprender que su papel en esa obra no es el de aséptica espectadora, sino la de menú principal.

La doctora parece haber entrado en un estado catatónico, y lo único que se me ocurre es advertirle que levante las manos y se arrodille, mostrándole que no es ninguna amenaza con la esperanza de que se apiade de ella.

Pero antes de que tenga oportunidad de decir nada, Eleonor Marley comete el error de bajar la mirada hacia la ametralladora que ha quedado a sus pies.

—¡No! —le grito, intuyendo sus intenciones—. ¡No lo haga!

Pero la doctora ya está flexionando las piernas y estirando el brazo hacia el arma.

No comprendo por qué hace eso ahora en lugar de haberlo hecho antes, cuando hubiera tenido alguna oportunidad, pero el miedo es así de cabrón. Unos se cagan encima, otros llaman a su madre, otros gritan de pavor y otros cometen estupideces. Por desgracia, la doctora acaba de entrar en el último grupo, que suele ser el que tiene una esperanza de vida más breve.

No llega ni tan siquiera a tocar el arma.

La criatura la agarra por el brazo antes de que la alcance y la levanta en vilo, aún más fácilmente que a Smithers.

Eleonor se debate, pero no es rival para aquel ser que casi la dobla en altura.

—¡Suéltala! —grito con todas mis fuerzas—. ¡No te ha hecho nada!

Pero, obviamente, mi petición cae en oídos sordos y Eleonor, que lo sabe, vuelve la cabeza hacia mí consciente del destino que le espera.

—¡Suéltala! —vuelvo a exclamar, aunque lo cierto es que sin demasiada fe.

Yo también sé que las cartas ya han sido repartidas, y que a la doctora le han tocado bastos.

Eleonor aún me está mirando con una mezcla de resignación y disculpa en la mirada, cuando las afiladas garras de la criatura desgarran su tráquea y la deja caer al suelo como a una muñeca rota, degollada, ahogándose en su propia sangre.

Grito de nuevo —sí, yo soy de ese grupo—, pero esta vez con un alarido sin sentido, de puro horror y angustia.

Contemplo descorazonado cómo la doctora se lleva las manos al cuello y boquea mientras la sangre le brota a borbotones por la garganta destrozada, hasta que, con un último espasmo, al fin deja de moverse y abandona este mundo para siempre.

Apabullado por la horrible escena, apenas soy consciente de cómo la segunda criatura pasa por encima de los dos cadáveres y se aproxima a la jaula con paso felino. De la palma de su mano izquierda chorrea una sangre oscura y espesa, pero parece no importarle.

Su total atención está puesta en su congénere encerrado, que le lanza un suave bufido que es correspondido a modo de rudimentaria conversación.

Cuando alcanza los barrotes de la celda, estira la mano herida entre los barrotes y, para mi sorpresa, mi compañero de celda la toma con delicadeza entre las suyas y, acariciándola, le lame la sangre que mana del corte.

Aturdido, observo la escena que parece sacada de un melodrama y comprendo que aquellos seres tienen más de humanos de lo que parece a primera vista.

Pero aquel breve instante de intimidad se rompe en seco cuando, de pronto, la criatura de la jaula vuelve su atención hacia mí y, en una clara muestra de sus intenciones, con un gruñido, frunce la nariz y separa los labios mostrándome sus grandes colmillos de depredador.

Con las manos libres pero las piernas aún atadas a la silla, veo a la muerte saludándome desde aquella aterradora dentadura y decido que he tenido días mejores.

Emitiendo un sordo gruñido, el monstruo da varios pasos hasta cernirse sobre mí desde su descomunal altura. El hedor a esa breve distancia es tan fuerte que el aire se hace casi irrespirable.

Si lo que hubiera tenido delante hubiera sido un hombre, probablemente habría levantado la barbilla desafiante y soltado algún comentario pretendidamente gracioso antes de que me mandasen al otro barrio.

Pero, claro, hacerlo frente a aquel ser no tenía demasiado sentido y, visto lo visto, haberme desatado las manos tampoco va a suponer ninguna diferencia a menos que me ponga a aplaudir.

Así que, resignado a mi negrísimo futuro, desvío la mirada a la espera de que, sea lo que sea que vaya a hacerme, que al menos sea rápido.

Pero es justo entonces que me quedo mirando a la otra criatura que se encuentra en el exterior de la jaula y, para mi sorpresa, descubro que tiene pechos. Unos pechos pequeños y algo mustios, pero pechos, al fin y al cabo.

Sigo bajando la vista por su torso y compruebo que su vientre está visiblemente hinchado.

Es una hembra.

Y está embarazada.

Automáticamente, mi mirada se dirige a la entrepierna del ser que se encuentra frente a mí y descubro, entre una breve maraña de pelo negro, lo que sin duda son unos genitales masculinos.

—Estáis esperando un hijo… —murmuro levantando la vista hacia él, encajando rápidamente todas las piezas en mi cabeza.

Ajena a mi razonamiento, la criatura está a menos de un palmo de mi rostro, olisqueándome, como decidiendo por qué parte de la cabeza empezar a comerme primero.

Los nazis se llevaron una pareja fértil para procrear, comprendo al fin.

Los arrancaron del lugar al que pertenecían y los encerraron en

esa jaula, de la que lograron escapar de algún modo. Es lógico que odien a los humanos y que los maten con tanto entusiasmo. Yo también lo haría de estar en su lugar.

Entonces se me ocurre una idea que seguramente no sea más que una soberana estupidez. Pero no tengo otra. Para variar.

Empujándome hacia adelante con las piernas aún atadas a la silla, me dejo caer de rodillas y quedo a cuatro patas, a los pies —grandes y sucios pies— del macho, que da un paso atrás sorprendido ante mi inesperada acción.

Ojalá hubiera tenido tiempo de desatarme completamente, pero es lo que hay.

Así que, en esa postura tan humillante y vulnerable, esforzándome por ignorar el aliento de la criatura sobre la nuca, me arrastro torpemente con la silla a la espalda hasta alcanzar la puerta de la jaula.

Los dos seres me contemplan con una mezcla de lástima y desconcierto, probablemente preguntándose qué diantres está haciendo ese humano descerebrado.

Esforzándome por ignorarlos, introduzco las manos entre los barrotes hasta alcanzar uno de los pestillos automáticos que han asegurado la puerta al bajarse de golpe. A tientas logro adivinar su mecanismo y con un clic metálico lo libero.

Por encima de mí, los bufidos impacientes van *in crescendo* y temo que no me den el tiempo suficiente para terminar lo que he empezado.

Sin alzar la mirada por temor a lo que se vaya a encontrarme, me arrastro hasta el otro seguro y repito la operación, desbloqueando el segundo cierre.

Luego me coloco de rodillas e, introduciendo las manos bajo la compuerta, intento levantarla, pero la jodida pesa como un piano y, apretando los dientes, apenas soy capaz de alzarla unos pocos centímetros entre sudores y resoplidos.

«Esto no va a funcionar», me digo, cuando de pronto la compuerta aligera su peso hasta levantarse por sí misma y me quedo por un instante con ambas manos extendidas sosteniendo la nada.

Luego levanto la vista y descubro sobre mí a las dos criaturas

alzando el portón y encajándolo en su marco superior.

Entre gruñidos de placer y alivio, se aproximan la una a la otra y en un gesto tremendamente humano se palpan la cara a modo de reconocimiento.

Aún de rodillas, los contemplo pensando que la escena no es muy diferente a la de una pareja reencontrándose tras un largo viaje. Dejando de lado su terrorífico aspecto demoníaco y los escalofríos que me provoca tan solo mirarlos, claro está.

Prudentemente, guardo un respetuoso y atemorizado silencio mientras la parejita se hace carantoñas, y solo me doy cuenta de que he estado aguantando la respiración cuando ambos se vuelven hacia mí con cara de pocos amigos.

De rodillas y aún atado a la silla por los pies no tengo nada que hacer, así que simplemente levanto las manos para mostrar que no estoy armado, con la esperanza de que el significado del gesto cruce la barrera entre especies.

Pero va a ser que no.

El macho da un paso hacia mí frunciendo la nariz, exhibiendo sus enormes colmillos, y, estirando el brazo, me agarra por el cuello sin miramientos.

Agachándose, aproxima su rostro a solo centímetros del mío y yo vuelvo la cabeza instintivamente ante el insoportable hedor de aquel aliento a carne podrida. Un gesto que parece ser interpretado como una invitación a ojos de la criatura, que abre sus enormes fauces y las cierra sobre mi cuello.

Aprieto los puños con fuerza a la espera de que los colmillos desgarren mi tráquea..., pero el momento no llega.

Pasan así unos segundos que me parecen horas, y de pronto siento cómo la presión sobre el cuello desaparece y el hedor a podredumbre se atenúa.

Confuso, abro los ojos con precaución y descubro cómo la hembra se ha situado junto al macho y, con su mano herida, le sujeta el brazo que un instante atrás me atenazaba el cuello.

Ahora los dos están de pie frente a mí, estudiándome como a un bicho raro. Su lenguaje corporal es imposible de descifrar, pero si

fueran dos humanos juraría que parecen indecisos sobre qué hacer conmigo. Como una pareja que encontrase un gusano especialmente feo en su jardín y se preguntaran si aplastarlo o dejarlo con vida.

Forzadamente postrado frente a ellos, como un sacerdote satánico ante la aparición de Belcebú y señora, aguardo el veredicto sin atreverme a decir esta boca es mía.

Sospecho que cualquier cosa que diga podría desencadenar una reacción no deseada, así que simplemente me quedo ahí, inmóvil, mostrando mis manos abiertas mientras miro alternativamente al macho y a la hembra.

La expresión en los ojos de él se mantiene aún furiosa, con la nariz fruncida como si quien oliera mal soy yo —manda huevos—, y con la mandíbula entreabierta presumiendo de dentadura.

Ella, sin embargo, me contempla con una mirada que no llega a ser compasiva, pero al menos no parece arder en deseos de arrancarme el corazón y comérselo.

Aquella extraña situación dura lo que me parece una eternidad, hasta que los dos intercambian una serie de graves gruñidos y chasqueos de lengua que me hacen pensar en una suerte de lenguaje y, a continuación, simplemente se dan la vuelta y se encaminan hacia la puerta.

Me cuesta creer que vayan a dejarme con vida después de todo lo que ha pasado, pero, al parecer, abrirle la puerta de la jaula para que pudieran reencontrarse me ha valido para lograr una prórroga…, al menos de momento.

Sin embargo, antes de atravesar la puerta de la bodega el macho se vuelve una última vez y, clavándome la mirada, me lanza un rugido estremecedor.

Con los pelos de punta y el corazón acelerado como si acabara de correr un maratón, solo se me ocurre asentir en silencio ante aquella postrera advertencia.

«Nada de tonterías», decía claramente aquel rugido, y yo tomo nota mental

Como para no hacerlo, vaya.

El resto del día ha transcurrido en una inquietante y extraña tranquilidad.

Aunque he caminado arriba y abajo por la nave, no he vuelto a ver a las dos criaturas, de lo cual me alegro profundamente.

He estado realmente ocupado surtiendo de carbón las calderas y de gasoil el generador eléctrico, examinando el horizonte con los prismáticos y ajustando el rumbo. Pero, sobre todo, he estado pensando.

Mucho.

Ojeando los cuadernos alemanes en poder de la doctora Marley, compruebo que lo que explicó la científica era cierto. Las dos criaturas fueron capturadas por una expedición nazi en algún remoto lugar del Amazonas y bautizadas como *Fledermausmänner*, que sería la traducción aproximada de la palabra hombres-murciélagos —en plural, en singular es *Fledermausmann*—; un detalle que a Eleonor se le pasó por alto y le hizo pensar que se trataba de un solo ejemplar en lugar de dos. Un error de traducción que a la postre le costó la vida a ella y me salvó la mía.

«Quién me lo iba a decir —pienso tumbado en el catre de mi camarote—. Salvado por la gramática alemana».

Murciélagos es, así mismo, la traducción al español del nombre que al parecer le dan los indígenas de la zona a estos seres semihumanos, que pueblan los mitos y las historias de terror de las tribus amazónicas y a los que ellos llaman *morcegos*.

Según leo las traducciones de la doctora y las que yo mismo hago de los cuadernos en alemán al portugués —que afortunadamente se parece bastante al español—, averiguo más detalles y comprendo el interés de Eleonor Marley por capturarlo con vida. »

En pocas palabras, no solo sería como capturar al Yeti o al Bigfoot, lo que ya de por sí le proporcionaría una fama mundial, sino que, además, según los nazis, los *morcegos* eran el producto de una selección artificial llevada a cabo durante cientos de generaciones por una civilización desaparecida miles de años atrás en ese lugar al que los nativos llaman Ciudad Negra.

La razón por la que alguien querría crear unos seres como aquellos me resulta difícil de imaginar, hasta que caigo en la cuenta de que, seguramente, es la misma razón por la que los querían los nazis o habrían sido objeto de deseo para cualquier ejército, incluido el norteamericano: los morcegos son unas jodidas máquinas de matar.

Leyendo aquellos cuadernos, dudo hasta qué punto todo aquello de la manipulación genética, la civilización perdida y la Ciudad Negra es cierto, una mala traducción por mi parte o el producto de la imaginación desbordada de un científico nazi con ganas de impresionar a su *Führer*.

Quizá nunca lo llegue a saber, y espero sinceramente que nunca nadie llegue a descubrirlo. Hay alfombras que es mejor no levantar y cajas que es mejor no abrir. Y si no, que se lo pregunten a Pandora.

Por otro lado, están ellos, los morcegos.

Dos seres no del todo humanos, pero sin duda inteligentes y que, de no haber asesinado a sus captores, ahora irían camino de Berlín para convertirse en conejillos de indias de los nazis hasta el día de su muerte.

La verdad, no puedo culparlos por hacer lo que han hecho. Ni siquiera por haber asesinado a Flynn, Reynolds y el resto de los muchachos. Simplemente estaban luchando por su libertad y sus vidas tras ser secuestrados y arrancados de su hábitat por humanos sin escrúpulos. De haber monstruos en esta historia, no serían ellos.

Pero, en realidad, la duda que me atenaza es qué demonios voy a hacer ahora.

Tras todo lo sucedido, tengo claro que no voy a permitir que nadie, ni siquiera mi propio gobierno, se haga con los morcegos. Algo así debería seguir allí donde pertenece, en lo más profundo de la selva amazónica poblando las leyendas de los indígenas.

El problema es que no puedo devolverlos al lugar de donde vienen, entre otras cosas porque no tengo la más remota idea de dónde está esa Ciudad Negra ni tendría manera alguna de llevarlos allí, aunque lo supiera.

Tampoco puedo abandonar el barco sin más y que el primero que se cruce con ellos se lleve la peor sorpresa de su vida; ni tampoco dirigir el barco a la costa más cercana y dejar que desembarquen y lleguen a algún lugar poblado donde puedan hacer de las suyas.

La idea que me ronda por la cabeza es la misma que al principio: abrir las llaves de fondo del buque, abandonar el barco y que se hunda con sus dos peligrosos pasajeros dentro, resolviendo el problema de raíz.

El inconveniente es que, a pesar de todo lo que habían hecho y de haber sentido sus incisivos clavarse en mi apreciado cuello, me siento en deuda con ellos. Es estúpidamente sentimentaloide, lo sé. No me cabe duda de que, llegado el caso, me matarían sin pestañear si se sintiesen amenazados, o tuviesen hambre, o se le cruzasen los cables. Pero me los imagino en ese momento, acurrucados el uno junto al otro acariciando el vientre que alberga a su futuro hijo, asustados por hallarse en un lugar tan ajeno como las entrañas de acero de aquel barco, rodeados de agua por todas partes y sin la menor idea de dónde estaban o cómo regresar a su hogar.

Como en mi caso, habían sido metidos en ese barco contra su voluntad y habían tenido que luchar por sus vidas.

Además, como yo, también están esperando un hijo. A pesar de todo lo que había pasado, siento una extraña empatía hacia ellos, como si de una fraternidad entre futuros padres se tratase…, aunque solo unas horas antes hubieran tratado de comerme.

Los dos habían escapado de una jaula a una prisión más grande, pero, al fin y al cabo, el Nostramo sigue siendo su cárcel y yo su último carcelero.

De modo que no puedo abandonarlos ni dejarlos libres, pero tampoco quiero matarlos.

En ese momento, echo de menos a Carmen, Jack, Julie y el resto de mi tripulación del Pingarrón. Ellos habrían sabido aconsejarme sabiamente. O bueno, seguramente no, y todo habría terminado en una discusión a gritos en el salón mientras la mitad de ellos me decían que era tonto del culo, y Marco sugeriría volarlo todo con un cartucho de dinamita entre las manos.

Con solo imaginarme la escena, una sonrisa aflora en mis labios y los echo de menos aún más si cabe. Aquella es una tripulación disfuncional y siempre dispuesta a discutirme cualquier orden que les dé como capitán, pero son mi familia y, maldita sea, los extraño a todos.

Bueno, a Marco un poco menos.

Esa noche mis sueños se pueblan de criaturas negras de más de dos metros y ojos inyectados en sangre que me persiguen por estrechos pasadizos sumidos en tinieblas. Me despierto media docena de veces empapado en sudor y en tantas otras ocasiones me convenzo a mí mismo de que tengo que dejarme de sensiblerías sin sentido y mandar a la pareja de morcegos al fondo del Atlántico junto a aquel malhadado barco.

Pero cuando la rojiza luz del amanecer se cuela al fin por el ojo de buey del camarote, abro los ojos sabiendo exactamente lo que debo hacer.

Sin siquiera preocuparme por vestirme —¿quién iba a verme?—, me dirijo al puente subiendo los escalones de dos en dos y, una vez allí, extiendo la carta náutica de la zona sobre la mesa de mapas y con el compás comienzo a medir distancias y a calcular rumbos.

Mis ojos están puestos en el diminuto archipiélago de Fernando de Noronha.

Allí, en la isla principal, hay una base naval brasileña desde la que podría intentar regresar a casa. Pero aún más interesante es la isla al otro extremo del archipiélago llamada isla Rata. Una isla de poco más de un kilómetro de anchura, rodeada de acantilados, cubierta de jungla y, lo mejor de todo, completamente deshabitada.

Desde luego no es la solución perfecta, pero la vida no es perfecta y es lo mejor que puedo hacer dadas las circunstancias.

Calculo que poniendo los motores a toda máquina tardaré unas nueve horas en alcanzar la isla, así que establezco un nuevo rumbo y tras comprobar los alrededores con los prismáticos, bajo al camarote, recojo todos los cuadernos, y bajo con ellos a la sala de calderas.

A pesar de la aparente tregua con mis irascibles pasajeros, no puedo evitar cierta inquietud al recorrer los solitarios pasillos del Nostramo. Tengo la persistente sensación de que me están vigilando y de que, al doblar cualquier esquina, va a aparecer frente a mí una de las criaturas con los brazos extendidos y las fauces abiertas.

La única manera de combatir esa intranquilidad es pensando que, de cambiar de opinión y querer matarme, podrían hacerlo en cualquier momento y sin que yo pudiera hacer gran cosa para evitarlo.

Sí, lo sé, es un argumento muy endeble, pero tiempos desesperados requieren razonamientos desesperados.

Una vez en las calderas, me aseguro de alimentarlas con suficiente carbón para la travesía y lanzo todos los cuadernos y diarios a uno de los hornos. Luego me quedo ahí un rato, contemplando cómo el fuego los devora hasta reducirlos a cenizas.

Soy consciente de que, si alguna vez trasciende lo que acabo de hacer, el vicealmirante Wilkinson estará encantado de formarme un consejo de guerra y que la comunidad científica pedirá mi cabeza para exhibirla en el Museo de Historia Natural como un ejemplo de extrema estupidez. Pero he tomado la decisión que creo correcta, más allá de cualquier consideración militar o científica. Solo imaginarme a hordas de esas criaturas campando a sus anchas en campos de batalla o ciudades, siento escalofríos.

Tras destruir los cuadernos, me dirijo al cuarto de banderas y rebusco entre ellas hasta encontrar una totalmente negra y otra amarilla. Con ambas bajo el brazo me encaramo al mástil que se yergue sobre el puente de mando y allí las izo hasta su punto más alto. La bandera amarilla significa enfermedad contagiosa y la negra, peligrosidad extrema; habría que ser muy temerario para acercarse.

El truco no funcionará eternamente, pero evitará que durante un tiempo nadie se acerque a curiosear.

Una vez hecho esto, regreso al puente y a la vigilancia con los prismáticos, confiando en no cruzarme con ninguna otra nave en las próximas horas.

Ya cae la tarde cuando diviso en el horizonte el perfil de la isla Rata y fijo el rumbo hacia una bahía en su cara norte llamada Buraco do Inferno, o lo que es lo mismo, Agujero del Infierno. Por alguna razón, me parece el lugar más adecuado para embarrancar el Nostromo.

Además, al encontrarse dicha bahía en el punto más alejado del archipiélago, no deberían poder verme desde la isla principal donde se halla la base naval brasileña. Aunque me veré obligado a remar, hay solo unas decenas de millas de distancia desde la isla Rata.

Si no me encuentro fuertes corrientes en contra, todo irá bien.

Aunque, en realidad, pienso con una mueca amarga, eso sería toda una novedad. Nada ha ido ni medio bien desde que llamaron a la puerta de mi casa en plena noche, hace... ¿cuánto? ¿una semana? Me detengo a pensarlo y me resulta imposible saber el tiempo que ha transcurrido desde entonces. Quizá solo han sido un puñado de días,

pero me han parecido meses.

Con todas las luces apagadas, el Nostramo se interna en la cala cuando el anaranjado sol raya el horizonte. La carta no me indica la presencia de bajíos ni arrecifes sumergidos, pero eso no quiere decir que no estén ahí.

Es más, estoy seguro de que los habrá.

De cualquier modo, eso ya no me importa demasiado. En la penumbra del puente me ciño el chaleco salvavidas, apunto la proa a una pequeña playa de arena blanca que se extiende justo enfrente y, poniendo los motores a media máquina, abandono el puente de mando.

Desciendo la escala de la superestructura hasta alcanzar la cubierta principal y, una vez en el exterior, cierro los ojos un instante, inspiro profundamente y dejo que el aire cálido y húmedo del trópico inunde mis pulmones.

En otro barco y en otras circunstancias, casi habría disfrutado del momento. La bahía está rodeada de acantilados cubiertos de cocoteros, y la playa hacia la que se encamina la nave parece un lugar perfecto para relajarse tumbado en una hamaca con una cerveza fría en la mano.

—Otra vez será —me digo.

A continuación, uso las poleas para hacer bajar uno de los botes salvavidas hasta que esta impacta contra el agua oscura con un leve chapoteo.

Luego dirijo una última mirada al puente vacío y, dedicando un póstumo pensamiento a modo de despedida a todos aquellos que dejo atrás, me encaramo a la regala de estribor y usando una escala de cuerda desciendo hasta la chalupa.

En cuanto subo a bordo, saco los remos y empiezo a bogar con fuerza, alejándome del Nostromo, de los morcegos, de los fantasmas que pueblan el funesto carguero y de toda esta pesadilla de la que espero despertar entre los brazos de Carmen junto a mi futuro hijo, a los que creí que no iba a volver a ver jamás.

Entonces, un estridente chirriar de metal contra piedra me sobresalta haciéndome levantar la mirada.

Inevitablemente el Nostramo ha colisionado con un arrecife sumergido, pero, aunque herido de muerte en la quilla, prosigue tercamente su marcha en dirección a la playa como un leviatán agonizante en busca de su último refugio. Con un poco de suerte, pienso, antes de embarrancar en la orilla se hundirá total o parcialmente, llevándose con él las pruebas de todo el horror que esconde en sus entrañas.

No es hasta ese momento que distingo un movimiento en la cubierta de proa y allí, contrastando con la anaranjada luz del crepúsculo, reconozco dos siluetas negras y esbeltas de cráneos alargados, que en la distancia parecen estar cogidas de la mano.

Y entonces, mientras las observo, comprendo que esos seres no son demonios del averno ni ángeles vengadores; solo criaturas asustadas. Hijos de las sombras del corazón de los hombres, que con la mirada fija en el horizonte contemplan la cercana costa selvática, verde, salvaje y prístina, como una promesa de esperanza y libertad

FIN

Table of Contents